
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
extra
LOU
CARRIGAN
SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS
FANTASMAGÓRICO

Adam Crane llega a un pequeño y pintoresco pueblecito acudiendo a una cita, concertada por carta, con la hermosísima muchacha que le ha enviado una fotografía con la siguiente dedicatoria: «A Adam Crane, con mi naciente amor. Pamela».

Cuando llega al lugar de la cita, Adam se entera de que la muchacha con la que lleva cuatro meses carteándose, murió dos años atrás.



Lou Carrigan

Fantasmagórico

Bolsilibros: Selección Terror extra - 004

ePub r1.4
Titivillus 15.04.2017

Título original: *Fantasmagórico*
Lou Carrigan, 1982

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: pepito56
ePub base r1.2





Bolsilibros

Capítulo Primero

EN principio, y a decir verdad, a Adam Crane le gustó el pueblecito apenas verlo, y ello a pesar de que ofrecía un aspecto no poco sombrío a aquella hora de la tarde, ya casi de noche.

Ciertamente, era pequeño; apenas contaba con quinientos habitantes, lo que sin duda debía conferirle una tranquilidad y un sosiego de vida que tenían que resultar muy agradables, sobre todo viniendo de Boise, la capital del estado. No es que Boise fuese una locura, como por ejemplo Nueva York o Chicago, pero allá siempre había ruido, y la gente, como en todas partes, siempre tenía prisa.

No parecía que en Yellow Pine nadie pudiera tener prisa para nada. Aparecía en calma, recortado sobre la oscura mole de las Rainbow Mountain, que con sus tres mil metros de altitud y situadas a unos treinta kilómetros del pueblo, parecía un gran fantasma bajo los nubarrones. Seguramente llovería aquella noche.

Pero, en fin, tras el viaje nada cómodo desde Boise, allá estaba Adam Crane, en su viejo automóvil, entrando en Yellow Pine, pueblecito del estado de Idaho. Pronto vio el letrero que indicaba el nombre de la avenida principal, Pine Avenue, y eso le ahorró la molestia inicial de preguntar, ya que él, precisamente, tenía que dirigirse al número doce de esa avenida. Así pues, todo lo que tenía que hacer era buscar el número doce, y habría llegado a destino.

No había mucha gente en la calle. Apenas pudo ver una docena de personas caminando apresuradamente. Hacía frío todavía a principios de primavera, y sin duda en casa se debía estar mucho mejor que en la calle. En primavera, y por supuesto en verano, Yellow Pine tenía que resultar sencillamente encantador. Pero ahora…

Sí, sombrío.

El número 12 de Pine Avenue estaba en el otro extremo del pueblo, distancia que Adam Crane recorrió en pocos segundos.

Cuando divisó la casa que ostentaba este número, Crane desvió un poco el coche, y lo detuvo junto a la acera de enfrente. Paró el motor, miró su reloj y, tras titubear, encendió un cigarrillo.

Mientras fumaba, miraba la casa. No había en ella ni una sola luz, y todo estaba cerrado. Tan cerrado como si nadie viviera en ella. En las dos casas de los costados sí había luz. Bueno, en realidad había luz prácticamente en todas las casas del pueblo, menos en aquella. También estaba ya encendida la iluminación pública, y hasta había un simpático letrero luminoso que anunciaba la presencia de un bar-restaurante llamado Harris. El luminoso era rojo, y daba una cierta vivacidad a la solitaria avenida. Como si pretendiera ambientarla cálidamente.

Adam volvió a mirar su reloj. Faltaban diez minutos para la hora convenida, lo que le satisfizo. Había calculado muy bien el tiempo al salir de Boise, pues no le habría parecido correcto llegar con retraso a la primera cita.

Aunque… ¿realmente le estaba ella esperando en aquella casa?

—Quizá me haya equivocado de número —pensó Adam.

En realidad estaba seguro de que no estaba equivocado, pero sacó la carta de un bolsillo interior de la chaqueta, y miró en ella la dirección. No había duda: 12, Pine Avenue.

Reflexionó sobre la conveniencia de invertir aquellos diez minutos sobrantes en buscar alojamiento, pero desechó la idea. Podía requerir más de diez minutos, y entonces, después de tanto asegurarse la puntualidad, llegaría tarde. Además, solo llevaba un maletín de mano y una maleta, así que no sería en absoluto difícil instalarse en un hotel o pensión.

Frunció el ceño. No había visto ninguna indicación de hotel o pensión al recorrer la avenida. Claro que podía haber un establecimiento adecuado en cualquiera de las callecitas laterales…

Una vez más, Adam Crane se quedó mirando la fotografía de la muchacha que había sacado del sobre. Era tan hermosa que, al verla la primera vez, se había quedado sin aliento. Incluso le había dicho a su amigo que debía tratarse de una tomadura de pelo. Pero su amigo le había asegurado que no, que los anuncios del *The Banner* de Boise eran muy serios, que tenía que ser verdad, y que debía ir allá, a Yellow Pine.

Tomadura de pelo o no, la belleza de la muchacha de la

fotografía era incuestionable. Era un primer plano del rostro, a todo color, y si la belleza del cuerpo correspondía a la del rostro, la chica tenía que ser algo sensacional. Sus ojos eran grandes, azules, risueños. Su boca, llena, ofrecía una dulce sonrisa. Su frente era despejada, formando un armónico conjunto con el óvalo del rostro delicado. Una espléndida cabellera rubia completaba magníficamente el conjunto.

Impresionante.

Al pie de la fotografía, con letra menuda, elegante, incluso graciosa, estaba la dedicatoria: A Adam Crane, con mi naciente amor. Pamela.

Era una cursilada. Naciente amor…

Adam Crane movió la cabeza, guardó la fotografía en el sobre, y éste de nuevo en el bolsillo, y metió en el cenicero la punta del cigarrillo. Volvió a mirar su reloj. Perfecto.

Salió del coche, lo cerró, y se dirigió hacia la casa que parecía desocupada. Pero no debía estar desocupada. Si Pamela Hereford había citado allí, en aquel día y hora, a Adam Crane, la muchacha tenía que estar en casa. Era simple.

O parecía simple.

Adam cruzó la calle, subió al porche de la casa, y pulsó el timbre de la puerta. No oyó sonido alguno. Pocos segundos más tarde, se convenció de que el timbre no funcionaba, así que golpeó la madera con los nudillos.

Nada.

Ninguna respuesta.

—Si ya lo sabía yo —pensó irritado Adam—, ¡tenía que ser una tomadura de pelo! Maldita sea, venir desde Boise para esto…

Retrocedió en el porche, bajó de nuevo a la calzada y miró las ventanas, mosqueado. Era una broma idiota. Hacer recorrer a un hombre doscientos cincuenta kilómetros de carretera ascendente, con un último tramo en el que podía despeñarse con el coche por poco que se descuidase, y encontrarse luego con aquello, era una broma idiota. Había para partirle la cara al gracioso, vamos.

Adam volvió al porche y llamó más fuerte. Era ya noche completa. Alrededor de la pequeña localidad de Yellow Pine, la sombría noche encapotada parecía como una gran piel húmeda que pudiera provocar la asfixia de cualquier signo de vida.

Pero bien que había luces en las demás casas del pueblo, ¿no? Y en todo el maldito pueblo.

De pronto, mientras llamaba una vez más a la puerta, Adam captó a su derecha el resplandor de las luces de un automóvil. Giró la cabeza y se quedó mirando el vehículo que se acercaba lentamente y que se detuvo justamente delante de la casa. En la portezuela, Adam pudo ver el distintivo de la Policía del condado. Vaya, menos mal, allá tenía a alguien que podría aclararle el asunto.

Se volvió completamente, y vio salir al hombre alto y recio, que llevaba la gorra reglamentaria y, sobre el uniforme, una pelliza muy adecuada al lugar y al clima. El policía rodeó el coche, se detuvo ya en la acera, y se quedó mirando a Adam Crane.

—¿Busca a alguien? —preguntó.

—Así es —se le acercó Adam, sonriendo lo mejor que pudo—. Acabo de llegar a Yellow Pine…

—No acaba de llegar. Llegó usted hace diez minutos, y ha estado dentro del coche todo ese tiempo.

—Sí, es cierto —se desconcertó Adam—. Bueno, la cita era a las siete en punto, así que decidí esperar unos minutos.

—¿Tiene usted una cita con alguien de aquí? Me sorprende, porque en Yellow Pine no gustamos de los forasteros. Déjeme ver su documentación.

Una vez más desde que había llegado a Yellow Pine, frunció el ceño Adam Crane. Al mismo tiempo, veía tres hombres que se acercaban rápidamente, al parecer procedentes del bar. En la acera de enfrente, un hombre y una mujer se habían detenido y contemplaban también la escena…

Adam miró de nuevo al policía.

—¿Puedo saber antes quién es exactamente usted? —preguntó.

—Cómo no: soy Stanton Graves, alguacil de Yellow Pine, a las órdenes del sheriff del condado.

—Está bien. En cuanto a mí, solo llevo el permiso de conducir.

—No es gran cosa.

—Pues no tengo otra aquí. ¿Quiere verlo?

Graves tendió en silencio la mano izquierda, mientras dejaba la derecha colgando suavemente junto a la funda del revólver. El gesto le hizo gracia a Adam, que sacó el permiso de conducir de su

billetera y lo tendió al alguacil. Los otros tres hombres llegaron junto a Graves, y se quedaron mirando fijamente a Adam Crane, que de nuevo frunció el ceño.

No le gustaba aquello. No le gustaba nada.

—Está bien… —dijo el alguacil, devolviendo el permiso de conducir—. ¿A quién busca usted exactamente, señor Crane?

—Bueno, ante todo, veamos: esta casa es el número doce de Pine Avenue, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Entonces no hay error. He venido aquí a visitar a la señorita Hereford. Pamela Hereford.

Se dio cuenta inmediatamente de que había dicho algo inesperado. E inquietante. Uno de los tres hombres recién llegados respingó. Los otros dos solo se movieron un poco, de modo extraño. El aguacil hizo un gesto extraño, pero inmediatamente adoptó una actitud entre desconfiada y hostil ya sin paliativos.

—¿A quién ha dicho usted? —susurró.

—Pamela Hereford. ¿No vive aquí? —señaló con el pulgar hacia la casa por encima del hombro.

—¿Por qué busca a Pamela? —preguntó el alguacil.

—¡Quedamos citados hoy a esta hora!

—¿Con quién?

—¿Cómo que con quién? —gruñó Adam—. Creo estar hablando muy claramente. La señorita Hereford y yo nos citamos hoy en su casa.

—¿Sí? ¿Y cuándo fue eso?

—Hace una semana.

Dos de los tres hombres lanzaron una exclamación. El tercero se estremeció. El alguacil aspiró hondo y entornó los párpados. Los cuatro estaban intensamente pálidos.

—Hace una semana, ¿eh? —susurró por fin Graves.

—Sí.

—Usted, señor Crane, va a venir ahora mismo conmigo a mi oficina. Está detenido.

—¿Detenido? ¿Con qué cargo?

—Con el cargo de burlarse de la Ley.

—Oiga, un momento, yo no me estoy burlando de nadie —comenzó a enfadarse Adam—. Puedo demostrarle…

—Señor Crane: la señorita Hereford está muerta.

Adam Crane se irguió vivamente. De pronto, se sintió aturdido, y, realmente, bastante afligido.

—Vaya, lo siento… —murmuró—. Bueno, no sabí… ¿Qué ocurrió?

—Falleció.

—Sí, sí, de acuerdo, comprendo. Pero me gustaría saber…

—Espere. Y escuche esto: la señorita Hereford falleció hace dos años.

—¡Claro que no! —exclamó Adam.

—No entiendo qué clase de diversión se ha buscado usted a costa nuestra, señor Crane, pero se va a arrepentir de ella, se lo aseguro.

—Maldita sea… —masculló Adam—. ¿Cree que he venido desde Boise para burlarme de usted, a quien en mi vida había visto? ¡Le digo que me cité con Pamela Hereford hace una semana, y puedo demostrárselo! Es más, ¿sabe lo que estoy pensando?: ¡que algún gracioso de Yellow Pine me ha tomado el pelo a mí!

—Le diré una cosa, señor Crane: en Yellow Pine todos queríamos mucho a Pamela Hereford, y le aseguro que no encontrará en el pueblo a nadie dispuesto a gastar bromas con ella. Ninguna clase de bromas, ¿comprende?

—Pues entonces no lo entiendo. Puedo demostrarle que estoy citado con ella. Es más, hace cuatro meses que Pamela y yo nos estamos escribiendo.

—Se está usted complicando la vida, señor Crane, créame.

—He traído todas las cartas —Adam señaló hacia su coche—. ¿Quiere verlas?

—Les echaré un vistazo en mi oficina.

Cinco minutos más tarde, Stanton Graves cerraba la puerta de su oficina, sita en Pine Avenue, dejando afuera a los curiosos, que eran ahora más de veinte. Extraños curiosos, todos ellos sumidos en un silencio qué parecía sepulcral. Incluso parecía que todo sonido hubiera cesado en Yellow Pine.

Graves acercó una silla a su mesa, la señaló a Adam, y él fue a ocupar su sillón giratorio. Tendió una mano a Adam, y este le entregó el fajo de cartas, comentando:

—Francamente, me parece de muy mal gusto todo esto…,

empezando por el hecho de que usted lea esas cartas.

—No tengo la menor intención de meterme en asuntos ajenos, señor Crane. Solo quiero echarles un vistazo. Aunque me temo que no servirá de mucho… Pamela nunca se escribió conmigo, así que no podré reconocer su letra. De todos modos, quizá encontremos en la casa algún escrito suyo, y podamos hacer comparaciones.

El alguacil se hizo cargo de las cartas, y las fue examinando rápidamente, más que leyendo la letra. Prestó especial atención a los sobres, tras lo cual miró especulativamente a Adam.

—El matasellos de estos sobres no es de Yellow Pine, sino de Stibnite. ¿Cómo explica eso?

—Supongo que, por el momento, la señorita Hereford no quería que supiera dónde vivía y echaba las cartas en Stibnite. ¿Está muy lejos Stibnite?

—A unos quince kilómetros. ¿Por qué no había de querer ella que usted supiera dónde vivía?

—Bueno, ya sabe cómo son estas cosas… —sonrió desganadamente Adam—. Al principio se va con muchas precauciones, porque uno puede encontrarse gente desagradable en esos contactos por medio de anuncios en los periódicos.

—¿Quiere decir que entraron en contacto por medio de un anuncio en algún periódico?

—Sí. En el *The Banner*, de Boise. Nos hemos estado escribiendo durante cuatro meses, y finalmente ella debió quedar satisfecha de mi modo de ser, y me dijo que le gustaría que nos viésemos. Me dio entonces su verdadera dirección, y quedamos citados hoy a las siete en su casa. Tengo esa última carta. Y una fotografía de ella.

—¿Una fotografía? Ah, eso puede aclarar muchas cosas. Si no es usted quien está gastando una broma estúpida, ahora podremos quizá encontrar alguna explicación. ¿Puedo ver eso?

Adam sacó el sobre del bolsillo interior, y se lo entregó al alguacil. Este sacó la carta y la fotografía. Al mirar la fotografía palideció. Estuvo unos segundos mirándola, como alucinado. Cuando, por fin, miró a Adam Crane, este ya sabía lo que iba a decir.

—Es ella —susurró Graves.

—¿Es Pamela Hereford?

—Sí. Señor Crane, esto no me gust…

—Escuche, si vuelve a decir que he venido aquí a tomarles el pelo a unas personas que ni sabía que existían va a terminar cabreándome. Y ya lo estoy bastante, ¿entiende? Y que quede esto bien claro: si a alguien le están tomando el pelo es a mí.

Graves se quedó mirando a Adam Crane. La idea de irritar al forastero no parecía precisamente juiciosa. Medía más de metro ochenta y, aunque era atractivo y podía parecer simpático, también había en su rostro como un ramalazo de mala gaita muy digno de ser tenido en cuenta. Esto aparte, parecía tener músculos más que sobrados para cumplir su amenaza de romper varias caras sin gran esfuerzo.

—Como usted comprenderá —murmuró por fin Graves— esto tiene que aclararse, señor Crane.

—Ya lo creo que sí. Y si llego a conocer al gracioso tendrá que comprarse una dentadura postiza.

—¿Puedo quedarme con todo esto? —señaló Graves las cartas y la fotografía—. Hay en el pueblo una persona, ahora que recuerdo, que nos dirá en el acto si la letra es o no de Pamela Hereford. En cuánto a la fotografía, no hay la menor duda, desde luego.

—¿Quién es esa persona? Vamos a verla y…

—No esta noche, señor Crane. Es ya un poco tarde para ella. Está un poco delicada. Lo mejor será que vuelva usted a Yellow Pine por la mañana, y entonces iremos a verla.

—¿Que vuelva? ¿Quiere eso decir que tengo que marcharme?

—Ya le he dicho que no nos gustan los forasteros. Tal vez por eso no tenemos hotel, ni pensión alguna. Pero como ya le he dicho, Stibnite está solo a quince Kilómetros. Allá encontrará alojamiento.

—No me seduce en absoluto conducir de noche por estas montañas. No conozco los caminos. Prefiero quedarme.

—Se irá —gruñó Graves.

—Si usted está pretendiendo dárselas de listo conmigo, se equivoca —dijo firmemente Adam—. Y para demostrárselo, lo primero que voy a hacer es quedarme con mis cartas.

—Las dejará aquí.

Adam Crane ladeó la cabeza. Sonrió. Luego, se puso en pie, se inclinó, y comenzó a recoger las cartas. Una mano de Graves intentó apartar la suya, pero la otra mano de Adam le sujetó por la muñeca, solo con dos dedos: Fue como una tenaza de acero, que

hizo comprender a Stanton Graves que las cosas podían ponerse difíciles para él si pretendía recurrir a la fuerza física. En cuanto a dispararle con el revólver al forastero, eso habría complicado las cosas mucho más de lo que ya lo estaban… incluso antes de la llegada de Adam Crane.

Simplemente, Adam recogió sus cartas, se las guardó, y se dirigió hacia la puerta.

Cuando salió estaba lloviendo. Mansamente, de momento, pero con densidad. La lluvia, formaba como una cortina de seda negra manchada de luces. Ahora no había nadie ante la oficina de Graves. En cuanto al coche de Adam, estaba a la suficiente distancia como para quedar empapado si iba hacia él.

En cambio, el bar-restaurante Harris estaba a su izquierda, muy cerca, y en la misma acera.

Con unos cuantos saltos largos y fáciles, Adam Crane alcanzó la entrada del bar, y se metió dentro.

Capítulo II

EN seguida se dio cuenta del súbito silencio. Había allí dentro quizá treinta personas que hasta aparecer él habían estado hablando excitadamente. Ahora, todo eran caras largas, miradas hostiles, bocas cerradas.

El local era bastante grande. A la izquierda era bar, con pequeñas mesitas de formica. A la derecha, restaurante, con mesas un poco más grandes cubiertas con bonitos manteles a cuadros rojos, blancos y azules.

En verdad desasosegado, Adam se dirigió al mostrador, donde un sujeto de recia complexión, facciones sondas y gran cabellera gris, se quedó mirándolo con engañosa inexpresividad.

—¿Me sirve un *whisky*, por favor? —pidió Adam—. Luego quisiera cenar… ¿Tiene idea de dónde podría pasar la noche en Yellow Pine?

El hombre ni siquiera se movió. Lo miraba, y eso era todo. Adam comenzó a fruncir el ceño. Oyó la puerta del local abrirse y cerrarse. Se volvió, y vio al alguacil, haciendo un gesto afirmativo al hombre del mostrador. Cuando miró a éste, le vio sirviéndole el *whisky*. Tomó el vaso, y señaló hacia la parte destinada a restaurante.

—Lo tomaré allí, mientras espero la cena. Cualquier cosa me va bien. Respecto a lo de pasar la noche…

—Señor Crane —llegó diciendo Graves—, usted no quiere entender: tómese su *whisky*, cene en buena hora, y márchese. Mañana por la mañana le espero en mi oficina, eso sí.

Adam miró a Graves, luego a Harris, que tras el mostrador seguía inexpresivo. Finalmente, paseó la mirada por el local. Las pocas que sostuvieron la suya eran clara y decididamente hostiles, incluso preocupadas, inquietas… Solamente una persona sostuvo la mirada de Adam Crane con naturalidad, incluso con cierta

expresión sonriente. Una muchacha de unos veinticinco años, sentada sola a una de las mesas, al parecer esperando la cena.

Adam se dirigió a una mesa cercana a la de la muchacha, se sentó y bebió un sorbo de *whisky*. Algunas personas abandonaron silenciosamente el local. Por la puerta brevemente abierta entró el sonido de la lluvia, cada vez más densa. El frío había aumentado.

Adam Crane comenzó a sentirse verdaderamente inquieto. Había en el ambiente algo que le parecía… siniestro. Siniestro.

Captó el movimiento de la muchacha cerca de la cual se había sentado. Ella se había puesto en pie. Caminó hasta su mesa, y le sonrió como divertida:

—¿Le importaría que cenásemos juntos? —propuso.

Adam se puso en pie. La muchacha no era lo que se dice una belleza; no, al menos, al estilo de la de Pamela Hereford. Pero tenía un rostro agradable, algo pecoso, unos labios gorditos y seguramente deliciosos, y, sobre todo, unos grandes, rientes, inteligentes ojos castaños que encantaron a Adam Crane. Era pelirroja, y su cabellera alborotada resultaba estimulante. Por lo menos medía metro setenta.

—Si eso no va a causarle problemas a usted —dijo Adam—, estaré encantado.

—Oh, sé resolver los problemas —rio ella—. Soy maestra, ¿sabe?

Se sentó. Adam lo hizo también. Le agradaba la expresión maliciosamente divertida de la muchacha.

—¿Puedo invitarla a una copa antes de la cena? —ofreció.

—Iba a pedir un martini.

—Estupendo… —Adam hizo una seña a Harris, que salió de detrás del mostrador y se acercó de mala gana—. Un martini para la señorita y cena para los dos. Por favor.

Harris soltó un gruñido, y se alejó. Adam ofreció cigarrillos a la pelirroja, que aceptó.

—De manera que usted es el… buscador de fantasmas —murmuró ella.

Adam torció el gesto.

—Me llamo Adam Crane.

—Sheila Weston —ella tendió la mano por encima de la mesa—. Como ya le he dicho; soy la maestra de Yellow Pine. ¿A qué se

dedica usted, señor Crane?

—Soy periodista. Precisamente por mi trab…

Se calló de pronto, y miró alrededor. Ahora, el silencio era como una amenaza tangible. Adam no pudo evitar el escalofrío que desde su nuca descendió velozmente por la columna vertebral. Volvió a mirar a la muchacha, que le contemplaba fijamente.

—¿He dicho algo malo? —murmuró.

—En principio, y dadas las circunstancias, sí. Me temo que todos pensarán ahora que ha venido a meter las narices en los asuntos privados de Yellow Pine.

—¿Qué asuntos privados?

—¿Realmente no sabe usted en lo que se ha metido al venir aquí preguntando por Pamela Hereford?

—Cada vez estoy más desconcertado. ¿En qué me he metido?

Sheila Weston titubeó. Por fin, sonrió.

—Le alquilo una habitación para esta noche por solo diez dólares —dijo.

—Acepto.

—No se lo ha pensado mucho, ¿verdad? Bueno, en ese caso, luego hablaremos, si le parece bien. Ahora, mientras cenamos, podemos hablar de cualquier cosa que no sea tétrica. De eso ya estoy harta.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que hace días que aquí solo se habla de cosas tétricas. En realidad, creo que no le estoy haciendo ningún favor al alquilarle la habitación. Estaría mejor en cualquier otro sitio.

—¿Por qué?

Sheila Weston movió la cabeza y no contestó. Adam no insistió. Harris llegó con el martini para la muchacha. Cuando se alejaba Harris, se acercó el alguacil, acompañado de dos hombres sombríos. Los tres se detuvieron junto a la mesa, y Adam los miró expectante.

—Señor Crane —dijo Graves—, hemos, resuelto el problema. Estos dos amigos le llevarán a usted a Stibnite. Conocen perfectamente el camino, así que no habrá peligro de…

—Se lo agradezco mucho a todos —sonrió Adam—, pero ya he encontrado alojamiento aquí, en Yellow Pine. Y muy barato.

—Solo le cobro diez dólares —sonrió Sheila.

—Usted no puede hacer eso —gruñó Graves—. La casa que

ocupa es del Ayuntamiento.

—La casa que ocupo es mi casa mientras yo sea la maestra de Yellow Pines, Stanton —replicó Sheila—. Pero no se preocupen, que bien pronto dejaré de serlo. Ustedes me ponen enferma.

Graves palideció. Los otros dos sujetos ensombrecieron todavía más su expresión.

—Será mejor que piense bien lo que hace, Sheila.

—Todo lo que tenía que pensar respecto a este lugar ya está pensado. Me marcharé en cuanto llegue la nueva maestra. Mientras tanto, simplemente, haré lo que me plazca.

—Aténgase a las consecuencias.

—¿Le gustaría que llamase al sheriff y le dijera que usted me está amenazando? —sonrió Sheila.

Stanton Graves soltó otro gruñido, dio la vuelta y se alejó, seguido por los otros dos hombres.

—Tengo la impresión —dijo Adam— de que me he metido en algo que debe ser verdaderamente desagradable.

—En mi casa estaremos mejor —aseguró Sheila, casi riendo—: allí no hay fantasmas.

* * *

Sheila cerró la puerta, lanzó un suspiro, y se quitó el impermeable, mirando a Adam.

—No ha venido usted bien equipado para este lugar, señor Crane.

—Eso parece. Estoy empapado. Pero aquí se está bien.

—De todos modos, debería quitarse la ropa, o podría resfriarse, cuando menos. Le buscaré una toalla grande. No tengo nada de su talla.

—¿Vive usted sola?

—Así es.

—Bueno… Tal vez sería mejor que me fuese a Stibnite, después de todo.

—¿Le parece caro diez dólares?

—Escuche, señorita Weston, dadas las…

—Llámeme Sheila, quédese, y no diga más tonterías. Se me

ocurre que podríamos ir los dos en mi coche hasta el suyo, lo trae usted aquí, y así podrá meter sus cosas en la casa.

—Creo que no debo quedarme.

—¡Oh, vamos! —se impacientó ella—. ¿Le preocupa que piensen que vamos a acostarnos juntos? ¿Se trata de eso?

—¿No lo pensarán? Usted resulta demasiado… asequible. Quizá se les ocurra pensar que tiene ganas de hacer algo esta noche.

—Pues no se equivocarían —rio Sheila—. ¿Le gustaría pasar la noche en mi cama, Adam?

—Como gustarme, me gustaría —sonrió él—, pero me parece que está usted bromeando.

—A medias —rio de nuevo Sheila—. Vamos, no sea tonto. Me tiene sin cuidado lo que piense esa gente, y además puedo hacer lo que me dé la gana, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Entonces, quédese. Y si nos viene de gusto hacer el amor, lo haremos, y si no nos viene de gusto, pues no lo haremos. ¿Vamos a buscar su coche o prefiere una toalla ahora y dormir desnudo?

—Creo que será mejor que vayamos a por mi coche —terminó por reír Adam Crane.

Veinte minutos más tarde, cambiado ya, Adam se reunió en la salita con Sheila, que también se había desnudado y llevaba ahora solamente una bata. Tenía una garganta espléndida, y se le veían los senos en muy buena parte. Su carne era blanca y prieta, exquisita. Adam miró el escote abierto, y luego los ojos de Sheila, que le ofrecía una copa, sonriendo maliciosamente. Adam tomó la copa, y se sentó, también sonriente. No era ningún cretino, así que sabía que no estaba con una caliente cualquiera, sino con una chica muy natural. A decir verdad, la chica más natural y abierta que había conocido en su vida.

—Si se va a poner nervioso —dijo ella—, iré a ponerme el sujetador y cerraré, más la bata con un imperdible o algo así.

—No me pondré nervioso; —aseguró—. Simplemente, lo pasaré bien. ¿En qué me he metido exactamente al llegar aquí preguntando por Pamela Hereford?

—Ella murió, hace un par de años. Y ahora, parece ser que su fantasma anda de un lado a otro por el pueblo. Ha sido visto por muchos de los vecinos.

—Supongo —sonrió Adam— que ni siquiera vale la pena que le diga que yo no creo en fantasmas.

—¿Y en la música? ¿Cree usted en la música?

—No comprendo lo que quiere decir.

—Desde hace unos días, coincidiendo con las apariciones fantasmales, se oye en alguna que otra ocasión el piano de la señorita Hereford. Se oye perfectamente. Yo lo he oído. Oh, por supuesto de noche…

—Claro, no sea que fuesen a asustarse los niños.

—Me parece que no se lo está tomando usted en serio.

—¿Usted sí? —se sorprendió Adam.

—Bueno, yo no he visto el fantasma por ahora, pero sí he oído la música del piano. Supongo que va a decirme que un piano puede tocarlo cualquiera…

—Yo no. No sé hacerlo. Así que ya tenemos dos sospechosos menos. Me refiero a lo de tocar el piano. Uno de los sospechosos soy yo, que no sé ni pulsar una tecla. Y por supuesto, la otra persona no sospechosa de tocar el piano es la señorita Pamela Hereford. Y, puestas así las cosas, es evidente que tampoco ha podido ser ella quien me ha estado escribiendo a Boise desde hace cuatro meses, ni quien me ha enviado la fotografía.

—Explíqueme bien eso, por favor.

—Ya le dije que soy periodista. Pues bien, se me ocurrió, no sé por qué, echar un día un vistazo a esos anuncios que aparecen en los periódicos pidiendo relaciones. Ya sabe, esas secciones llamadas de los corazones solitarios.

—¿Es usted un corazón solitario, Adam?

—En absoluto. Fue curiosidad profesional. Yo trabajo para el *Sun Valley Star*, pero allí no insertamos esa clase de anuncios, así que eché un vistazo al *The Banner*. Algunos anuncios eran realmente risibles, otros tenían gracia, algunos resultaban patéticos, o ridículos… Pero bueno, hay de todo, claro. Se me ocurrió que podría conseguir un interesante reportaje escribiendo a varias de las chicas que aseguraban ser corazones solitarios, y me puse manos a la obra; eligiéndolas bien diferentes. ¡La de tonterías que tuve que leer y escribir! Sin embargo, una de las comunicantes era… especial, y poco a poco me fui interesando por ella.

—Se refiere, claro está, a Pamela Hereford.

—Al principio ella no firmaba con su nombre. Ni yo tampoco. Nos escribíamos utilizando yo un apartado de Correos de Boise y ella uno de Stibnite, un pueblo situado a unos quince kilómetros de Yellow Pine… Ella firmaba las cartas simplemente como Mary, y yo, claro, las firmé como John.

—Hasta que se fueron comprendiendo.

—La verdad es que sí. Yo me preguntaba cómo era posible que una chica como Mary fuese un corazón solitario. Estaba bien claro que, aunque un poco cursi, era una mujer culta. ¿Sería fea, tal vez? ¿Jorobada, tuerta, epiléptica, manca…? Tenía que haber alguna razón, y me propuse averiguarlo. Para entonces había cortado ya toda correspondencia con las demás, que no podían ofrecerme nada más para mi reportaje.

—Eso es un poco cruel, ¿no?

—Si escribo ese reportaje, utilizaré nombres ficticios sobre los que ya de por sí lo eran en su mayoría, así que no lastimaré a nadie.

—Me refiero a dejarlas de lado.

—Oh, bueno, estoy seguro de que ellas se escribían además con otros hombres. Van buscando, prueban… No creo haber roto el corazón de nadie. En fin, que me quedé solo con Mary y me propuse averiguar cómo era físicamente. Así que le dije mi nombre verdadero, le di mi dirección en Boise, y le envié una fotografía mía. Ella me contestó enviándome una fotografía suya, diciéndome que vivía aquí, en el número doce de Pine Avenue, y que me esperaba hoy a las siete de la tarde, que también creía que debíamos conocernos mejor antes de seguir adelante con la correspondencia. ¿Quiere ver la fotografía?

—Me gustaría. He oído hablar mucho de Pamela Hereford, pero no he conseguido ver ninguna fotografía de ella. Era la maestra del pueblo, ¿lo sabía usted?

—No —se sorprendió Adam—. ¿Fue su antecesora?

—En cierto modo, sí. Cuando ella murió buscaron otra maestra, naturalmente, pero las que venían se iban enseguida. Por fin llegué yo, y no entiendo cómo he podido aguantar tanto tiempo en este lugar.

—A mí me pareció un lugar encantador al verlo —murmuró Adam, tendiendo la fotografía de Pamela Hereford.

—Sí, lo parece —murmuró Sheila, estremeciéndose de pronto—,

pero hay algo… No sé. Son cosas que noto, pero que no puedo expresar. Dios mío, ¡qué hermosa es!

La exclamación la soltó al mirar la fotografía. Estuvo unos segundos mirándola como fascinada, y por fin miró a Adam, que sonrió.

—Como comprenderá —dijo—, al ver esa fotografía mi curiosidad aumentó. En efecto, es tan hermosa… Pensé que quizá tenía algún defecto en el cuerpo.

—Por lo que tengo oído, no —devolvió Sheila la fotografía—. Era preciosa en todos los sentidos. Y desde luego no es fácil imaginársela escribiendo cartas a uno o varios hombres por medio de la sección de corazones solitarios de un periódico. Oh, estoy diciendo tonterías: ¡claro que no ha podido ser ella quien le haya escrito, puesto que murió hace dos años!

—¿Cómo murió?

—Tuvo un accidente de coche una noche que se dirigía a McCall. Usted ha tenido que venir por allí, de modo que ya ha visto la carretera. ¡Es terrible!

—No es un camino fácil, desde luego, pero tampoco hay que exagerar. ¿Había niebla, o había nevado y la carretera estaba helada…, en fin, algo así?

—Creo que no. Era plena primavera. En realidad, los dos años de su muerte se cumplirán en mayo.

—Ya. ¿A qué iba a McCall?

—Bueno, iba en dirección a McCall, pero nadie sabe si ese era su destino o quería ir a cualquier otro lugar más alejado. Tampoco saben a qué iba, o si la esperaba alguien… No saben nada. Simplemente, aquella noche, un vecino vio desde la ventana de su dormitorio el resplandor de un fuego, y avisó inmediatamente al alguacil, para que este avisara a los bomberos de McCall o al servicio de vigilancia forestal. Stanton Graves avisó a ambos, y naturalmente se fue para allá con su coche. Resultó que el incendio provenía del coche de Pamela Hereford, que estaba ardiendo en el fondo de un barranco. Cuando sacaron su cuerpo del coche, hubo quien se desmayó. Otros, se preguntaron adónde iba Pamela a aquellas horas.

—¿A aquellas horas? ¿Qué hora era?

—Casi la una de la madrugada.

—Caramba… Un poco trasnochadora sí era. Pero es extraño que nadie supiera adónde iba a aquellas horas. En un pueblo pequeño como este se sabe todo, y con seguridad que alguien debió interesarse por sus escapadas nocturnas a una hora tan…

—Era la primera vez. Hasta entonces, Pamela nunca había salido de Yellow Pine a semejante hora.

—Cabe pensar, entonces, que tendría sus buenos motivos.

—Seguramente. Pero eso ni siquiera Rebeca Graham pudo decirlo.

—¿Quién es Rebeca Graham?

—Una vecina de Pamela Hereford, y su mejor amiga. Habían crecido juntas, fueron juntas a la escuela, a la universidad. Inseparables. Como suele decirse, eran más que hermanas. Por lo que he oído, se querían muchísimo. Hasta el punto de que, cuando fallecieron los padres de Pamela, Rebeca se vino a vivir de nuevo a Yellow Pine, a la vieja casa de sus padres que llevaba cerrada algún tiempo.

—¿Rebeca Graham hizo eso solo para que Pamela no se sintiera sola?

—Efectivamente. A Pamela le gustaba ser la maestra de su pueblo, enseñar donde ella había aprendido… En cuanto a Rebeca, no tenía problemas de dinero, así que podía vivir donde quiera. Siempre iban juntas de un lado a otro.

—¿Pero vivían en casas separadas, cada una en la suya?

—Sí. Yo habría hecho lo mismo.

—Creo que yo también —asintió Adam—. Por mucha que sea la amistad, el cariño, y hasta el amor entre dos personas, siempre resulta… relajante tener momentos de aislamiento. Esa señorita Graham… ¿está enferma? ¿O delicada? ¿O algo así?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque el alguacil me habló de una persona delicada que mañana leerá las cartas de Pamela para identificar la letra. He pensado que podría ser Rebeca Graham.

—Tiene que ser ella —asintió Sheila—. Nadie más indicado, por lo que sé. Lo problemático será que les reciba a ustedes.

—¿Por qué razón?

—¿Me creerá si le digo que yo no he conseguido verla desde que llegué a Yellow Pine, y hace de eso más de un año? No sale nunca

de casa… Bueno, eso me parece natural, ya que está paralítica, pero al menos podría relacionarse con alguien, ¿no le parece?

—¿Y no lo hace? ¿Nadie la visita?

—Nunca ha querido recibir a nadie. Hasta hace un par de semanas vivía con ella una criada que lo había sido de sus padres, y que entró a su servicio al regresar ella, pero la criada se fue del pueblo hace unos quince días, creo que a Florida, con sus hijos, y desde entonces está sola.

—¿Y cómo se las arregla? Si está paralítica…

—Va en una silla de ruedas de un lado a otro de la casa. Compra las cosas por teléfono, se las llevan a la casa, y así se las va arreglando.

—Caramba, qué vida tan… amarga —murmuró Adam—. ¿Cuántos, años tiene esa mujer?

—La edad que tenía ahora Pamela: veinticinco o veintiséis.

Adam movió la cabeza con un gesto de pesar.

—¿Qué le ocurrió? Me refiero a lo de la parálisis.

—Le sobrevino al enterarse de la muerte de Pamela. He oído decir que fue algo horroroso… No solo quedó paralítica, sino que le salieron una… unos granos tremendos en todo el cuerpo. Estuvo en cama casi cinco meses.

—Por el amor de Dios…

—Sí, fue todo verdaderamente horrible. Y ahora, esto del fantasma de Pamela… Nadie del pueblo lo ha comentado con forasteros, ni siquiera con familiares que viven en otros lugares. Así que, claro, cuando usted dijo que es periodista, además de haberse presentado con todo ese absurdo asunto de las cartas…

—Absurdo lo es —admitió Adam—, pero no falso. Tengo las cartas, tengo la foto de Pamela…

—Y aquí, en Yellow Pine, tenemos el fantasma de Pamela y el sonido de su piano —sonrió Sheila—. Es todo terriblemente emocionante, ¿no le parece?

Adam frunció pensativamente el ceño. ¿Emocionante? Era simplemente absurdo. Incluso estúpido. Evidentemente, alguien le había estado escribiendo haciéndose pasar por Pamela Hereford, y le había enviado una fotografía de esta, le había citado… ¿Quién podía ser? Pero sobre todo… ¿qué pretendía? Porque, a fin de cuentas, por cosas extrañas que estuvieran pasando en Yellow Pine

lo seguro era que él no tenía nada que ver absolutamente con lo que fuese, ni con el pasado ni con el presente. Adam Crane jamás había conocido antes a Pamela Hereford, ni a nadie de Yellow Pine. Para llevar el asunto a su límite, en realidad ni había oído mencionar antes el pequeño pueblecito de Yellow Pine.

—Tal vez estamos pensando lo mismo —oyó decir a Sheila.

—Tal vez. ¿Qué estaba pensando usted?

—Se me ha ocurrido que quien ha podido estar escribiéndole a usted en nombre de Pamela Hereford es Rebeca Graham.

—¿Con qué objeto?

—Pues no sé… Tal vez espere algo de usted.

—¿Y me envía a la casa de una persona que no existe? Además, ¿cómo habría podido ella enviarme las cartas desde Stibnite, si no sale de casa debido a su parálisis?

—Quizá se las envió desde allá su criada.

—Ya. ¿Y la última? Porque la última, con la fotografía, la recibí hace una semana, es decir, que fue enviada cuando ya la criada de la señorita Graham se había marchado a Florida. Y Stibnite está un poco lejos de Florida, ¿verdad?

—Pues no lo entiendo… Me parece que ha dejado de llover. Lo que significa, si no me equivoco, que esta noche tendremos viento. El viento que nos ha limpiado el cielo.

—Eso es poético —sonrió Adam—. Bueno, se nos ha hecho un poco tarde charlando, y estoy un poco cansado del viaje. Si no le importa, me voy a dormir.

—¡Cómo! —exclamó Sheila, abriendo mucho los ojos—. Entonces… ¿no piensa violarme?

—Tal vez mañana… —rio Adam; se puso en pie y tendió la mano a Sheila—. Es usted una chica muy agradable, Sheila. Gracias por todo.

—Me debe diez dólares.

Se echaron a reír los dos. Adam sacó unos cuantos billetes, separó dos de cinco dólares, y los dejó sobre la mesita. Se despidió de Sheila con un gesto simpático y abandonó la salita.

Cinco minutos más tarde, estaba en la cama, ya apagada la luz. Más que cansado se sentía agotado por la tensión nerviosa. Estaba enervado como nunca recordaba haberlo estado. Pensó en Pamela Hereford, y en Rebeca Graham, su amiga paralítica, que tal vez por

la mañana, si accedía a recibirlos a él y a Graves, resolvería el problema de la autenticidad de las cartas. Aunque esto era obvio: si Pamela estaba muerta hacía dos años, no podía haber estado escribiéndole cartas a Adam Crane, naturalmente. ¿Lo había hecho la propia Rebeca Graham? Le pareció simplemente absurdo, pues no debía ser la única que podía identificar la letra de Pamela, y aunque ella hubiera escrito las cartas y dijera que la letra era de Pamela, la verdad podía descubrirse de un momento a otro. Incluso era posible que en la escuela quedaran documentos o notas de puño y letra de Pamela Hereford, de cuando ella era la titular de Yellow Pine, así que podían saber la verdad sin necesitar para nada a la señorita Graham.

No.

No podía haber sido ella. Pamela, evidentemente, tampoco. Ni pensar en Sheila Weston: era demasiado abierta, directa y espontánea para imaginarla ideando cosas absurdas.

«No me sorprendería nada que se hubiera acostado conmigo si se lo hubiera pedido —pensó Adam, sonriendo en la oscuridad—. Bueno, si es que realmente le gusto, claro. No hay que confundir las cosas, no es una golfita cualquiera, ni mucho menos. Diablos de chica, se siente uno muy a gusto a su lado…».

Afuera, en efecto, soplaba el viento, ahora.

Pura y simplemente viento.

Viento y nada más.

Pero no le pareció eso, tan simple, viento y nada más. Era como un lamento prolongado que cambiaba de tono… Adam Crane se esforzó en no pensar en ello. Escuchó con atención los ruidos de dentro de la casa de Sheila. La oía moverse en alguna parte, y hasta le pareció que estaba tarareando una canción por lo bajo. Quizá se está quitando la bata… Le habría gustado verla desnuda. Y de pronto, Adam Crane entró en erección.

—Pues sí que estamos bien —farfulló—. Si me pasa esto solo de pensar en verla desnuda, ¿qué me pasará si la veo?

Decidió dormir.

Afuera, seguía aullando el viento.

Viento… y nada más.

Capítulo III

EN realidad no fue el viento lo que le despertó, pues estaba acostumbrado a él desde siempre. Había nacido allí, en Yellow Pine, hacía cuarenta y seis años. Y con ese tiempo hay más que suficiente para acostumbrarse al viento que soplaba después de las noches de lluvia.

No. No había sido el viento.

Se quedó en la cama, inmóvil, escuchando atentamente, tratando de identificar aquel sonido que le había despertado. No era continuo, sino intermitente. Una intermitencia irregular. Golpes. Algo estaba golpeando fuertemente en alguna parte.

En la ventana se veía la luz de la luna, blancoazulada, fría. El cielo estaba ahora completamente despejado, lo sabía muy bien. Era la clásica noche de finales de invierno. Casi estaban ya en primavera…

Sonó otro golpe como los anteriores. Y de pronto, lo identificó, y masculló una maldición: era la puerta del cobertizo que había junto a la casa. Se la había dejado abierta. Intentó recordar. ¿La había dejado abierta? Bueno, tal vez. Hacía dos o tres días que no entraba en el cobertizo. Desde que había tenido que hacer una pequeña reparación a la bicicleta que utilizaba para sus desplazamientos por el pueblo repartiendo la correspondencia. Para eso utilizaba el cobertizo, para sus pequeñas chapuzas.

Era soltero, vivía solo, y en verdad que se aburría. Por eso, en el cobertizo tenía un pequeño taller con el que se divertía de cuando en cuando haciendo cosillas, reparaciones. Incluso, alguno de sus vecinos de cuando en cuando le pedía que le arreglase alguna cosa.

La puerta del cobertizo volvió a batir.

Que se fuese al diablo. Miró el despertador de esfera luminosa que tenía sobre la mesita de noche. Eran casi las cuatro de la madrugada, y sabía que afuera hacía frío. No iba a salir de la casa

solo para cerrar la maldita puerta del maldito cobertizo. Al demonio.

Sé dio la vuelta y se dispuso a seguir durmiendo.

La puerta del cobertizo volvió a batir, con estruendo.

Y lo hizo segundos después.

Y de nuevo a los pocos segundos.

Y otra vez.

Parecía que cada vez golpeaba con más fuerza, como si estuviese furiosa. Golpeaba con rabia.

Comenzó a ponerse tan nervioso que no consiguió reanudar el sueño. Dos minutos más tarde, comprendió que ya no podría dormir mientras aquella maldita puerta continuase golpeando, lo que seguía haciendo una y otra vez, fuertemente.

Por fin, tras una maldición, saltó rabiosamente de la cama, se puso las zapatillas, y salió del dormitorio. En el pequeño recibidor de la casa recogió el abrigo, se lo puso, y salió a la noche ventosa, revuelto el cabello, irritados los ojos, mascullando palabrotas.

El cobertizo estaba a unos ocho o diez metros de la casa nada más. Y mientras se acercaba pensó que valía la pena la molestia con tal de no seguir oyendo la puerta. Era un poco de frío, y nada más. Eso no valía perder cuatro horas de sueño.

Efectivamente, la puerta del cobertizo estaba abierta.

Y ahora no batía. Simplemente, estaba abierta de par en par. No golpeaba contra el marco. Estaba abierta, y eso era todo. Se quedó quieto ante la puerta, mirándola desconcertado. Lo seguro era que él había oído golpes, de modo que si no era aquella puerta tenía que ser otra cosa. Y fuese cual fuese la causa de los golpes él tenía que solucionarla, pues ya que se había levantado no estaba dispuesto a volver a la cama y al poco seguir oyendo los golpes.

No, la puerta no había sido, porque ahora seguía soplando el viento, y no se movía. Sin embargo, él conocía bien su vieja casa. Toda la vida en ella… Conocía la casa y todos sus ruidos o peculiaridades. Y habría jurado que los golpes eran de la puerta del cobertizo.

De pronto, justo en el momento en que recordaba el fantasma de Pamela Hereford, que decían que había sido visto vagando por los alrededores del pueblo, tuvo miedo.

Un miedo genuino, visceral, profundo. Un miedo total y

completo. Pese a lo cual, de repente, sonrió. Una sonrisa torcida, de burla hacia sí mismo. ¡Fantasmas…! ¡Bah!

Entró en el cobertizo, que estaba completamente a oscuras. Ni se molestó en encender la luz, pues lo conocía palmo a palmo. Escuchó atentamente, pues el último golpe había sonado allí dentro. En cuanto volviese a sonar sabría dónde habría sido, encendería la luz, y solucionaría…

El fantasma apareció de pronto, en el fondo del cobertizo. Sintió como si un rayo descargase sobre su cabeza, la atravesara desde lo alto, y, recorriendo todo el cuerpo, llegase hasta los pies. Acto seguido quedó paralizado, su crispado rostro iluminado por el resplandor del fantasma.

Era un resplandor parecido al de la luna, blancoazulado, y tenía una forma bastante concreta; lo suficiente para distinguir el cuerpo de mujer, y la forma de los largos cabellos resplandecientes. Era una hermosa cabellera. Era un hermoso cuerpo desnudo, que parecía ir concretándose, tomando forma, definiéndose.

No se movía, no se desplazaba; simplemente, iba definiéndose, lentamente, mostrando a cada instante con más nitidez la belleza de sus formas. No, no se movía. Flotaba allá, en el fondo del cobertizo.

Sí. Flotaba.

Incluso, de pronto, pudo distinguir sus facciones, tan hermosas y delicadas… Solo las facciones. Los ojos eran como dos simas negras, como dos agujeros en la mancha luminiscente, y lo mismo la boca.

El fantasma se movió un poco. Solo un poco, haciendo un leve gesto. Pero, con solo aquel gesto característico, le hizo recordar a Pamela Hereford, a la que, como suele decirse, había visto nacer, y había conocido luego prácticamente toda su vida…

—No —jadeó—. No, no, no…

Inició el retroceso, con la sensación de que sus piernas eran de plomo. Tenía la boca abierta, el rostro desencajado, los ojos desorbitados. El fantasma de Pamela Hereford volvió a moverse: uno de sus brazos se alzó, la mano pasó sobre la cabellera resplandeciente, como había hecho desde niña.

El terror se liberó en él de pronto. Sintió en su interior como si estallase un volcán que no era de fuego, sino de hielo. El frío se extendió por todo su cuerpo. Fue como si toda su sangre se congelara…

Y justo en ese instante, cuando todo él era simplemente miedo, sintió aquel espantoso dolor en las entrañas. Algo pareció desgarrarse, reventar, doler insoportablemente:

Fue como si todas sus entrañas fuesen arrancadas de cuajo.

* * *

Despertó bruscamente, sobresaltadísimo, y se sentó en la cama de un salto. Enseguida, alzó un brazo para protegerse los ojos de la luz del dormitorio, recién encendida.

—¡Adam! —oyó—. ¡El piano! ¡Está sonando el piano!

Mirando por entre los dedos de la mano, vio a Sheila Weston entrando en el dormitorio, corriendo hacia la cama de él. Despertó completamente, asimiló la situación, bajó el brazo. Miró a Sheila que estaba de pie junto a la cama, mirándolo, muy abiertos los ojos.

Y entonces oyó el sonido del piano.

Se quedó inmóvil, mirando a Sheila, que seguía mirándolo con expresión desorbitada. De modo que era impresionable, después de todo.

—¿Lo oyes? —susurró ella.

Adam asintió, y salió de la cama rápidamente: Desde luego que estaba oyendo el sonido de un piano. Eran unas notas alegres, rápidas, ligeras. Como unos arpegios, sin más.

—¿Se supone que suena en la casa de Pamela? —preguntó.

—¡Claro!

—¿No hay otro piano en el pueblo, acaso?

—No… Ninguno más.

—Será mejor que te quedes aquí.

—¡¿Adónde vas?!

—A la casa de Pamela, naturalmente.

—¿Estás loco?

—Sheila, no digas tonterías.

Adam sacó del bolsillo de su pantalón las llaves del coche y salió corriendo del dormitorio, dejando a Sheila como clavada al piso. Pero la muchacha reaccionó de pronto, corrió hacia su dormitorio, se puso la bata sobre el pijama, y salió de la casa a toda prisa, cuando ya Adam se disponía a arrancar.

—¡Espérame!

Adam se inclinó hacia la portezuela derecha, alzó el cierre, y Sheila entró y se sentó a su lado, cerrando la portezuela. Adam arrancó.

Llegaron en menos de cinco segundos a Pine Avenue. Subconscientemente, Adam había esperado encontrar a alguien allí. Aunque solo fuese a Graves, en pijama y batín o abrigo. Pero no había absolutamente nadie en la avenida. Seguía soplando el viento, el motor del coche rugía, acelerado, pero por encima de todo se oía el sonido del piano.

En cuestión de segundos llegaron ante la casa de Pamela Hereford, y Adam salió como disparado del coche, sin molestarse siquiera en parar el motor. Sheila lo vio rodear el vehículo y correr hacia el porche. Ella no se movió, de momento. Pero consiguió reaccionar, salió del coche y se reunió con Adam, que estaba intentando abrir la puerta.

—Está… está cerrada —dijo Sheila.

—¡Ya me estoy dando cuenta! ¡Busquemos alguna ventana!

En el momento en que daban el primer paso alejándose de la puerta, el piano dejó de sonar. Se quedaron quietos, inmóviles. Aullaba el viento, eso era todo: Junto el bordillo, el coche, con las luces apagadas y el motor en marcha. Nadie en la avenida.

—Vamos a la parte de atrás —dijo Adam—. Quien quiera que sea que haya estado tocando el piano, quizá salga por allí. ¡Y si no sale lo atraparemos dentro!

—Oh, Dios mío…

—¡Vuelve a tu casa, si quieres!

Adam corrió hacia el extremo del porche, saltó por encima de la barandilla, lanzó una maldición al perder una zapatilla en el salto, y corrió junto a la pared lateral de la casa, hacia el jardín de la parte de atrás. Sheila le alcanzó como si tuviera alas en los pies.

—Probemos la puerta —jadeó Adam.

La puerta de atrás estaba cerrada.

—Las ventanas —dijo Adam.

Había cuatro en la parte de atrás y en la planta baja, dos a cada lado de la puerta; Adam se dirigió hacia un lado, y Sheila al otro. Detrás de ellos, en el jardín, el viento silbaba entre las ramas de unos abetos. Junto a estos había un amplio sofá-columpio tapizado de bonita tela floreada, muy deteriorado por dos años de abandono

a la intemperie. Suspendido por cadenas a la armazón metálica que lo sostenía, se movía ahora, chirriando levemente. Había montones de hojas secas de árboles ahora escuálidos al viento de la noche.

Pero ni Adam ni Sheila miraron hacia aquella parte. Estaban probando las ventanas, con la esperanza, vana, de encontrar alguna abierta, es decir, sin el pestillo. Las ventanas, de guillotina, estaban completamente bajadas, de modo que habían quedado cerradas.

La primera en darse por vencida fue Sheila, que se volvió hacia Adam, el cual seguía probando.

—Y al volverse hacia Adam vio, a su derecha, el leve resplandor. Terminó de volver la cabeza, y entonces vio la mancha luminiscente en el sofá-columpio, que seguía moviéndose.

El más puro espanto imposibilitó en Sheila Weston la menor capacidad de reacción. Palideció, su boca se abrió, sus ojos se desorbitaron y quedaron fijos en la mancha luminiscente. Le pareció que desde el sofá-columpio llegaba un tarareo, un mmm-mmmm-mmmmm… No. Era como si alguien cantase con la boca cerrada, modulando un sonido profundo e íntimo.

Adam no se daba cuenta de nada, estaba mascullando mientras insistía en abrir la ventana del extremo. Sheila quiso llamarlo, pero su voz no respondía. Se sentía totalmente paralizada. Y frente a ella, el sofá-columpio seguía meciéndose sobre el suelo, suspendido por las chirriantes cadenas. En el sofá, aquella mancha blancoazulada con forma de cuerpo de mujer de larga y hermosa cabellera, agitada al viento. El fantasma movió un brazo, se pasó una mano por los cabellos, mientras se iba difuminando, como si fuese de humo. Sí, parecía… una forma hecha de humo que se iba difuminando.

Y de pronto, terminó de desaparecer, como si nunca hubiese estado allí.

—¡ADAM! —gritó por fin Sheila.

Su grito fue de tal naturaleza que Adam respingó, y la miró sobresaltado.

—¿Qué te ocurre? ¿Has conseg…?

—¡Lo he visto! —gritó Sheila, señalando hacia el sofá-columpio —. ¡La he visto!

Adam corrió hacia ella, y la sujetó por los brazos.

—Sheila… Vamos, cálmate.

—¡Lo he visto, lo he visto…! ¡En el columpio!

Adam miró hacia él columpio, y de nuevo a la muchacha. Intentó sonreír.

—Tranquilízate. Será mejor que volvamos a la parte de delante, no sea que alguien esté jugando con nosotros y salga por allí. Sea quien sea seguramente tiene llave, y ya cuenta con que los que vengan a la casa acudan a la parte de atrás… Volvamos.

Ella le retuvo por el brazo.

—Adam: la he visto. A Pamela Hereford. Estaba… estaba sentada en el sofá, y se… se ha… desvanecido.

A la luz de la luna, nítida y fría, Adam Crane se quedó mirando fijamente a Sheila, una amable expresión en su rostro. Luego, miró hacia el sofá-columpio, soltó a la muchacha, y se acercó. El columpio seguía moviéndose. Adam sintió de pronto el frío, del que hasta entonces se había desentendido. Pero claro que tenía que sentir frío: hacía viento, y él estaba en pijama.

No vio nada en el sofá-columpio. Se volvió hacia la casa, y miró las ventanas del piso superior, todas cerradas, todas oscuras. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había luz en una de las ventanas de la casa de al lado, a su izquierda. Regresó junto a Sheila, que permanecía como clavada al suelo.

—¿Quién vive en esa casa? —señaló Adam.

—Rebeca… Rebeca Graham.

—Al parecer es la única persona que siente interés por el piano de su amiga. Evidentemente, está despierta. Bueno, vamos al coche, o nos vamos a morir de frío. Espero que venga alguien más, y quizá podamos entrar en la casa… Aunque ya será inútil: el truco tiene que estar muy bien montado.

—Adam… ¡la he visto! Fue… fue solo un instante, pero estaba en el columpio… ¡Tienes que creerme!

—De acuerdo —mascullό él.

El frío atravesaba la tela de su pijama. Comenzaba a sentir la piel helada. Rodeó la cintura de Sheila con su brazo, y caminaron hacia la esquina de la casa. La luz se apagó en la ventana de la casa de Rebeca Graham.

Frente a la casa de Pamela no había nadie. No había nadie en parte alguna. El viento seguía silbando. En la avenida solo se veían las luces de la calle. Ni una sola luz en ventana o puerta alguna. El rótulo luminoso de Harris estaba apagado.

Entraron los dos en el coche, estremecido de frío Adam Crane. Buscó cigarrillos en la guantera, pero no tenía. Farfulló una palabrota, y acto seguido dijo:

—Si antes de un minuto no ha aparecido nadie, volveremos a casa.

—Adam, te juro que la he visto.

—Bueno, explícamelo mientras esperamos ese minuto.

* * *

—¿Te sientes más tranquila?

Sheila asintió con la cabeza. De pie ante ella, ambos en la salita, Adam la contemplaba entre amable y preocupado. Ciertamente, Sheila le había parecido una muchacha muy natural y magníficamente equilibrada, pero… ¿qué sabía en realidad de ella? La había conocido hacía apenas nueve horas, y había estado hablando con ella solo dos, mientras cenaban y luego en la casa.

Movió la cabeza, mejorando su sonrisa.

—De todos modos, no parece el momento más adecuado para tomar un *whisky*, ¿verdad?

Sheila miró el vaso que tenía en la mano y bebió otro sorbo.

—Quiero marcharme de aquí cuanto antes —murmuró—. ¡No voy a esperar a mi sustituta!

—¿Y adónde irás?

—No lo sé. Desde luego, bien lejos.

—Claro. ¿Tienes familia, en alguna parte?

—No. Hace años que quedé sola.

—Como yo. Me estaba preguntando si has estado casada.

—No, no. ¿Y tú?

—Tampoco. Creo que no deberías beber más, Sheila. Dame, yo me terminaré ese trago.

—Si quieres un trago, sírvetelo —replicó un tanto hoscamente la muchacha.

—Vamos, no te enfades conmigo, Sheila. Se razonable.

—¡Me estás tratando como si fuese una idiota o una borracha!

—Sabes perfectamente que eso no es cierto. Estoy siendo amable contigo, y deberías admitir que eso no es fácil, después de escucharte. Sheila, los fantasmas no existen, ¿verdad?

—El de Pamela Hereford sí existe.

—Vamos a invertir la situación. Supongamos que fuese yo quien te dijera a ti que había visto ese fantasma. ¿Qué pensarías? ¿Cuál sería tu actitud conmigo si lo que has dicho tú lo hubiese dicho yo?

Se quedaron mirándose fijamente. Por fin, Sheila hizo un gesto de resignación.

—Está bien... Supongo que debo admitir que estás siendo amable conmigo, y que por lo tanto yo debo serlo contigo.

—Perfecto. En ese caso, vamos a dejarlo así, hasta que quizá tengamos ocasión de aclarar esto.

—¡De eso ni hablar! —exclamó Sheila—. ¡No vamos a tener ocasión de aclarar nada, porque yo me voy por la mañana!

—No puedes hacerme esto —sonrió Adam—. Eres la única persona que puedes ayudarme en este pueblo, y además la única en la que me atrevería a confiar en cualquier sentido. Con fantasma o sin fantasma, aquí está ocurriendo algo raro, y tienes que ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿A qué? ¡A ti no te importa nada de esto!

—Yo sería el peor de los periodistas del mundo si esto no me importase. Y no me gustaría serlo. A lo peor hago el tonto con todo esto del fantasma y del piano, pero quiero saber lo que ocurre. ¿Cuento contigo?

—Si vuelvo a ver ese fantasma me dará un ataque de nervios.

—Pues no lo veas —rio Adam—. Y ahora, volvamos a la cama. Espero que por la mañana veremos a alguien en el pueblo. O a lo mejor nos hemos quedado solos en Yellow Pine. O quizá en este pueblo la gente es sorda. O tal vez duerme tan profundamente que no se entera de nada. En fin, vamos a dormir.

Le quitó a Sheila el vaso de la mano, y, tras dejarlo sobre la mesita, tomó a la muchacha de un brazo y la llevó hasta su dormitorio, en cuya puerta se despidieron con un gesto.

Un minuto más tarde, Adam Crane estaba de nuevo en la cama.

Sí. ¿Qué sabía de Sheila Weston? Pues, lo mismo que de los demás habitantes de Yellow Pine, esto es, nada. Absolutamente nada. Lo único que sabía de Yellow Pine era que una muchacha preciosa le había enviado una fotografía y lo había citado allí. Una muchacha que no existía. No existía, al menos, en el mundo de los vivos. Y eso, simplemente, era no existir. Pero Sheila la había visto.

La había visto con los ojos, no con la imaginación. Así que existía el fantasma…

«Estoy pensando tonterías», se dijo.

En el dormitorio había un resplandor azulado, frío, de luz lunar. Y con solo esa luz, Adam Crane captó la forma y la presencia de algo en la puerta. Su mirada saltó hacia allí vivamente, sobresaltado a su pesar.

Pero no había motivo alguno de alarma. Identificó enseguida la silueta femenina, en pijama. No dijo nada. Se quedó mirándola, inmóvil. Ella dio un par de pasos hacia el interior del dormitorio.

—Adam —susurró.

—Sí, dime. Estoy despierto.

—No voy a poder dormir si me quedo sola en mi habitación. No pienses que lo que pretendo es…

—No seas tonta.

Sheila se metió en la cama con él. Durante unos segundos los dos estuvieron quietos. De pronto, ella giró, y se abrazó a él.

—No lo intentes —pidió—. Por favor, Adam, no lo intentes. No esta noche, ¡por favor!

Adam le acarició la espalda suavemente.

—Vamos a ver si podemos dormir los dos. Y te diré una cosa: me parece estupendo que hayas venido, porque estaba helado…, y tu cuerpo emana calor más que suficiente para garantizarme un agradable sueño…

Capítulo IV

—¿PIANO? —murmuró Stanton Graves, mirando sorprendido a Adam—. ¿Qué piano? ¿De qué está usted hablando, señor Crane?

Adam frunció el ceño un instante. Luego, sonrió.

—Bueno, es posible que usted tenga el sueño muy profundo, y que no lo oyera, pero esta madrugada estuvo sonando el piano de la casa de Pamela Hereford. Con seguridad lo oyeron algunos de sus vecinos.

—No creo —movió la cabeza Graves—. Si así fuera me lo habrían dicho.

—¿Y nadie le ha dicho nada de eso?

—Claro que no.

—Ya. Bien, pero al menos se lo dirían las otras veces, ¿no es así?

—¿Qué otras veces?

—¿No han estado oyendo el piano en otras ocasiones desde hace unos cuantos días?

—No sea absurdo —gruñó el aguacil.

—¿Tampoco vieron el fantasma de Pamela Hereford?

La expresión de Graves se tornó decididamente hostil.

—¿Qué pretende usted? —gruñó—. ¿Tomarme el pelo? Mire, señor Crane, nosotros tenemos un asunto pendiente, de modo que vamos a resolverlo cuanto antes a fin de que pueda marcharse de Yellow Pine con nuestras disculpas.

—¿Disculpas?

—Está claro que alguien de aquí le ha gastado esa pesada broma de escribirle con el nombre de Pamela Hereford y enviarle una fotografía de ella, que pudo conseguir hace tiempo de cualquier manera. Mucho me temo, que encontrar al gracioso o graciosa no va a ser fácil, pero al menos usted comprenderá definitivamente que todo ha sido una estúpida broma, y podrá regresar a sus importantes ocupaciones en la capital.

—Claro. Bueno, ¿y cómo vamos a resolver ese asunto? ¿Cómo espera usted convencerme de que todo ha sido una broma? Yo sigo teniendo las cartas y la fotografía, ¿recuerda?

—De eso se trata. Voy a conseguir como sea que una persona adecuada nos diga si la letra de esas cartas es o no es de Pamela Hereford. Y ya verá cómo nos dice que no.

—Esa persona… ¿es la señorita Rebeca Graham?

—Ya veo que Sheila le ha estado contando a usted muchas cosas.

—Así es. Pero evidentemente, es una embustera. Espero que no me haya mentido, al menos, en lo de Rebeca Graham. ¿Cuándo vamos a ir a verla?

—Ya le avisaré. Ahora es un poco pronto para ella. Puede usted tomarse un par de cafés en lo de Harris —Graves sonrió amablemente—. Permítame que le invite, como desagravio por toda esta tontería.

—Estupendo —sonrió también Adam—. Bueno, estaré por aquí. Avíseme cuando podamos ir a ver a la señorita Graham.

—Naturalmente.

Adam Crane salió de la oficina del alguacil, y se fue directo hacia el bar-restaurante de Harris, mirando a todos lados. La normalidad más absoluta reinaba en Yellow Pine. El día era hermoso, soleado. Un tanto frío, pero al menos el viento había cesado. Los habitantes del lugar iban de un lado a otro tranquilamente, cumpliendo sus ocupaciones.

Frunciendo el ceño, Adam entró en el bar, donde Harris le recibió con una cordial sonrisa.

—Ah, señor Crane, buenos días, ¿qué tal?

—Estupendamente, gracias. ¿Y usted?

Se quedó mirando con sorna a Harris, pero este no pareció reparar en su actitud. Continuaba sonriendo.

—No puedo quejarme —dijo—. ¿Tal vez desea desayunar algo agradable?

—Ya lo he hecho con Sheila. Pero tomaría un café. El señor Graves ha tenido la gentileza de invitarme.

—Y si no lo hubiera hecho él, lo haría yo. Me parece que anoche no estuvimos muy correctos con usted.

—Francamente, no demasiado.

—Bueno, compréndalo… Usted vino aquí con todo eso de Pamela Hereford, y naturalmente, nos molestó. Pamela era muy querida en Yellow Pine, señor Crane, y no nos gustó pensar que alguien se estaba divirtiendo a costa de ella…, de su memoria.

—Le aseguro que si alguien se estaba divirtiendo no era yo.

—Así lo hemos comprendido. ¿Muy cargado? El café.

—No, no. Normal. ¿Soy su primer cliente del día?

—Claro que no. La gente madruga bastante en Yellow Pine. Ya han venido varios de mis clientes habituales.

—En ese caso, seguramente le habrán hablado del piano.

—¿Del piano? —alzó amablemente las cejas Harris—. ¿A qué se refiere?

—A nada —sonrió Adam—; no tiene importancia.

Diez minutos más tarde, Adam salía del bar. Se detuvo en la acera, encendiendo un cigarrillo. Todo seguía normal. Hermoso día. Por supuesto, no había insistido con lo del piano cerca de Harris, pues sabía que no iba a conseguir nada en ese sentido. Ni en ningún otro, pese a que lo había intentado. Pero todos sus esfuerzos por llevar la conversación con Harris y con tres clientes que habían pasado a tomar café habían resultado inútiles. La conversación con unos y otros, en verdad amable, había tenido que ceñirse a temas vulgares y genéricos.

Muy bien.

Quizá, mientras tanto, Sheila hubiera tenido mejor suerte que él.

Estuvo paseando hasta la hora que le había indicado. Cuando llegó a la escuela, los niños, en efecto, estaban jugando. Sheila le estaba esperando en un lado del jardín, sentada en un banco, fumando un cigarrillo. Adam se sentó a su lado, y le sonrió.

—Me parece que he sido un poco tonto esta noche —dijo—: debí violarte.

—A lo mejor me habría gustado, a pesar de todo —murmuró ella.

Adam encendió otro cigarrillo. Sonrió al ver a los niños corriendo en todas direcciones, persiguiéndose, gritando.

—Cuando yo tenía esa edad —dijo, señalando a los niños— mi profesora era una cacatúa con lentes. Siempre he pensado que nací demasiado pronto. Y en un lugar inadecuado: me habría ido mejor naciendo en Yellow Pine en esta época.

—Si hubieras nacido en esta época serías un niño de pecho.

—Eso tampoco está mal… Depende del pecho, claro. ¿A ti te dieron de mamar o eres un ser criado con pienso artificial?

Ella lo miró de pronto directamente.

—Adam —murmuró—, no he conseguido encontrar ningún papel, ningún documento, que tenga la letra de Pamela Hereford. Ni uno solo.

—¿Y crees que deberías haber encontrado alguno?

—Dentro de un tiempo, si alguien quisiera encontrar en esta escuela algún rastro de mi paso por ella lo encontraría.

—Bien… Para no alargarlo demasiado digamos que alguien ha debido retirar cualquier documento o escrito que pudiera ayudarnos a identificar la letra de Pamela Hereford. ¿Es así?

—No puede ser de otro modo.

—Está bien. Espero que no te hayas comprometido demasiado.

—¿Qué me importa eso? Voy a marcharme de aquí cuanto antes. Si no fuese por ti me habría marchado esta misma mañana.

—¿Por qué motivo?

—Lo de anoche ya fue…

—¿Lo de anoche? Anoche no pasó nada, Sheila. Tú y yo debimos soñar con el piano y el fantasma. Nadie más vio ni oyó nada, ¿comprendes?

—¡Están mintiendo!

—Sí. Pero… ¿por qué? La explicación más lógica y sencilla sería que lo hacen porque no quieren que circulen habladurías de este tipo respecto a Yellow Pine. Sería desagradable que lo conocieran por el pueblo del fantasma o del piano que toca solo, ¿verdad?

—Pero tú no crees que sea por eso.

—Veamos… Los dos oímos el piano, así que tuvieron que oírlo otras muchas personas. Niños, no, porque afortunadamente para ellos a las cuatro de la mañana duermen como leños. Pero sí algunas personas mayores. En cuanto al fantasma, lo viste tú, y parece que con anterioridad lo habían visto otras personas. Pero ahora niegan ambas cosas. Tiene que ser por algo muy concreto.

—Y no crees que sea por lo que has dicho.

—La verdad, no lo sé. ¿Sabes lo que me tiene más desconcertado de todo esto? Lo de escribirme a mí. ¿Por qué a mí? Anoche todos deseaban que me fuese del pueblo, así que cabe suponer que nadie

de aquí deseaba ni desea mi presencia. Entonces…, ¿por qué hacerme venir, quién me escribió?

—Tal vez Rebeca Graham.

—Bueno, pronto lo sabremos. Espero que Graves me avise pronto para ir a visitarla. ¿Almorzarás aquí, o nos encontramos en tu casa para hacerlo juntos?

—No dispondré de mucho tiempo, pero me gustaría que almorzásemos juntos.

—De acuerdo. Hasta luego.

Apenas diez minutos más tarde, mientras paseaba por Pine Avenue, Adam vio salir a Stanton Graves de la casa vecina a la de Pamela Hereford; es decir, de la casa de Rebeca Graham, en una de cuyas ventanas laterales había visto luz la noche anterior. Adam se detuvo, y se quedó mirando a Graves, que llamaba por señas a dos hombres y una mujer que caminaban por su misma acera. Estuvieron charlando algo más de un minuto. Por fin, los dos hombres y la mujer se dirigieron hacia la casa de Rebeca Graham, en cuya puerta se quedaron, esperando, mientras Graves caminaba hacia él.

—Ah, señor Crane, sabía que lo encontraría fácilmente —sonrió el alguacil—. Podemos ir cuando guste a visitar a la señorita Graham. Me ha costado bastante que me reciba, y todavía más que acceda a recibir a otras personas, pero hemos tenido suerte. ¿Le parece que vayamos ahora mismo?

—Me parece —asintió Adam, echando a andar—. Lamento mucho que por mi causa la señorita Graham tenga que incomodarse.

—Oh, será cuestión de un par de minutos nada más… Me he permitido pedirle a unos vecinos que nos acompañen; Serán algo así como testigos. Quisiera que esto quedase claro de una vez por todas.

—Yo también. De ese modo, podré marcharme mientras usted queda encargado de intentar descubrir al bromista para amonestarlo.

—Exactamente eso pensaba yo —sonrió Graves.

Adam no dijo nada más. No valía la pena. Sabía perfectamente lo que iba a suceder. Estaba tan seguro de ello que tuvo tentaciones de enviar al diablo al alguacil y no perder su tiempo con la farsa

que entre todos iban a representar. Porque, naturalmente, la señorita Graham miraría con suma atención las cartas, diría que eran una falsificación, o ni siquiera eso, que la letra ni se parecía a la de Pamela Hereford, y asunto concluido.

En la puerta de la casa, Graves presentó a Adam a las tres personas que iban a testificar la identificación de las cartas. Era todo absurdo, se estaban tomando demasiadas molestias. Pero Adam se comportó correctamente, sin poner de manifiesto su irritación en modo alguno.

Luego, Graves empujó la puerta de la casa, que estaba abierta. Fue el último en entrar, la cerró, y señaló una doble puerta que había a la izquierda del amplio vestíbulo. Al fondo de este había una ancha escalinata de escalones de bruñida madera… Y mirando estos escalones, de pronto, surgió la pregunta en la mente de Adam Crane: si la señorita Graham vivía sola, y estaba, inválida, ¿cómo había podido estar a las cuatro de la madrugada en el piso de arriba y estar ahora en la planta baja? ¿O ya no vivía sola y Sheila no lo sabía?

—Tengo entendido —dijo mientras caminaba hacia la doble puerta— que la señorita Graham vive sola.

—Así es… —dijo la mujer—. ¡No comprendo cómo puede hacerlo, en esta casa tan grande!

Graves había abierto la doble puerta. Entraron todos. Adam localizó enseguida a la señorita Graham, y no se sorprendió en absoluto al verla sentada en un sillón de ruedas ante la ventana, de espaldas a esta. El resplandor del sol la iluminaba por atrás, de modo que su rostro quedaba en penumbra. Además, la luz del exterior quedaba tamizada por unas cortinas excesivamente gruesas. Tal vez durante el verano pusiera otras menos tupidas, y por supuesto más alegres. O quizá ni siquiera pusiera cortinas.

No era un lugar agradable, en absoluto. Resultaba oscuro, sombrío. Era un crimen mantener aquella sala con tan escasa iluminación pudiendo disponer de la luz del sol… Y de pronto, Adam recordó lo que Sheila le había dicho respecto a Rebeca Graham, del tremendo disgusto que se llevó cuando murió Pamela Hereford; un disgusto tan grande que quedó paralítica, y hasta le salieron unos tremendos granos en todo el cuerpo. Entonces, también en la cara… ¿Cómo habría quedado la cara de la señorita

Graham?

Involuntariamente, Adam se estremeció. Graves le estaba presentando, y él solo podía adivinar que la señorita Graham le estaba mirando. No podía ver sus ojos. En realidad, casi no podía ver nada de su rostro, pues estaba un poco inclinado, como hundido en la penumbra. Y por si esto fuera poco, los cabellos de Rebeca Graham caían delante de sus facciones. Sus cabellos eran negros, largos, preciosos, brillantes.

Adam se dio cuenta de que todos estaban esperando que él dijera algo, y se removió, inquieto.

—Siento mucho molestarla, señorita Graham —murmuró—, y espero que me conceda la oportunidad de hacerme perdonar de algún modo.

Estaba siendo sumamente cortés, y total, con unas personas que se habían confabulado para engañarlo.

—No importa, señor Crane —susurró la muchacha—. Si se tratase de cualquier otra cosa, no le habría recibido, pero siendo algo relacionado con Pamela no me importa lo demás. ¿Puedo ver las cartas?

—Entiendo que podrá usted identificar la letra sin lugar a dudas.

—Sí. Sin la menor duda.

—Muy bien.

Le tendió las cartas, con la última encima de todas. Rebeca Graham las tomó con ambas manos, y Adam se sorprendió. Eran unas manos preciosas, blancas y finas, delicadas… Señoriales. Aristocráticas, si se podía recurrir a esta definición. Evidentemente, en las manos no le habían salido granos. La señorita Graham dejó las cartas sobre su regazo, movió una de las ruedas de su silla, y esta giró, quedando enfrentada a la ventana. El tamizado resplandor del sol dio sobre las cartas y las manos. Manos exquisitas. La fotografía fue lo primero que Rebeca Graham alzó, y estuvo tanto rato mirándola que Adam se desconcertó y miró a Graves, que le hizo un gesto pidiéndole paciencia. Adam pensó que no tenía nada mejor que hacer, y esperó.

Ahora veía a Rebeca Graham de medio perfil, pero el cabello, suelto, seguía impidiéndole ver las facciones de la muchacha. Naturalmente, era un peinado concebido precisamente para eso, no era casual; ella quería mantener oculto su rostro lo máximo posible.

Y seguramente esa debía ser la causa básica de que no se relacionara con nadie, fuese o no del pueblo…

El suspiro de Rebeca Graham casi le sobresaltó. La muchacha dejó la fotografía, y tomó la carta que estaba encima de todas, es decir, la última que Adam había recibido, acompañando la fotografía.

—Sí —dijo Rebeca Graham—, la letra es la de Pamela.

Stanton Graves respingó, y sus tres testigos lo miraron sorprendidos y luego se miraron entre sí. Adam Crane estaba pura y simplemente estupefacto. No debía haber oído bien.

—Pero… —empezó Graves.

Se contuvo a tiempo de no delatarse. Una sola palabra más y su jugada habría quedado del todo descubierta, pensó Adam. Porque, naturalmente, Graves debía haberle pedido antes a la señorita Graham que negara que aquella letra era de Pamela Hereford, lo fuera o no.

—Y la de estas otras cartas también lo es —dijo apaciblemente Rebeca—. Estoy completamente segura, para que hagan las comparaciones que gusten.

—Bueno —dijo rápidamente Adam—, puesto que todos estaban convencidos de que su identificación seria infalible no creo que debamos molestarla más, señorita Graham. Muchas gracias por su amabilidad.

—Rebeca —masculló Graves—, usted sabe que eso no es posible. No pueden ser cartas escritas por Pamela.

—Lo que es o no es posible no lo sé —replicó la muchacha—. Lo que sí sé es que esta es la letra de Pamela.

—Usted no se da cuenta de…

—Estamos molestando demasiado a la señorita Graham —dijo Adam, sin poder evitar su tono malicioso—. Creo que debemos marcharnos ya, señor Graves.

—Sí… —dijo la mujer testigo—. La verdad es que yo tengo muchas cosas que hacer. Rebeca, querida, me alegro de haberte visto. Deberías… Bueno, creo que no deberías estar sola…

—Espero tener pronto compañía, señora Merrill, gracias.

—Nosotros también tenemos cosas que hacer —gruñó uno de los hombres—. Adiós, Rebeca. ¿Vamos, Stanton?

—Me quedo unos minutos —murmuró el alguacil—. Luego nos

veremos.

Los tres testigos se marcharon. Adam tendió una mano hacia las cartas, pero Rebeca Graham las retuvo. Sus dedos eran maravillosos. Unas manos bellas y sensibles… Adam se encontró de pronto preguntándose si Rebeca Graham sabría tocar el piano.

—Escuche, Rebeca… —empezó de nuevo Graves.

—No, por favor —le interrumpió Rebeca, sin volverse, sin mirarlo—. Usted estuvo antes aquí para pedirme que dijera que las cartas no eran de Pamela, y yo estuve de acuerdo, porque, naturalmente, no podían serlo, y además, no tenía ganas de discutir, ni de que estuviese insistiendo quizá durante días. Pero las cartas son de Pamela. Bueno… —titubeó—, la letra es de ella, eso es seguro.

—Usted sabe que eso no es posible.

—Yo no sé lo que es posible —dijo lentamente Rebeca—. Ni usted tampoco.

—¿Qué quiere decir? Vamos, Rebeca…

—¿Usted ha estado muerto? —le interrumpió de nuevo la muchacha.

—¡Claro que no!

—Entonces… ¿cómo se atreve a decir lo que es posible y lo que no es posible?

Stanton Graves quedó estupefacto, con la boca abierta. Miró a Adam, que sonrió con cierta perfidia vengativa. De pronto, el alguacil farfulló una palabrota que apenas se entendió, y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Vámonos, señor Crane.

—En cuanto la señorita Graham me devuelva mis cartas —dijo Adam.

—¿Le molestaría quedarse unos minutos, señor Crane? —pidió Rebeca.

—Claro que no —se apresuró a decir el periodista.

Desde la puerta, Graves se volvió. Ahora estaba rojo de ira. Apuntó a Adam con un dedo.

—Escuche bien esto, señor Crane: usted se va a marchar de Yellow Pine, y va a hacerlo muy pronto, ¿me entiende? Si esta tarde está todavía en el pueblo va a tener problemas. Y usted también va a tenerlos, Rebeca, por prestarse a apoyar estas tonterías. Haré las

investigaciones que…

—Cierre la puerta al salir —dijo fríamente Rebeca, interrumpiéndole una vez más.

Stanton Graves salió del salón, y enseguida se oyó el golpe de la puerta de la calle al ser cerrada con cierta rudeza. Adam sonrió.

—Esperaba un portazo mucho más fuerte —dijo.

—Señor Crane: ¿quién es usted… exactamente?

Adam Crane lo explicó, de nuevo. Rebeca Graham le estuvo escuchando inmóvil, con la mirada fija en la fotografía de Pamela Hereford. Cuando Adam terminó su explicación, la muchacha permaneció en silencio casi medio minuto antes de señalar la ventana.

—¿Quiere abrir un poco la cortina, por favor? Me gustaría verle mejor, si no le molesta.

Adam descorrió un poco las tupidas cortinas y se volvió hacia la muchacha. Pero se dio cuenta enseguida de que ahora era él quien estaba de espaldas al sol, y se colocó de lado, pensando que si ella alzaba la cabeza podría verla a su vez.

Y, en efecto la vio.

Rebeca Graham alzó el rostro, y con un gesto suave se echó los cabellos hacia los lados. Adam Crane se llevó la mayor impresión de su vida. La luz dio de lleno en el rostro de Rebeca, y a esa luz solar, le pareció tan hermoso que se quedó sin aliento.

No había el menor vestigio de granos o de cicatrices, recuerdo de estos, en el rostro de la muchacha. Hubiera tenido o no granos en el rostro, ahora no había señal alguna. Era un rostro nítido, juvenil, terso y pálido, en el que destacaban los grandes ojos oscuros y la boca apenas sonrosada, llena. La frente era amplia, de una pureza sobrecogedora. Una belleza limpia, increíble. O tal vez, simplemente, le estaba impresionando tanto porque había esperado presenciar un rostro horrendo y era absolutamente todo lo contrario. Tan hermosa era Rebeca Graham que Adam Crane quedó aturdido.

—No es usted muy guapo —dijo ella—, pero tiene un rostro agradable. Se diría que es una persona simpática y amable.

Adam recuperó el aliento, suspiró, y dijo:

—Hay quien piensa eso de mí, ciertamente, señorita Graham. Y me alegra que usted piense lo mismo.

—¿Por qué?

—Supongo que a todos nos gusta que nos consideren simpáticos y amables.

—A mí me tiene sin cuidado.

—Siempre hay excepciones.

—Sin duda. ¿Sabe lo que no me gusta de usted, señor Crane?: que estuviera escribiendo esas cartas. Está claro que para usted era algo así como una diversión.

—No exactamente. En realidad, estaba trabajando.

—Usted no tenía derecho a hacer eso. Debió pensar que lo que para usted era una diversión…, o un trabajo, para otra persona podía ser algo realmente serio e importante. Debió pensar que la persona que le estaba escribiendo esas cartas buscaba amistad, compañía, afecto, incluso amor. En definitiva, usted, para conseguir un reportaje prescindió de los sentimientos de otra persona.

—Me temo que tiene razón —murmuró Adam—. Pero entonces no lo vi así.

—Eso no le justifica a usted.

—Desde luego que no. Realmente lo siento. De todos modos, supongo que si al venir aquí hubiera conocido a la persona que me había estado escribiendo habría podido arreglar las cosas de un modo… razonable.

—Usted ni siquiera ha venido para eso. Ha venido a Yellow Pine para ver a una persona que le había llamado la atención por su belleza. Me refiero a la fotografía de Pamela.

—Eso tampoco es justo por parte de usted. Yo ya sentía curiosidad por la señorita Hereford antes de que me enviase la fotografía. No fue su belleza física lo que me trajo aquí, sino su personalidad, que se reflejaba en las cartas.

—¿Quiere decir que se enamoró de ella leyendo las cartas?

—Bueno… Tampoco tanto, francamente. Pero le aseguro que me sentía atraído. Y luego, cuando recibí la fotografía, pensé que todo era demasiado extraordinario.

—¿Qué quiere decir?

—Pensé que una chica tan hermosa no tenía necesidad de utilizar la sección de corazones solitarios de ningún periódico para relacionarse con personas que pudieran resultarle agradables. Eso fue lo que más me llamó la atención. Y ya hemos podido comprobar

que mi instinto fue certero: no fue la señorita Hereford la que me escribió, sino otra persona que está divirtiéndose de este modo tan absurdo con todos nosotros.

—Es decir, que usted no cree que fuera Pamela quien le escribió.

Adam quedó un instante atónito.

—Es evidente que no pudo ser ella —replicó.

—La fotografía es de ella, y la letra de las cartas, también.

Adam se sentía fascinado por la belleza del rostro de Rebeca Graham, pero eso no influía demasiado en su lógica.

—En ese caso —dijo amablemente—, solo nos quedan dos posibilidades. Una, que la señorita Hereford está viva; dos, que alguien ha podido falsificar a la perfección su letra.

Rebeca Granan sonrió, y Adam Crane tuvo la impresión de que la luz del sol adquiría más luminosidad.

—Todos sabemos que Pamela murió, señor Crane, y eso puede usted comprobarlo del modo que guste. Así que solo nos queda la segunda posibilidad, es decir, que alguien haya falsificado la letra de Pamela. Y ese alguien, claro está, debo ser yo, ¿no es así?

—Podría ser una explicación —sonrió Adam.

—Sin duda. Pero dígame: ¿con qué objeto habría hecho yo todo eso?

—Eso es lo que menos comprendo de todo el asunto. Usted y yo no nos hemos conocido antes, jamás hemos tenido nada que ver el uno con el otro…, al menos, que yo sepa. ¿Tal vez usted sí me conoce de algo, señorita Graham?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que pretende? ¿Por qué lo ha hecho?

—Usted es un hombre inteligente, ¿verdad, señor Crane?

—Más bien sí.

—En ese caso no tendrá dificultad en comprender lo que voy a decirle: simplemente, esas cartas las ha escrito Pamela.

Capítulo V

DURANTE unos segundos, Adam Crane no reaccionó; Se limitó a seguir mirando el rostro de Rebeca, lo que en modo alguno resultaba desagradable. Por fin, sonrió.

—De acuerdo —aceptó—. Ahora, explíqueme cómo ha podido hacerlo.

—Ah, eso no puedo hacerlo, claro está. Pero para, mí no hay dudas al respecto. Y hay otra cuestión importante en todo esto: si Pamela le eligió a usted tuvo que ser por algo bien fundamentado.

—Me eligió… ¿para qué? —siguió la corriente Adam.

—Tampoco sobre eso tengo la menor idea. Sin embargo, quiero que sepa que por el simple hecho de haber sido elegido por Pamela, goza usted de todas mis simpatías… ¿Aceptaría una taza de café? O cualquier otra cosa.

—Por esta mañana me resignaré a tomar café, ya que todos quieren invitarme.

—¿Prefiere un aperitivo? —sonrió Rebeca.

—Tomaré el café.

—Muy bien. ¿Me disculpa unos momentos? Iré a la cocina a prepararlo.

—¿Quiere que la ayude?

—No.

Rebeca Graham devolvió por fin la fotografía y las Cartas a Adam, maniobró con las ruedas de su silla, encarándola a la puerta, y la hizo rodar hacia allí. Adam Crane quedó solo en el salón. Se guardó las cartas, y luego estuvo mirando hacia la calle durante un par de minutos. Intentó escuchar algún ruido procedente de la cocina, pero no lo consiguió. La casa era demasiado grande, la cocina debía estar al fondo, hacia la parte de atrás.

Se volvió, y abarcó de un vistazo todo el salón. Desde luego, no había allí ningún piano. Había una librería, cuadros, alfombras,

muebles antiguos, incluso sórdidos, comparados con la moda actual, y que en absoluto encajaban con la juventud y belleza de Rebeca Graham, aunque estuviese paralítica.

Era un salón triste. No: sombrío. Incluso le pareció tétrico, pese a que ahora la luz del sol entraba en considerable abundancia. Era como si flotase en el quieto aire una sensación… inquietante. Inquietante, esa era la palabra.

Inquietante.

Se acercó a la librería, en uno de cuyos estantes había visto algunos marcos con fotografías. Había no menos de una docena de marcos con su correspondiente fotografía, algunas de considerable tamaño. Se fue desplazando lentamente, mirándolas. Excepto una, en la que había una pareja de edad mediana, y que supuso eran los padres de Rebeca Graham, las demás eran de esta y de Pamela Hereford, a la que identificó, o creyó identificar, a pesar de que estaban tomadas en la infancia, algunas de ellas.

No tuvo la menor duda respecto a la propia Rebeca. Era fácil de identificar, por sus grandes y hermosos ojos de niña feliz. Y la otra era Pamela Hereford, desde luego. Parecían muy felices, siempre reían. Algunas fotografías eran graciosas. El paso de los años estaba perfectamente definido en las fotografías, como si cada año hubiesen elegido una que iba mostrando su crecimiento. Había también una fotografía de Rebeca sola, posiblemente de unos tres años atrás, y otra de la misma época también de Pamela sola. Y aunque esta última fotografía no era la que Adam había recibido, tuvo que pensar que seguramente Rebeca Graham poseía muchas más fotografías de su amiga, y que bien podía haber prescindido de una de ellas para enviársela a él.

Más… ¿con qué objeto?

Adam Crane tenía en aquellos momentos una gran duda; ¿cuál de las dos muchachas era más hermosa, Pamela o Rebeca? No podía decidirse. La una rubia, la otra morena, eran ambas tan hermosas que la duda habría sido la misma para cualquier hombre, para cualquier persona.

¿Se parecían?

No, decidió. No se parecían. Simplemente, las dos eran hermosas, pero no tenían ningún parecido que pudiera dar lugar a la menor confusión respecto a cuál era una y cuál era la otra.

Aunque Rebeca se hubiera teñido de rubia o Pamela de morena, las dos habrían sido diferentes…

Así estaba Adam Crane, mirando de una a otra las fotografías ampliadas de las dos muchachas, cuando, de pronto, sintió como un leve soplo de frío en la nuca. Y ese frío, como si de pronto le hubieran colocado allí un cubito de hielo, descendió rápidamente por su espalda.

Sin mover la cabeza, miró hacia la puerta del salón, de reojo. Pero no, Rebeca Graham no estaba allí. En la casa reinaba el mismo silencio, estaba solo en el salón… ¿O no estaba solo? La súbita sensación de estar acompañado volvió a estremecerlo. Había algo allí. Algo que no debía estar.

Con un marco en cada mano, Adam se volvió, de pronto, hacia el centro del salón, sintiendo claramente que en su nuca los cabellos se ponían de punta. Pero no había nada allí. Nada ni nadie. Todo seguía igual. Aquella atmósfera quieta y tétrica pese al resplandor de la luz solar, los viejos muebles, el silencio. Nada había cambiado.

—¿Pamela? —susurró Adam.

Acto seguido quedó entre confuso y aterrado. Y un instante después se dijo que había reaccionado como un perfecto imbécil. ¿Cómo se le había podido ocurrir la idea de que Pamela Hereford estaba allí?

Con un gesto de disgusto, se volvió, dejó los marcos en su sitio, y caminó hacia el centro del salón, siempre mirando a todos lados. Sobre la mesita de centro vio algunas revistas y periódicos. Asaltado por una súbita idea, se acercó, y removió los periódicos…, hasta que encontró un *The Banner*, de Boise. Al instante se dio cuenta de que estaba abierto por las dos páginas de anuncios. Se quedó mirando el periódico, de nuevo aturdido. ¿De modo que Rebeca Graham leía el Banner? Esto significaba, simplemente, que tenía conocimiento de la sección de corazones solitarios…

—Todo esto tiene que ser mucho más simple de lo que parece… —reflexionó Adam—. Hay demasiadas cosas que encajan. Lo que no entiendo es qué puede estar tramando esta chica inválida con todo esto… No lo comprendo. Debe…

Volvió a sentir aquella sensación de frío en la nuca, y esta vez se volvió lentamente hacia la librería. Por supuesto que no había nadie allí, ni Rebeca Graham estaba en la puerta del salón.

Estaba solo.

Completamente solo.

Fue entonces cuando oyó el suave rumor de la silla acercándose. Se separó rápidamente de la mesita donde estaban los periódicos, volviendo ante la ventana. Allí estaba cuando oyó ya con toda claridad la llegada de la muchacha, que entraba moviendo la silla con una sola mano y sosteniendo con la otra una bandeja sobre sus piernas. Adam se acercó rápidamente, y tomó la bandeja.

—Ha debido llamarme —dijo amablemente—. La habría ayudado con mucho gusto, señorita Graham.

—Ha sido un tonto orgullo —admitió ella—. La verdad es que no estoy acostumbrada a valerme por mí misma en todo. Hasta hace quince días tenía una sirvienta, pero se fue a Florida. Es por eso que ahora estoy mirando anuncios en los periódicos, en busca de alguna oferta que me convenza.

Adam Crane se quedó mirándola fijamente. ¿Había o no había una cierta expresión de socarronería en los bellos ojos de Rebeca Graham? ¿Sabía que él había estado mirando los periódicos? ¿Cómo podía saberlo?

—Espero que encuentre pronto alguien que la ayude —murmuró.

—En realidad, hay muchas ofertas, y hasta podría recurrir a una agencia de colocación, claro está, pero no sé…, no soy persona fácil de contentar, y por otro lado la mayoría de las personas resultan… desagradables. Con más motivo, las desconocidas.

—Si está arrepentida de haberme invitado a café, puedo marcharme. No le guardaré rencor.

Rebeca Graham soltó una carcajada cristalina.

—¡Claro que no estoy arrepentida! —exclamó—. Usted no resulta desagradable, y además, el simple hecho de que Pamela le haya estado escribiendo, y sobre todo que finalmente lo citara aquí, es toda una garantía para mí.

—Bueno, señorita Graham, seamos sensatos. ¿Le parece bien? Entiendo que usted desea charlar un rato conmigo, y por eso me ha invitado, pero de eso a que ambos admitamos que ha sido Pamela quien me ha estado escribiendo…

—¿Quién si no?

—Usted.

—No. Creo que tomaremos el café con más comodidad si nos acercamos a la mesita. Quitaré de encima las revistas. ¿Ha visto las fotografías?

—En efecto.

—La última tiene tres años. Pamela y yo estábamos pensando en hacernos la del año en curso cuando ella falleció.

—¿Sabe usted tocar el piano, señorita Graham?

—Un poco, naturalmente. Pamela y yo solíamos tocar en muchas ocasiones a cuatro manos. Nos divertíamos mucho.

—Me sorprende un poco que usted no tenga piano aquí. Espero que no sea por cuestiones económicas.

—Claro que no. Soy una mujer rica, señor Crane.

—¿Por qué no tiene piano, entonces, como Pamela?

—Mi padre detestaba el piano. Cuando los padres de Pamela compraron uno yo le pedí a mi padre que me comprara otro a mí, naturalmente, pero se negó. Era un hombre consecuente, claro. Nunca quiso tener piano en casa. Luego, cuando después de un tiempo de ausencia volví a la casa, me pareció una tontería comprarlo entonces. Si tenía ganas de tocar me iba a casa de Pamela, era muy sencillo.

—¿Tiene usted llaves de la casa?

—Naturalmente. Ahora es mía. La compré hace un año, cuando el alcalde decidió que debía ponerse a subasta. De modo que, en definitiva, tengo piano.

—¿Lo toca alguna vez?

—No.

—Me pregunto si se ha enterado de que hace unas cuantas noches suele oírse el piano de Pamela, generalmente de madrugada.

—Sí. Lo he oído. ¿Azúcar?

—No, gracias. ¿Oyó usted anoche el piano?

—Naturalmente. Sobre las cuatro de la madrugada. ¿Cómo no habría de haberlo oído? Sonaba muy fuerte.

—Sin embargo, es usted la primera persona de Yellow Pine que admite haberlo oído anoche.

—Tal vez todos dormían profundamente. Yo tengo el sueño ligero.

—Yo no. Y estaba durmiendo lejos de aquí, relativamente. Quiero decir que si yo lo oí tuvieron que oírlo otras personas que

estaban más cerca.

—No sé qué decirle, francamente.

Rebeca terminó de servir, el café. Adam le ofreció un cigarrillo, pero la muchacha lo rechazó. Adam titubeó, y optó por no fumar él tampoco, pero ella le dijo, sonriente:

—No me molestará que usted fume, señor Crane.

—Gracias. Estaba pensando que debe tener usted un buen sistema, de traslado para subir a su habitación. ¿Algún pequeño ascensor, tal vez?

—No lo comprendo.

—Quiero decir que para subir a su dormitorio…

—No necesito subir a ningún sitio —se sorprendió ella—. Desde que quedé paralítica duermo abajo, en la planta.

—Pero debe tener algún medio para subir al piso de arriba.

—No. No lo necesito para nada. Sí he pensado algunas veces en instalar algún sistema que me permita bajar a la bodega, pero nunca para subir al piso de dormitorios. Tengo aquí abajo espacio más que suficiente.

Adam, que tras encender el cigarrillo se había quedado mirando fijamente a Rebeca, dijo, con toda naturalidad:

—Anoche, poco después de que sonase el piano de Pamela, había luz en una de las ventanas del piso de arriba de esta casa, señorita Graham. En cambio, pese a que usted dice que se despertó y que estuvo oyendo el piano, no vi luz alguna en la planta baja.

—Yo no encendí la luz. No es necesaria para escuchar música.

—Arriba había una ventana iluminada. Y por favor, no me diga que no debí ver bien, que tuve alguna alucinación.

—No parece usted de esas personas. Pero tampoco sé qué contestarle a eso, francamente.

—Pero está claro que no fue usted quien estuvo arriba, ni pudo ser, por tanto, la persona que encendió la luz.

—Eso, señor Crane —se señaló las piernas la muchacha—, está más que claro.

—¿Pudo entrar alguien aquí, y subir arriba?

—Lógicamente no, puesto que arriba todas las ventanas están cerradas, supongo, y aquí abajo las cierro yo si antes las he abierto por cualquier motivo. Por supuesto que también cierro la puerta, y si se ha fijado en ella habrá observado que no es fácil de abrir.

—No, no lo es.

—Sin embargo, todos sabemos que hay gente que puede abrir cualquier puerta, ¿no es así? De todos modos, no creo que nadie entrase a mi casa para robar. Sería una tontería. Es una casa vieja, en la que no hay nada que valga la pena, como no sean unos cuantos muebles antiguos. Y francamente, no me imagino a nadie de Yellow Pine entrando en mi casa a las cuatro de la mañana para robarme algún mueble.

—Sí, sería un poco incómodo —sonrió Adam—. Además, no creo que se trate de robar nada.

—Entonces… ¿Cree usted que alguien entró anoche en mi casa solo para encender la luz de uno de los dormitorios?

—Yo vi la luz. ¿Realmente vive usted sola?

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Rebeca.

—Se me ha ocurrido que tal vez hay en la casa alguna persona más que puede estar viviendo arriba.

—Eso es absurdo.

—¿Me permitiría usted echar un vistazo al piso de arriba?

—Señor Crane, la casa consta de bodega, planta y piso, y está a su disposición, puede usted mirar todo lo que guste.

—Es usted muy condescendiente conmigo.

—Ya se lo he dicho: Pamela le aceptó a usted, y eso es suficiente para mí.

Adam Crane movió la cabeza, aplastó el cigarrillo en un gran cenicero de cristal que se veía algo polvoriento, y se terminó el café.

—Entonces, con su permiso, iré a echar una ojeada.

—De acuerdo.

Adam se puso en pie. Rebeca le miraba con cierta complacencia, como si realmente sintiera simpatía hacia él.

Durante los siguientes quince minutos, Adam Crane estuvo recorriendo la casa, pero solamente encontró un lugar digno de cierto interés: una pequeña salita, en la planta baja, situada frente al salón al otro lado del amplio vestíbulo, en la que el ambiente parecía menos tétrico, y en la que había muchos libros, y en una máquina había un folio mecanografiado en su parte posterior, y Adam no tuvo inconveniente alguno en leer las pocas líneas escritas. Decían:

«Todas las flores mueren sin remisión ni piedad, pero si son bellas flores no mueren en realidad.

Algunas mueren al sol, tras larga vida en su planta, otras mueren de repente, sufriendo un atroz dolor.

Estas flores que fallecen de repente y con dolor, son las que todos cortamos sin piedad, dulzura, ni amor».

No había nada más. Los versos le parecieron malísimos a Adam, pero ciertamente tenían un sentido, querían expresar algo. «Pero si son bellas flores no mueren en realidad…». ¿Qué trataba de decir Rebeca Graham con esto?

Por lo demás, las habitaciones de arriba estaban todas ordenadas y con las ventanas cerradas. Se veía una ligera capa de polvo por todas partes, lo que le pareció lógico a Adam considerando que hacía quince días que nadie limpiaba allí. Todas las ventanas estaban cerradas, y no había el menor vestigio de que alguna de las habitaciones estuviera ocupada o lo hubiera estado hacía relativamente poco tiempo. Era como una casa muerta.

Desde la cocina, muy grande, bajó a la bodega, tras encender la luz de esta. Era bastante grande, y había cosas viejas y estanterías con botellas polvorientas. No parecía una bodega importante, ni mucho menos, pero había algunas botellas de licores y champán francamente interesantes.

Esto era todo.

Cuando regresó al salón, Rebeca estaba de nuevo ante la ventana, frente a esta. Se volvió al oír a Adam, y dijo:

—Me parece que está ocurriendo algo en el pueblo. ¿Ha encontrado algo interesante?

—Solo unos versos.

—¡Oh! Bueno, sé que son malos, pero me distraigo con eso. También tengo escritos algunos cuentos, pequeñas cosas… ¿Le gustaría leer alguno de mis cuentos?

—Temo que la estoy molestando demasiado. Pero todavía tengo una última cosa que decirle, señorita Graham: anoche, la señorita Weston, la maestra del pueblo, vio el fantasma de Pamela Hereford.

—No lo creo.

—Lo comprendo. Realmente, creer una cosa así…

—No, no es por eso, señor Crane. Lo que he querido decir es que

si Pamela estuviera por aquí, ya fuese en cuerpo o alma, a quien primero habría visitado habría sido a mí.

—¿Y no lo ha hecho?

—Es usted incisivo y concreto en sus preguntas, ¿verdad?

—Es una pregunta lógica. ¿Ha visto usted el fantasma?

—Por ahora, no, pero si está por aquí lo veré. Y no me importará decírselo.

—Me alegra oír eso. Se toma usted estas cosas con mucha tranquilidad, ¿no le parece?

—Yo no tengo miedo a nada, señor Crane. Al principio de mi enfermedad, cuando estaba sola en la cama, inválida, lloré mucho y pasé mucho miedo, sobre todo por las noches. Como suele decirse, me quedé en los huesos, y creo que hubo una larga temporada en la que estaba sencillamente horrible. Entonces me dije que vivir de aquel modo no tenía sentido, que tenía que tomar una determinación: o morir, o vivir lo mejor posible dentro de mis posibilidades. A partir de entonces comencé a sobreponerme en todos los aspectos.

—El resultado ha valido la pena —sonrió Adam.

—¿Le parezco bonita? —rio Rebeca.

—Usted sabe perfectamente que lo es mucho. Muchísimo.

—En ese caso, quizá usted no tenga inconveniente en volver por aquí. Me gustaría volver a verlo, señor Crane.

Este asintió, dejó de mirar los espléndidos ojos de la muchacha, y se volvió hacia la ventana. En efecto, algo ocurría en el pueblo, porque la gente corría en la misma dirección, gritándose unos a otros. De pronto, Adam vio a Sheila Weston corriendo directamente hacia la casa de Rebeca, y tuvo la certeza de que la muchacha se había enterado de que él estaba allí e iba en su busca.

Se volvió de nuevo hacia Rebeca.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Graham. Y será muy agradable para mí volver a visitarla. ¿Cuándo le parece que puedo hacerlo?

—Siempre que quiera. Pero… ¿se marcha ahora?

—Sí: Quiero saber qué está ocurriendo ahí afuera. Y además, vienen a buscarme. Hasta la vista, señorita Graham.

—Hasta la vista —murmuró Rebeca.

En cuanto supo que Adam Crane había salido de la casa, Rebeca

corrió de nuevo las cortinas, pero acto seguido las apartó un poco, para mirar hacia la calle sin ser vista. Vio a Adam hablando con Sheila Weston, esta muy excitada…

* * *

—Pero… ¿quién dicen que ha muerto? —preguntó Adam.

—Jess Morley… ¡Adam, dicen que ha muerto de un modo horrible! Todos quieren verlo, pero Stanton Graves se ha hecho cargo de todo, y no permite que nadie vea el cadáver.

—Tal vez yo consiga verlo… —dijo Adam, tomando de un brazo a Sheila y comenzando a caminar—. ¿Quién era Jess Morley?

—El cartero.

Adam se detuvo en seco.

—¿El cartero?

—Sí. Bueno, la oficina de Correos está a su cargo, él se encarga de todo lo relacionado con Correos y Telégrafos. Y cada mañana, a las once, suele repartir la correspondencia que le dejan en la oficina los de la camioneta que hace la ruta en dirección a Stibnite. Esta mañana, cuando ha pasado la camioneta, la oficina estaba cerrada, así que los de la camioneta han ido a dejarle la saca a Graves. Poco después, Graves ha pedido a una mujer que vive cerca de Jess Morley que le avisara de que había llegado la camioneta, y que qué demonios se había creído. La señora Hyman ha ido a la casa de Morley…, y todo lo que sé es que dicen que lo ha encontrado muerto, y que ella está en su casa con un ataque de nervios terrible. O estaba…, porque ahora dicen que Graves la ha llevado a su oficina.

—Vamos a la oficina de Graves. Quizá consiga hablar con la señora Hyman.

Esto no fue posible. La señora Hyman, en efecto, estaba en la oficina del alguacil, pero este había nombrado ayudantes interinos suyos a dos vecinos, que permanecían ante la puerta dispuestos a impedir la entrada a quien fuese. Adam no quiso complicar las cosas, y pidió a Sheila que le llevase a la casa del cartero, aunque era innecesaria su guía, pues todos corrían hacia allí. Cuando llegaron parecía que todos los habitantes de Yellow Pine se habían reunido ante la casa del cartero. Es decir, ante el cobertizo, cuya

puerta estaba cerrada. No se veía en parte alguna a Graves, de modo que era fácil comprender que estaba dentro del cobertizo, ante cuya puerta había otros dos hombres.

Adam se acercó a estos, se plantó ante ellos, y dijo:

—Supongo que están ustedes enterados de que soy periodista.

—¿Y qué? —gruñó uno de los hombres.

—Pues que tengo derecho a saber qué ha ocurrido, para informar de ello al público.

—No nos complique la vida, ¿quiere? Stanton Graves está ahí dentro, y cuando salga, se las entenderá con usted, si quiere. Ahora, aléjese. Y usted también, señorita Weston.

—Será mejor que lo piensen bien —dijo secamente Adam—. Si ustedes no me dejan entrar ahí voy a coger el teléfono para llamar a mi jefe y dictarle lo que se me ocurre sobre Yellow Pine y su fantasma, su piano y esta muerte… ¿Qué me dicen a eso?

Los dos hombres cambiaron una mirada de duda. Luego, uno de ellos gruñó diciendo a Adam que esperase un momento, y entró en el cobertizo. Se oyó el grito de Graves, pero a los pocos segundos la cabeza de este apareció por un lado de la puerta.

—Pase, señor Crane. ¡Usted solo!

Adam miró a Sheila, le hizo un gesto para que se alejase, y entró en el cobertizo, tras cederle el paso al hombre que le había anunciado a Graves. Este cerró inmediatamente la puerta, y la iluminación fue ahora amarillenta. Del techo pendía una bombilla protegida por una pantalla de porcelana.

La mirada de Adam fue inmediatamente hacia el hombre que estaba arrodillado en el suelo junto a un bulto que pronto identificó Adam como el cuerpo de un hombre.

—No me ha gustado su amenaza, ¿sabe? —gruñó Graves—. Pero me ha parecido más prudente por el momento no buscar más complicaciones.

—Claro. Y mientras esté aquí no podré llamar por teléfono —dijo Adam—. Está bien, ¿qué ha ocurrido?

—Eso ya lo habrá oído usted por ahí fuera. La señora Hyman vino a decirle algo a Jess, pero no lo encontró en casa. Entonces vio abierta la puerta del cobertizo, vino aquí…, y lo encontró muerto.

—Bueno, estas cosas pasan, ¿no es así? Uno está tan tranquilo y de pronto le llega la muerte…

—Pero no esta clase de muerte —dijo el hombre arrodillado.

Se incorporó entonces, y se quedó mirando a Adam. El alguacil lo señaló.

—Es el doctor Hartley.

Adam asintió, sin tender la mano al médico. La edad de este no debía ser inferior a los sesenta y cinco años. Parecía un hombre tranquilo, pero ahora estaba lívido.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Adam.

—¿Quiere verlo usted mismo? Pero le advierto que lo va a pasar mal si lo hace, señor Crane.

Adam asintió de nuevo y se acercó al cadáver. Lo primero que vio, cerca de este y en el suelo, fue las grandes tijeras de jardinería. Luego, también en el suelo, vio algo que de momento no pudo identificar. Cuando lo hizo, su primera reacción fue de incredulidad, pura y simple. No creía o no podía creer lo que estaba viendo. Pero tuvo que creerlo: estaba viendo los genitales de un hombre.

La mirada de Adam fue hacia las tijeras de jardinería, luego de nuevo a los genitales cortados, de nuevo a las tijeras, luego otra vez a los genitales, y por fin al cadáver, que yacía boca arriba, en pijama y abrigo. Este estaba abierto, de modo que Adam pudo ver el tremendo manchurrón de sangre en el abdomen, formando una costra seca en la chaqueta del pijama. Los pantalones habían sido bajados, dejando al descubierto las flacas y velludas piernas blanquísimas del cartero de Yellow Pine.

Y entre las piernas, ciertamente, no había nada…, salvo un enorme y repugnante coágulo de sangre, también seca. En el suelo, bajo los muslos del cadáver, también había otra gran mancha de sangre seca. Los ojos de Jess Morley estaban desorbitados, y parecían dos alucinantes bolas de cristal. Todo el rostro estaba crispado en una espantosa mueca de dolor, de agonía, del más profundo pavor.

De pronto, Adam Crane percibió en su boca el gusto a café. Lanzó una exclamación ahogada, corrió hacia un rincón del cobertizo, y comenzó a vomitar violentamente.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Hartley un minuto más tarde.

Adam se pasó el pañuelo por la frente, y asintió. Tenía un

repugnante gusto amargo en la boca.

—No dirá que no le advertimos —dijo Graves.

Capítulo VI

—PERO… ¿quién ha podido hacer una cosa semejante? —exclamó por fin Adam.

—Desde luego, nadie del pueblo —replicó vivamente Graves.

Y todos los reunidos en su oficina se quedaron mirando a Adam, que los contempló entre estupefacto e irritado.

—Tenga cuidado con lo que dice, Graves —masculló—. Tan solo que se atreva a insinuar que he sido yo, se va a enterar de cómo las gasto.

—Y usted vuelva a amenazarme y se enterará de cómo las gasto yo —dijo rabiosamente Graves.

—Tenemos que calmarnos todos —dijo el alcalde, John Newberry—. Este es un asunto muy feo, y debemos resolverlo cuanto antes y sin escándalo. Llevaremos el cadáver de Jess a la enfermería, y lo dejaremos allí, de momento, bien vigilado por algunos de nosotros. Nadie debe ver lo que le ha ocurrido…

—Están circulando por el pueblo versiones espantosas —advirtió Graves.

—Bueno, pero nadie sabe la verdad, y mientras tanto siempre podemos decir que todo son fantasías. La señora Hyman se quedará aquí, y…

—Esperen un momento… —le interrumpió Adam—. ¿Debo entender que ustedes están dispuestos a ocultar lo sucedido solo por unas horas, hasta que llegue la Policía…, o tratan de ocultarlo indefinidamente?

—No se meta en nuestros asuntos, señor Crane.

—¿Sus asuntos? Oigan, han asesinado brutalmente a una persona, ¿no es cierto? Así que, simplemente, la Policía debe ser avisada.

—Vamos a hacer un trato con usted, señor Crane… —dijo John Newberry—. Salga usted de aquí, déjenos atender esto a nuestra

manera por ahora, y dentro de una par de horas, le diremos lo que hemos decidido. Escuche, usted parece un hombre razonable, tiene que comprendernos… Ya sabe lo que se dice por el pueblo respecto al fantasma de Pamela Hereford…

—Creí que eso eran figuraciones mías —dijo sarcásticamente Adam.

—No es momento de rencillas. Mire, todo lo que nosotros queremos es evitar que cunda el pánico en el pueblo, de modo que diremos que Jess Morley ha fallecido de un ataque al corazón, o algo así. La señora Hyman será aleccionada debidamente, y retenida aquí con diversos pretextos… ¡Maldita sea, no nos complique la vida más de lo que ya la tenemos!

—Está bien —aceptó Adam—. Espero noticias de ustedes dentro de un par de horas.

—Estoy seguro de que todo esto lo ha provocado usted de un modo u otro —dijo acremente Graves.

—Va a conseguir que le rompa las narices, Graves. A ver si quiere entender de una vez que todo esto, sea lo que sea, no tiene nada que ver conmigo. O en todo caso, si tiene algo que ver, sé lo mismo que ustedes. Es más, si alguien tendría que estar verdaderamente cabreado ese soy yo, que me han hecho venir a este lugar para jugar a fantasmas… ¡Váyase al infierno!

Adam Crane salió a la calle, donde le estaba esperando Sheila Weston. No había nadie más en la calle, en parte alguna, y el silencio era increíble…, y del todo irreal, impropio.

—Todas las mujeres han recogido a sus hijos de la escuela, y se han encerrado en sus casas —dijo tartamudeando Sheila.

—Tú también deberías estar en tu casa.

—No quiero estar sola allí.

Adam le pasó un brazo por los hombros, y ambos se encaminaron hacia la casa de Sheila, donde almorzaron desganadamente mientras Adam le explicaba a la muchacha su entrevista con Rebeca Graham. Cuando Adam terminó, el primer comentario de Sheila fue:

—Todos estábamos convencidos de que la cara de esa chica había quedado horrible.

—Pues no. Es bellísima. Tanto como Pamela Hereford.

—Adam, ¿cómo pudo escribirte Pamela Hereford?

—No digas más tonterías.
—¿Crees que ha sido la señorita Graham?
—Lo seguro es que no sido Pamela Hereford.
—Yo la vi.
—Sheila: aun en el supuesto de que el fantasma de Pamela ande por aquí, admitiendo esa tontería, una cosa es cierta: los fantasmas no tocan el piano, ni van por ahí utilizando tijeras de jardinería para hacer esas cosas… Digamos que, en todo caso, los fantasmas serían… seres inmateriales. ¿Cómo podrían hacer cosas materiales? Por otra parte, Rebeca Graham tiene las llaves de la casa de Pamela Hereford.
—Pero está paralítica.
—Me gustaría estar seguro de eso.
—Pues puedes estarlo. El doctor Hartley llamó hace tiempo a dos importantes especialistas, que estuvieron en la casa de la señorita Graham y la examinaron a fondo. Dijeron que era una parálisis incomprensible, pero irreversible.
—Si era incomprensible… ¿cómo podían saber que era irreversible?
—Adam, por favor, no seas obcecado.
—Está bien… —Adam miró su reloj—. Ya no pueden tardar en venir a decirme qué han decidido. Antes de media hora los tendremos aquí.
Adam Crane se equivocó. Nadie fue a decirle nada media hora más tarde. Ni una hora más tarde. Por fin, verdaderamente enojado, descolgó el auricular del teléfono de la casa de Sheila Weston.
—Voy a llamar a mi periódico —gruñó—. Si creen que pueden estar jugando conmigo pronto van a convencerse de lo contrario… ¿Qué le pasa a este teléfono, maldita sea?
Tendió el auricular a Sheila, que se lo llevó a la oreja, escuchó, y murmuró:
—Parece que se ha averiado…
Adam apretó los labios. Sin decir palabra salió de la salita y, acto seguido, de la casa. Un minuto más tarde entraba en el bar de Harris. El propietario estaba tras el mostrador, y Adam se fue directo hacia él.
—Supongo que tiene usted teléfono, señor Harris.
—Naturalmente.

—Bien. Tengo que hacer una llamada, y el teléfono de la señor…

—Me parece que sé lo que va a decir… —sonrió Harris—. Está estropeado el teléfono de Sheila, ¿no es así?

—En efecto. ¿Cómo lo sabe?

—Oh, es fácil. Ha habido una avería general, y en estos momentos no funciona ningún teléfono de Yellow Pine. Con gusto le permitiría llamar, si era eso lo que venía a pedirme, pero ya ve…

—Sí… Ya veo. Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Paciencia.

—Eso es lo mejor: paciencia. Seguramente arreglarán pronto la avería.

—Sí, seguramente. Gracias, señor Harris. Y hasta luego.

—Hasta luego, señor Crane.

Un minuto más tarde, Adam estaba de nuevo en el saloncito de Sheila, que lo miró expectante, captando en el acto su hosca expresión. Adam no le dio tiempo a preguntar nada.

—Todos los teléfonos del pueblo están averiados —dijo con sarcasmo—. Una avería general. Pues bien, ya que así lo quieren, así será. Nos vamos. ¿O prefieres quedarte?

—¡Claro que no! —saltó Sheila—. ¡En diez minutos recojo mis cosas y me voy contigo para siempre de este lugar!

—Yo también recogeré las mías.

Quince minutos más tarde, ambos salían de la casa, cada uno con su equipaje. Adam ayudó a Sheila a colocar sus dos maletas en el coche de ella, metió la suya en el portaequipaje, y se sentó ante el volante. Puso las llaves, dio el encendido…, y no se oyó nada. Insistió, pero el coche continuó mudo. El gesto de Adam Crane se nubló. Se quedó quieto ante el volante. Por el retrovisor lateral vio salir a Sheila de su coche, y acercarse. Entonces salió del coche.

—Tendremos que irnos, en tu coche —dijo Sheila—, el mío no funciona. Y yo no entiendo mucho de esto, Adam. Quizá si tú le echaras un vistazo…

—El mío tampoco funciona. Y será inútil que echemos ningún vistazo. ¿Me entiendes?

—No… Bueno, no sé.

—Alguien ha estado trasteando en nuestros coches. Ayer querían que me marchase, y hoy me lo impiden.

—¡Eso no puede ser! ¡No pueden hacer eso!

—Bueno, lo han hecho, eso es todo. ¿Hay algún taller de

reparaciones en el pueblo?

—Sí, claro. Está el de James Benton. Es un buen mecánico.

—Apostaría a que precisamente él ha tenido algo que ver con esto. Pero no tenemos más remedio que intentarlo. Vamos allá.

Se dirigieron hacia Pine Avenue. Aquí, Sheila señaló en dirección a la entrada del pueblo en dirección a McCall. Mientras caminaban hacia allí, los dos tenían la impresión de estar siendo observados desde muchos puntos, pero no vieron a nadie. Era como hallarse en un pueblo fantasma. No se oía el menor sonido en parte alguna. Desde Rainbow Mountain comenzaban a llegar oscuros nubarrones. Seguramente aquella noche volvería a llover…

El taller de James Benton era la primera construcción a la derecha de la entrada del pueblo. No tenía inscripción alguna. ¿Para qué, si todos le conocían sobradamente? La puerta era de doble hoja, grande y destartalada. Estaba cerrada. Sheila miró a Adam, pero este no correspondió. Se acercó a la puerta, y empujó una de las hojas, que cedió.

La luz ya un tanto marchita del sol entró en el taller, donde el silencio era sepulcral.

—Señor Benton… —llamó Sheila—. ¡Señor Benton!

Silencio absoluto. Había tres coches en el taller, uno de ellos con el capó alzado, dejando visible el motor. Del techo colgaban unas cadenas que debían servir para suspender los motores cuando ocasionalmente debían ser retirados de los coches. Unas guías llegaban hasta encima de un gran banco de trabajo, donde, en efecto, se veía un motor a medio desmontar. Al fondo había un montón de neumáticos viejos y, en una de las paredes, unas estanterías donde había neumáticos nuevos de varias marcas y modelos. Frente a esto, todo un tablero lleno de herramientas. Había grasa y aceite por todas partes.

—¡Señor Benton! —insistió Sheila.

—No te molestes: no está.

—Quizá esté arriba, con su mujer. Tienen la vivienda encima del taller. ¿Te parece que vaya a buscarlo?

—No perdemos nada con ello.

Sheila salió del taller, mientras Adam seguía mirando a todos lados. No era ni mucho menos un experto en estas cuestiones, pero se dio cuenta de que el lugar había sido abandonado de pronto.

Aquel capó alzado, aquel otro motor a medio desmontar, un par de herramientas en el suelo… Seguramente, Benton los había visto llegar, y se había escondido. Sí, exactamente: escondido.

Sheila regresó tres o cuatro minutos más tarde.

—La señora Benton está en casa. Dice que su marido tuvo que salir hace cosa de media hora a hacer una reparación no sabe dónde.

—Ya.

—Podríamos esperar que pase algún coche, y pedirle al conductor que nos lleve a McCall.

—No pasará ningún coche.

—Bueno, pasa poquísima gente por aquí; es cierto, pero tal vez hoy…

—No lo entiendes. Habrán colocado algún aviso de desvío de la carretera, o recurrido a cualquier otro procedimiento para evitar que alguien entre en Yellow Pine. Y ciertamente, nosotros no podremos salir.

—Pe-pero… ¿qué vamos a hacer, entonces?

—Vamos al cementerio.

—¿Qué? —respingó Sheila.

—Quisiera ver la tumba de Pamela Hereford.

—¡No! ¡Yo no quiero ir allá!

—Entonces dime dónde está, e iré solo.

—Pe-pero… ¿qué… qué quieres ver allí? ¡Solo hay tumbas, solo hay muertos!

—Dime dónde está. No sé qué demonios se ha creído esa gente. Están jugando conmigo, ¿eh? Pues muy bien, yo jugaré con ellos.

—Adam, por favor, ¡no vayas allí!

Los ruegos de Sheila fueron inútiles. Finalmente, tuvo que indicarle a Adam dónde estaba el cementerio, e incluso se resignó a ir con él, pero Adam decidió que era mejor que ella volviera a la casa, y estuviera comprobando el teléfono cada pocos minutos, por si se trataba de una avería real que era reparada. Si esto era así, debía salir de la casa y hacer sonar el claxon de su coche media docena de veces. En aquel silencio, Adam lo oiría, pues el cementerio estaba muy cerca, y regresaría en el acto.

Se separaron en la entrada de la calle transversal en la que vivía Sheila, y esta fue hacia la casa. Poco después, Adam pasaba por

delante de la casa de Rebeca Graham, a la que presintió tras las cortinas, posiblemente observándole.

Súbitamente inspirado, Adam regresó ante la puerta de Rebeca Graham y pulsó el timbre. La puerta se abrió lentamente doce o quince segundos más tarde. Al otro lado apareció Rebeca Graham, por supuesto en su silla rodante. Tenía un libro en el regazo. Se hallaba vestida un poco menos formalmente, con un viejo jersey deportivo de cuello abierto, muy escotado, que revelaba la preciosa forma de sus pechos. Adam se sorprendió. No había reparado antes en la belleza del cuerpo de la muchacha, fascinado solamente con su rostro.

Ella le estaba mirando amablemente, y Adam sonrió.

—Soy inoportuno, seguramente —dijo.

—Claro que no. Pase. Todo lo que hacía era leer.

—Creí que estaría mirando por la ventana.

—No.

Adam entró, cerró la puerta y, tras mirar con visible perplejidad el encantador escote de Rebeca, dijo:

—He venido a pedirle prestada la llave de la casa de Pamela… Supongo que es una pretensión descabellada.

—En absoluto. Se la prestaré con mucho gusto.

—¿De veras?

—Ya se lo he dicho. ¿Qué espera encontrar allí?

—No lo sé.

—Bueno, le dejaré la llave, desde luego. ¿Se conocían de antes usted y la maestra, la señorita Weston?

—No. Nos conocimos ayer.

—Ah. Me pareció… que había algo entre ustedes, y pensé…

—Podría haber algo en cualquier momento —sonrió Adam—. Para enamorarse no hacen falta siglos, señorita Graham.

—Eso es verdad. Venga a mi despachito, por favor. Tengo la llave allí.

—Me parece que hoy volverá a llover.

Ella se quedó mirándolo sorprendida, y de pronto se echó a reír.

—¡Lloverá con toda seguridad! —exclamó, colocando sus manos sobre las ruedas de la silla.

—Permítame que la ayude —se ofreció Adam.

Llevó la silla al despachito que ya conocía, y Rebeca maniobró

con la silla hasta un pequeño buró, del cual alzó la persiana, abrió un cajoncito, y sacó varias llaves. Tendió uno de los juegos a Adam, que se había colocado a su lado.

—Evidentemente, usted no va a robar —dijo Rebeca, como divertida—, así que me gustaría saber qué va a hacer allí.

—¿Podré contar con las llaves aunque diga la verdad?

—Sí…

—Bien… Verá, la gente de este pueblo me está fastidiando, y había pensado fastidiarlos yo a ellos dándome una vuelta por el cementerio y visitando la tumba de Pamela Hereford, como si me dispusiera a hablar con ella; pero se me ha ocurrido una idea mejor: entrar en la casa y aporrear el piano.

—¡Eso es maquiavélico, señor Crane!

—Sí, lo es —sonrió Adam.

—Casi… casi diría que es malvado.

—Tal vez. Pero han cortado la línea telefónica y han estropeado el coche de Sheila Weston y el mío. El mecánico del pueblo ha tenido que salir urgentemente. No se ve a nadie en el pueblo… Mire, no me gusta que se metan conmigo. Y quien lo haga tiene que afrontar las consecuencias.

—Tiene usted mal carácter, según parece.

—Nada de eso, si se me trata bien. Creí que usted se habría dado cuenta de eso, señorita Graham.

—Quizá tenga razón. Pero yo de usted no provocaría a la gente del pueblo. Sencillamente, pueden dispararle unos cuantos tiros, créame.

—¿Lo harían?

—Sí. La mayoría de los hombres tienen escopeta para ir a cazar y tengo entendido que disparan muy bien.

—También saben hacer daño de otras maneras.

—¿A qué se refiere?

—¿No sabe lo que le ha ocurrido al cartero, a Jess Morley?

—No… ¿Era por algo relacionado con él que la gente corría esta mañana?

—Así es. Alguien le mató anoche, cortándole los genitales y abriéndole el vientre con unas tijeras de jardín. Bueno, no se sabe qué fue primero, si las heridas del vientre o las otras. Al parecer, por lo que dice el doctor Hartley, eso pudo ocurrir precisamente

hacia las cuatro de la madrugada, o sea, más o menos cuando oímos el piano de Pamela Hereford.

Rebeca, que no se había alterado en absoluto, murmuró:

—¿Relaciona usted una cosa con otra?

—No sé qué pensar. ¿Y usted?

—El piano se había oído en otras ocasiones, y no ocurrió nada parecido.

—Es cierto. Dígame una cosa, señorita Graham: ¿usted no está asustada?

—¿Yo? ¿Por qué motivo?

—Puede que encerrada aquí no se haya dado cuenta de nada, pero están ocurriendo cosas extrañas en Yellow Pine. Dejando aparte lo del cartero, que para mí es un vulgar crimen, todo el pueblo está… No sé, como… aterrado. Hay un ambiente espeluznante en la calle. No se ve a nadie, no se oye ruido… La verdad, a mí me parece todo extraño y terrible.

—Entonces, me alegro de no tener necesidad ninguna de salir a la calle. Por lo único que lo siento, precisamente, es porque me gustaría ir de cuando en cuando a la tumba de Pamela a llevarle unas flores. Aunque en esta época ni siquiera hay flores en el jardín de atrás… si, quizá tenga usted razón: todo es muy deprimente.

—Me imagino que no alegraría su ánimo ir al cementerio.

—A lo mejor sí, pero… ¿cómo podría ir? Está en una pequeña colina y no tengo la suficiente fuerza para empujar la silla por la pendiente. En ocasiones he pensado ponerle un motorcito de esos a la silla, pero creo que no solucionaría nada. No me gustaría en absoluto salir de aquí en mi silla a motor y ser el blanco de todas las miradas. Me parece… grotesco.

—Puede que tenga razón. Pero siempre hay soluciones para todo. En este caso, a mí me parecería perfectamente digno ir en su silla a visitar la tumba de su amiga. Y si me lo permite, yo la ayudaría con la silla.

—¿Lo haría usted? —exclamó Rebeca.

—Con mucho gusto.

—Entonces… ¡entonces acepto! ¿Podemos ir ahora mismo? ¡Hace tanto tiempo que lo deseo…!

—Podemos ir cuando usted guste.

—Pues ahora. ¡Oh, ahora mismo, ahora…! Iré a mi dormitorio a

buscar un jersey grueso. ¡No sabe cuánto se lo agradezco, señor Crane!

Cinco minutos más tarde, salían ambos de la casa, Adam empujando el sillón de ruedas. Todo seguía solitario y en silencio. El ambiente era tan infranatural que Rebeca miró entre asustada y desconcertada a Adam, el cual encogió los hombros. No tuvo problema alguno, para manejar el sillón hasta la acera, por la cual lo empujó hacia el extremo de la calle. Rebeca se había puesto un grueso jersey, y un pañuelo en la cabeza, recogiendo sus largos cabellos. Adam Crane sabía que muchos pares de ojos estaban fijos en ellos… ¿O se habían muerto todos los habitantes de Yellow Pine? Lo parecía, desde luego. No se oía nada, ni siquiera el ladrido de un perro, o el motor de un vehículo, o un teléfono… No, claro, teléfonos no. Nada, el silencio total.

A lo lejos brilló un relámpago, y a los pocos segundos sonó el estampido del trueno. Desde detrás de la silla, Adam veía las manos de Rebeca, como clavadas a los brazos del sillón, tensas. La muchacha parecía una estatua, no se movía. Brilló otro relámpago, rugió otro trueno. Las montañas había desaparecido detrás de un oscuro telón de lluvia en la distancia.

El cementerio estaba apenas a trescientos metros de la salida del pueblo y un poco por detrás de este, en efecto, en una suave colina, en la que destacaban los cipreses y algunos abetos. El camino estaba bien cuidado. A medida que se iban acercando todo se iba tornando más y más oscuro, y seguían crujiendo los truenos y reluciendo los relámpagos.

Adam Crane comenzó a divisar pronto las blancas losas de las tumbas, que le parecieron como pastillas de leche. Volvió la cabeza hacia el pueblo, y le pareció un grabado, algo sin vida. Como una vieja postal abandonada.

La voz de Rebeca le sobresaltó:

—Tenemos que ir hacia la izquierda —dijo la muchacha—. La tumba de los Hereford está por ese lado.

—¿Quiere decir que Pamela ocupa una tumba grande…?

—No, ella no. La enterraron aparte, pero su tumba está junto a la familiar.

El ambiente era húmedo y frío. Adam comenzaba a arrepentirse de su ofrecimiento a acompañar a Rebeca.

—Creo que deberíamos volver —dijo—. De un momento a otro la lluvia llegará aquí. Y ni siquiera llevamos paraguas. Podemos volver cualquier otro día.

—Por favor, señor Crane. Además, usted se irá pronto de Yellow Pine… No me importa mojarme. Bueno, pero si a usted le…

—Lo he dicho por usted. A mí no me molestará demasiado un poco de agua.

Encontraron muy pronto la tumba de Pamela Hereford, que, en efecto, estaba junto a otra gran losa que contenía los restos de la familia. Adam se preguntó por qué la muchacha había sido enterrada aparte, y acto seguido se lo preguntó a Rebeca, que no conocía la respuesta, aunque tal vez, dijo, era porque las dos tumbas vecinas de la tumba de los Hereford eran también de estos, y puesto que las dos estaban vacías cuando falleció Pamela, y en cambio la tumba familiar estaba llena…

Comenzó a llover a los pocos segundos de permanecer ambos en silencio contemplando la tumba de Pamela. Adam vio las fechas grabadas en la lápida, y así supo que Pamela había fallecido a los veinticinco años. Es decir, que ahora tendría veintisiete, pensó. Así pues, la señorita Graham tenía veintisiete años. No lo parecía, desde luego. Parecía tener veintidós, como máximo… Rebeca permanecía inmóvil, siempre con las blancas y hermosas manos como clavadas a los brazos del sillón. Adam volvió la cabeza hacia el pueblo, pero ya ni siquiera pudo verlo, tan densa era la lluvia. Es más, ni siquiera veía las luces del pueblo, que lógicamente debían haber sido encendidas, dada la oscuridad tenebrosa de la tarde.

Fue entonces cuando volvió a tener la sensación de que lo estaban mirando. Miró a Rebeca, pero ella permanecía con la cabeza baja, la mirada fija en la blanca lápida en la que el agua parecía reventar en miles de gotitas, limpiándola una vez más. En la tierra, las gotas de lluvia impactaban con blando chasquido.

Adam seguía con aquella sensación de sentirse observado, mirado fijamente. Y de nuevo sintió aquel repeluzno en la nuca, aquel escalofrío que recorrió su espalda como un latigazo interior. Comenzó a volverse, mirando hacia todos lados. Muy despacio, fue describiendo un giro. Su mirada se perdía entre la lluvia, más allá de los cipreses y abetos, y solo veía agua y oscuridad…, mientras alguien seguía observándolo.

Sacudió la cabeza, y se inclinó hacia Rebeca.

—Deberíamos regresar —dijo—. Está lloviendo muy fuerte, y podría usted enfermar, señorita Graham.

Ella lo miró entonces. El agua caía sobre su rostro blanco y delicado, marmóreo. Había en sus oscuros ojos un extraño resplandor, como si desde alguna parte que Adam no podía localizar les llegase una luz… O quizá la luz estaba dentro de los ojos de Rebeca Graham. Por un instante, a Adam Crane le pareció que dentro de cada ojo de la muchacha había como una alargada mancha de luz blancoazulada, que se movía. Pero ella parpadeó bajo la lluvia, y la mancha de luz desapareció.

—Sí —murmuró Rebeca—, regresemos. Gracias, señor Crane.

Capítulo VII

—¿NO quiere entrar? —le miró ella—. Tengo algo que pedirle.

—Sería mejor que volviera en otro momento —dijo Adam—. Tiene que cambiarse de ropa. Y yo también.

—No me abandones —susurró Rebeca.

Adam Crane sintió un vacío en el estómago. Empujó la silla de ruedas, encendió la luz, y cerró la puerta, dejando afuera las luces del pueblo, que, en efecto estaban encendidas. Pero seguía sin haber absolutamente nadie en la calle.

Rebeca inició la marcha hacia el fondo de la planta baja. Adam empujó la silla. Pasaron junto a la amplia escalinata. Detrás de esta y debajo había dos dormitorios, y enfrente un cuarto de baño, piezas que Adam ya conocía. Rebeca abrió la puerta de uno de los dormitorios y señaló la del cuarto de baño.

—¿Quieres traerme una toalla, por favor?

Adam fue al cuarto de baño, en silencio. Afuera rugía la lluvia. Cogió la toalla grande, y al volverse se vio en el espejo. Tenía los cabellos pegados completamente a la cabeza, y por supuesto sus ropas estaban empapadas. Pero no pensó en él, sino en Rebeca Graham. Era tan delicada… Había sido un bruto al no traerla de regreso a casa en cuanto comenzó a llover.

Cuando entró en el dormitorio de ella, se detuvo en seco al verla desnuda de cintura para arriba. Estaba un poco inclinada hacia un lado, y parecía realmente de mármol. Sus pechos eran incluso más grandes de lo que había sugerido el jersey, y definitivamente maravillosos, altos, plenos, soberbios. Los hombros eran tiernos, dulces. El cuello, largo y esbelto, era impresionante en su belleza.

Ella se quedó mirándolo, con la cabeza ladeada, una dulce sonrisa en sus pálidos labios. Adam parpadeó, dejó de mirar los grandes pezones sonrosados, y se acercó, tendiéndole la toalla.

—¿Me secas la espalda? —pidió Rebeca.

Se puso detrás de ella, y frotó la espaldas con la toalla, y luego los hombros. Tendió la toalla a Rebeca, que se frotó primero los pechos y luego el cuello, y finalmente comenzó a secarse la cabellera. A cada movimiento, los pechos vibraban con una turgencia asombrosa.

—¿Te gusta el cabello suelto o me lo recojo en un moño? —preguntó ella.

—Creo que debes dejarlo suelto, para que se seque cuanto antes. ¿Quieres que te traiga el secador?

—No. Te vas a resfriar si no te quitas la ropa.

—Será mejor que me vaya, en efecto.

—No es eso lo que he querido decir.

—¿Qué has querido decir?

—¿Te sientes disgustado? —preguntó ella a su vez—. ¿Te disgusta verme así?

—No. Pero creo que no debemos seguir con…

—Adam: no estoy muerta, ¿sabes? Solamente tengo paralizadas las piernas, por algo que me ocurrió en la espalda o en el cerebro, eso ni los médicos pudieron determinarlo. Pero no estoy muerta como mujer, eso sí me lo dijeron… Y ahora me doy cuenta de que tenían razón. En realidad, me di cuenta cuando te vi esta mañana.

—Te diste cuenta… ¿de qué?

—Pues de eso —rio ella—: ¡de que mi sexo está vivo!

—Rebeca, creo que…

—¿No lo quieres? ¿Te repugno?

—Dios mío, no… —exclamó Adam—. ¡Claro que no! Pero no quisiera…

—¿Lastimarme? Oh, vamos, no vas a romperme; Y si me rompes, al menos habrás sido tú, y habrá valido la pena. Aunque no estoy muy segura de eso, de esa clase de cosas.

—¿Quieres decir que eres virgen?

—Sí. Y Pamela también lo era.

—Creo que debo marcharme —insistió Adam.

Ella dejó la toalla a un lado, y le tendió las manos. Adam las tomó. Como las suyas, estaban todavía frías. Pero los pechos de Rebeca no estaban fríos… Su calor penetró en las manos de Adam cuando ella las colocó sobre la tersa carne palpitante. Percibió los fuertes latidos del corazón.

—Adam… ¿me lo vas a hacer? Por favor. Eres el único hombre que no me ha repugnado… ¡No quiero morir sin haberte sentido!

Adam Crane se inclinó más y su boca se posó sobre la de Rebeca. Ella soltó sus manos, y se abrazó a su cuello. Se tensó como sorprendida, o quizá asustada, cuando las manos de Adam apretaron con fuerza sus pechos, pero enseguida abrió la boca, y la lengua de Adam alcanzó la suya. La respiración nasal de Rebeca era como un murmullo caliente en el rostro de Adam. Sus manos acariciaban los pechos y los hombros femeninos. Muy pronto se dio cuenta de que los pezones de Rebeca estaban rígidos y habían aumentado de tamaño… Dejó de besarla en la boca, se inclinó todavía más, y comenzó a besar lentamente los pechos.

Cuando miró el rostro de Rebeca, lo vio demudado, lívido. Los labios de la muchacha estaban temblando fuertemente.

—¿Qué te ocurre? —musitó Adam.

—Siento… algo extraño dentro de mí…

—Rebeca, si no quieres…

—Sí quiero. ¡Lo deseo! Oh, Dios mío, te amo, Adam… ¡Te amo!

Adam se apartó, y comenzó a quitarse las ropas. Ella le miraba con los ojos muy abiertos, inmóvil. Lanzó una exclamación al ver su virilidad puesta de manifiesto.

—¿No pasas a la cama? —murmuró él.

—No quiero… que me veas hacerlo como lo hago siempre.

Adam asintió. Terminó de desnudarse, y alzando en brazos a Rebeca la depositó en la cama, donde terminó de desnudarla. Tenía un cuerpo magnífico. Cuando volvió a mirar su rostro lo vio ahora todavía tenso, pero ligeramente sofocado. Cuando se tendió a su lado la respiración de Rebeca era irregular, muy pesada, como si le costase un gran esfuerzo. Adam deslizó una mano por los pechos, erguidos y duros, y luego por el vientre, mientras besaba los pezones ardientes de la muchacha. Luego la besó en la boca, mientras, lentamente, se iba colocando sobre ella, entre sus muslos de seda.

Un par de minutos más tarde Rebeca Graham profirió un fuerte quejido, abrazándose convulsamente a la espalda de Adam Crane.

—No… —gimió—. No me lo hagáis, no… ¡No me lo hagáis!

Adam se estremeció. Luego, tras un instante de inmovilidad, se alzó sobre los brazos, y miró el rostro de la muchacha, que estaba

pálido y desencajado en una mueca del más absoluto espanto. La impresión que recibió Adam fue tan fuerte que toda su potencia viril decreció en un segundo. Entonces, ella abrió los ojos, y se quedó mirándolo como sin verlo. Había dentro de sus ojos como dos manchitas blancoazuladas, alargadas…, como dos pequeñas llamas de vela que se movían suavemente. Adam quiso salirse, pero ella se abrazó fuertemente a él, con más fuerza que nunca.

—No… —suplicó—. ¡No te vayas, por favor, no te vayas!

En sus ojos dilatados, las dos manchitas como llamas de vela desaparecieron rápidamente, y en sus labios ahora rojos apareció una dulce sonrisa. La boca estaba suplicando el beso, y Adam Crane volvió a descender, lenta, suavemente, recuperando su virilidad. Ella volvió a gemir, enviando una oleada de calor dentro del cuerpo de Adam Crane. De pronto, apartó la boca, gritó fuertemente, y todo su cuerpo se estremeció con increíble violencia.

Adam Crane comprendió que la preciosa Rebeca Graham había dejado de ser virgen en aquel mismo momento. Y cuando, a los pocos segundos, presintió el orgasmo de ella y comprendió que él también estaba a punto de ser vencido, suspiró y se olvidó de todo.

* * *

Despertó de pronto, y se quedó mirando el techo. Inmediatamente, volvió la cabeza, y la vio tendida a su lado, desnuda y hermosa como ninguna otra mujer que había tenido. Rebeca dormía profundamente, con la boca entreabierta. Sus pechos blancos y magníficos apenas oscilaban.

Los recuerdos parecieron estallar de pronto en la mente de Adam Crane, que frunció el ceño y terminó por sonreír. Acercó su rostro al pecho de Rebeca, y besó con cuidado el pezón del seno izquierdo. Estaba tibio y tierno. Ella no reaccionó.

Y de repente, toda la realidad volvió a la mente de Adam. ¿Qué hora debía ser?

Salió de la cama, y fue adonde había dejado sus ropas.

Había guardado el reloj en un bolsillo de la chaqueta. Lo sacó. Eran casi las ocho y media de la noche. Por supuesto que Sheila debía estar esperándole preocupadísima. ¿O sabía que él estaba con Rebeca Graham? Sí, debía saberlo ella y todo el pueblo.

Sus ropas estaban mojadas, naturalmente, y terriblemente frías. Tuvo la tentación de quedarse allí a pasar la noche, pero desistió de ello. Lo mejor era volver con Sheila. Se vistió en silencio. Desde el exterior le llegaba el rumor de la lluvia.

Ya vestido, pasó al cuarto de baño, donde se peinó. Dios, había sido algo absolutamente perfecto. No tenía la menor duda de que Rebeca era virgen cuando se había acostado con él, pero su comportamiento había sido pleno y hermoso… Le asaltó el pensamiento de que se había enamorado de ella. Pero no, no podía ser. Bueno, ¿y por qué no?

Regresó al dormitorio, y estuvo casi un minuto contemplando la bellísima desnudez de la muchacha. Luego, se acercó, y la cubrió hasta el cuello con la ropa de la cama. Fue a la puerta del dormitorio, apagó la luz, y salió.

Hacía pocos segundos que Adam Crane había salido de la casa de Rebeca Graham cuando en el dormitorio de esta apareció la mancha blancoazulada, alta, resplandeciente, como suspendida en la oscuridad, como un grieta en esta. La mancha era vertical, como una gran llama de vela, pero al llegar sobre el lecho donde yacía Rebeca se inclinó lentamente, hasta quedar paralela al cuerpo de la durmiente.

Luego, despacio, descendió sobre Rebeca, llegó al contacto por encima de la ropa, y fue desapareciendo hacia abajo.

Desapareciendo, desapareciendo, desapareciendo…

* * *

—¡Por fin apareces! —exclamó Sheila, al borde de la histeria—. ¿Dónde has estado, qué te ha ocurrido?

—Tranquilízate —sonrió Adam.

—¡Que me tranquilice…! ¡Hace casi cuatro horas que te fuiste de aquí, y en todo ese tiempo no he sabido dónde estabas, y he estado temiendo…! ¡Yo qué sé!

Adam entró en primer lugar en la salita, y señaló el teléfono.

—Supongo que sigue sin funcionar.

—No, no funciona. Adam…, ¿dónde has estado?

Adam se quedó mirándola fijamente. Bueno, ¿por qué no decirle la verdad pura y simple? No estaba en deuda con Sheila Weston en

nada, y menos que nada en ese sentido. Pero pensó en Rebeca Graham. Él quería ser sincero con Sheila, pero… ¿comprendería Rebeca esa sinceridad? ¿No preferiría ella que él no dijese a nadie lo que había ocurrido entre ambos? En la duda, prefirió no decir nada.

—Estuve un rato con la señorita Graham en su casa, y luego me pidió que la acompañase al cementerio. ¿No te has enterado de que hemos estado allí?

—¡Creí que ibas a ir solo! ¡Y tanto tiempo…! ¿Habéis estado todo este tiempo en el cementerio?

—No. Estuvimos solo un rato. Luego volvimos a su casa y he estado allí hasta ahora, charlando. Llovía mucho… Y sigue lloviendo.

Los ojos de Sheila se desplazaban como mecanizados de uno a otro ojo de Adam Crane, profundizando, queriendo llegar al fondo, a la verdad. Una verdad que, ciertamente, no podía ser la que Adam Crane le estaba explicando.

—Sé que sigue lloviendo —murmuró—. Has podido pillar una pulmonía con la ropa mojada todo este tiempo.

—No creo que me pase nada. ¿Ha venido alguien?

—¿Quién había de venir?

—Tal vez el mecánico, el señor Benton si es que al regresar, su esposa le dijo que lo buscábamos. ¿Nada?

—No, no ha venido. Ni él ni nadie.

Adam se sentía un poco molesto por la fija mirada de Sheila. Se acercó al teléfono, lo descolgó, y escuchó. Silencio. Colgó el auricular.

—Tal vez sería buena idea que me acercase al taller de Benton, a ver si ha regresado y quiere echar un vistazo a los coches.

—No creo que aceptase salir de su casa con esta lluvia. Con suerte, te diría que ya vendrá mañana.

—Me parece que tienes razón. En fin. ¿Qué te parece si cenamos alegremente y nos olvidamos por esta noche del señor Benton?

* * *

Jim Benton dejó a un lado el periódico, y miró el reloj de pared de la sala. Eran casi las diez de la noche. Miró a su esposa, que estaba

sentada ante el televisor, viendo el telefilme. Es decir, lo miraba, pero no lo veía… Eso le pareció al señor Benton, al menos. Estaba asustada, eso era todo, y no podía dejar de pensar en lo que había sucedido en el pueblo. Lo sabía, como todos, porque el confinamiento de la señora Hyman había sido tardío, cuando ya la mujer había gritado lo que había visto en el cobertizo del cartero.

—¿Vamos a acostarnos? —propuso el señor Benton.

—Espera que termine la película.

El señor Benton soltó un gruñido. Su esposa ni siquiera le había mirado. Él se quedó mirándola. ¿Por qué demonios se había casado con ella hacía ya nada menos que veinte años? Maldita sea, veinte años con aquella estúpida gorda… Gorda y fea, esa era la verdad. Tenía unos pechos enormes. Al principio, cuando los dos eran jóvenes, los pechos de Gladys le habían vuelto loco. Ya eran grandes entonces, pero estaban duros, elásticos… ¡Bah, al demonio!

De pronto, acudió a la memoria de James Benton la imagen de aquellos otros pechos, blancos y turgentes, menudos en comparación con los de su mujer. Unos pechos deliciosos, maravillosamente blancos en la oscuridad estrellada…

Se puso en pie tan bruscamente, con un gesto tan violento, que su mujer le miró sobresaltada.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Nada. Voy a tomarme una cerveza.

Se fue a la cocina, y abrió el refrigerador. Jamás olvidaría la forma, el tacto, la dureza de aquellos pechos femeninos que parecían de mármol tibio y tierno. Nunca había saboreado nada igual, nunca.

—Tengo que olvidarlo —se dijo.

Sacó una lata de cerveza del refrigerador y tiró de la lengüeta. Sonó el chasquido, y Benton se llevó rápidamente la lata a la boca. Era un hombre de estatura mediana, aparentemente débil, pero en realidad era muy fuerte. Tenía unos músculos finos y sólidos, y todavía, a sus casi cincuenta años, su vigor estaba fuera de toda duda.

Mientras bebía, su mirada fue hacia la ventana de la izquierda de la cocina, la que daba al patio interior, al que se podía salir desde el taller. Se quedó sorprendido, y acto seguido, tras tragar la cerveza, masculló una maldición. ¡Se había dejado encendida la luz

del taller!

Con la lata en una mano, regresó a la sala, donde su mujer seguía mirando sin ver la televisión.

—Voy abajo un momento, Gladys.

—Bueno.

Salió de la vivienda. Había un pequeño rellano, y un tramo de escalones que descendía hacia la calle. Bajó. Frente a la puerta, a su derecha, había un estrecho pasillo, que recorrió hasta la puerta que comunicaba directamente con el taller, sin necesidad de salir a la calle.

Empujó aquella puerta, entró en el taller, y fue directo hacia la doble puerta que comunicaba con la calle, pensando que si se había olvidado de apagar la luz también podía haberse olvidado de cerrar la puerta. Y efectivamente, así era. Se quedó sorprendido, forzando la memoria. Estaba seguro de que la había cerrado. Sí, seguro. La que se olvidaba de cerrar algunas veces, o bien la dejaba abierta por pereza, era la del fondo del taller, la que comunicaba con el patio, porque no era fácil que a nadie se le ocurriese entrar saltando la tapia de atrás. En realidad, lo de cerrar las puertas no dejaba de ser una costumbre, una manía incluso, pues en Yellow Pine nunca ocurría nada. Es decir, nunca había ocurrido nada hasta…

La luz del taller se apagó de pronto. Jim Benton lanzó una exclamación, y se volvió hacia la puerta que comunicaba con el pasillo estrecho. La idea de una broma por parte de su mujer pasó fugazmente por su mente. Absurdo.

Y de pronto, a James Benton se le pusieron los pelos de punta. Como un estallido, en su imaginación apareció la imagen de Jess Morley tendido en el suelo de su cobertizo. Fue una impresión por puro instinto, por intuición. Algo realmente sobrenatural. Y al mismo tiempo, en un lado del taller apareció la mancha resplandeciente, como una gigantesca llama de vela. Es decir, quizá había estado allí todo el tiempo, pero no la había distinguido debido a la luz eléctrica. Ahora, a oscuras, la veía perfectamente.

La veía tan perfectamente que incluso pudo identificarla.

Ante sus ojos, la mancha blancoazulada fue adquiriendo contornos concretos, bien definidos. La hermosa mujer llevaba sueltos los cabellos, y una de sus manos se deslizó por ellos. Incluso se veía el contorno de los bellísimos pechos.

James Benton tenía la boca seca, los ojos como paralizados casi fuera de las órbitas, y todo su rostro estaba blanco como leche, quizá debido al resplandor de aquella aparición. Habría querido moverse, gritar, pero no podía hacer nada.

Absolutamente nada.

En alguna parte le pareció oír una respiración. Un aliento nítido, fácilmente audible.

Y de pronto, James Benton tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba una bomba.

* * *

La señora Benton apagó el televisor, suspiró y abandonó la salita. Una mirada al dormitorio la convenció de que, en efecto, Jim no había regresado del taller. Encogió los hombros, entró en el cuarto de baño y procedió a limpiarse la boca y a cumplir sus necesidades fisiológicas. Luego, volvió al dormitorio, se desnudó, y se puso el camisón. Cuatro o cinco años atrás se había comprado un par de pijamas, pero comprendió inmediatamente su error. Con pijama, sus pechos y todo su voluminoso cuerpo quedaban todavía más delatados. En cambio, con el camisón, las formas y los tamaños se suavizaban. No reducía de tamaño, desde luego, pero al menos no se notaban los enormes pechos.

Durante un par de minutos estuvo tocándoselos. Últimamente lo hacía con frecuencia, siempre temiendo encontrar algún pequeño bultito que fuese el primer aviso de un cáncer. Tenía un miedo espantoso al cáncer. Por fortuna, nunca encontraba ningún bulto en sus enormes mamas.

Sí, enormes, cierto, pero años atrás bien que le habían gustado a aquel cerdo. Eso era, un cerdo. Lo que había hecho no tenía perdón. Seguramente, creyó que a ella podía engañarla. ¡Como si ella no supiera de qué pie cojeaba! Nada más verlo, lo supo: el muy canalla…

En el despertador de la mesita de noche eran las diez y treinta y cinco. ¿Qué podía estar haciendo abajo tanto rato, después de haberle propuesto acostarse sin terminar de ver la película? ¡A lo mejor aquella noche tenía ganas de hacerlo…!

Bueno, ¿y por qué no? A fin de cuentas seguía viviendo con él, y

a ella también le gustaba el sexo. Desde luego, si hubiera sido hermosa, o tan solo diez años más joven, se habría marchado de su lado, pero… ¿adónde iba ella, con aquella facha? No se engañaba a sí misma. Fea y gorda… ¿cuántos hombres iba a encontrar que quisieran nada con ella? Al menos tenía marido, y eso compensaba de otras cosas, aunque fuese un maldito cerdo. Sí, ¿por qué no? ¿Por qué no darle gusto al cerdo aquella noche? Un buen polvo quita las preocupaciones y muchos males.

Gladys Benton salió del dormitorio, regresó a la salita, y descolgó el auricular del teléfono, para discar los dos números que haría sonar el aparato del taller. Y de pronto, recordó que los teléfonos no funcionaban. No funcionaba ningún teléfono de Yellow Pine.

Salió de la vivienda, se asomó al rellano y llamó:

—¡Jim! ¡La película ya ha terminado! ¿Vas a tardar mucho?

Esperó en vano una respuesta.

—¡Jim!

Silenció.

Y además, la luz estaba apagada. La señora Benton estaba desconcertada. Y de pronto lanzó una exclamación de rabia.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡No habrás vuelto a las andadas…!

La rabia la sofocó. Luego llegó otro pensamiento. ¿Y si a Jim le había ocurrido algo en el taller? ¿Se habría encontrado mal…?

El corazón de Gladys Benton pareció saltar cuando ella recordó a Jess Morley y lo que le había sucedido la noche pasada. Durante unos segundos estuvo con sus pies como clavados al suelo, temblando sus enormes piernas:

—¿Jim? —gimió.

Reaccionando, la señora Benton comenzó a bajar. Si le había ocurrido algo a Jim ella tenía que saberlo, y enseguida. Por supuesto que no se iba a acostar sin saber a qué atenerse. Habría sido horrible pasarse la noche en la cama, despierta, esperándolo, sin saber si había hecho una de sus escapadas al rechazar ella inicialmente su propuesta de acostarse más pronto, o bien le había ocurrido algo dentro del taller.

Gladys Benton llegó a la puerta de este, y se detuvo. Le pareció oír dentro algo metálico, como chirriante… Era un ruido familiar, pero en aquel momento no podía identificarlo, se sentía incapaz de

ello.

—Jim… —llamó con tono suplicante—. ¡Jim, contéstame!

Solo se oía el ruido chirriante. Muy poco, apenas nada. Pero lo conocía, estaba segura de que lo conocía.

Metió el brazo, temblando, dentro del taller, y la mano tanteó en busca del interruptor de la luz. La encendió, y dio un paso vacilante hacia dentro.

Lo vio enseguida.

Y supo enseguida cuál era el ruido que estaba oyendo, y que ya conocía.

Era el ruido de las cadenas que Jim utilizaba para sacar los motores de los coches y llevarlos al banco de trabajo. Ahora, de esas cadenas, no colgaba ningún motor, sino el cuerpo de Jim, suspendido por el cuello. Su cabeza, torcida hacia un lado, casi llegaba a las guías metálicas, muy cerca del techo. En aquel momento Jim estaba de espaldas a ella, pero su cuerpo estaba girando, girando… Se oía el leve chirrido de las cadenas mientras el cuerpo giraba muy despacio.

Simplemente, la señora Benton estaba congelada. Permaneció así hasta que el cuerpo quedó de frente a ella y pudo ver el rostro de su marido. Estaba horrendo, con la lengua fuera de la boca, semejante a un oscuro bistec, y los ojos fuera de las órbitas.

La señora Benton quiso gritar, comenzó a reaccionar en ese sentido, sintiendo como una explosión fría dentro de ella. Pero entonces la vio aparecer, y sus ojos captaron el destello de la luz en el gran cuchillo que se alzó sobre su cabeza.

Coincidiendo con el inicio del primer grito, el cuchillo llegó al pecho de Gladys Benton, y se hundió allí, en la gran masa de carne blanda, como reventándola.

Lo último que vio Gladys Benton fue el cuchillo saliendo de su seno, lanzando goterones de sangre a todos lados y alzándose de nuevo sobre su cabeza.

Capítulo VIII

EL sonido del piano llegó nítidamente a oídos de Adam Crane, que dormía con un sueño ligero e intranquilo. Y apenas comenzaron las primeras notas, salió de la cama, encendió la luz de la mesita de noche y saltó hacia sus ropas. Lanzó una imprecación al encontrarlas mojadas, y otra al recordar que le había dado pereza salir después de cenar a recoger las maletas de él y de Sheila de sus respectivos coches. Refunfuñando, comenzó a vestirse, mientras desde el dormitorio de Sheila le llegaba la voz de ella, llamándole.

—¡Tranquilízate! —gritó—. ¡Estoy despierto, no pasa nada! Ella apareció a los pocos segundos, corriendo, y se detuvo en seco al verlo vistiéndose.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

—Voy a ir a ver ese piano. Tengo las llaves de la casa.

—¡No! ¡Adam, no!

—Vuelve a la cama, Sheila.

—¡No me dejes sola!

—No va a ocurrirte nada.

Ella dio la vuelta, y salió a toda prisa del dormitorio. En el suyo, procedió a vestirse a toda prisa. Todavía no había terminado cuando apareció Adam en la puerta.

—Cierra bien la casa después de… ¿Qué estás haciendo?

—¡Voy contigo!

Adam titubeó, pero acabó por soltar un gruñido de conformidad.

—Pues date prisa.

En menos de un minuto salían de la casa los dos. Seguía lloviendo, aunque con menos furia que antes. Más que nunca, cuando llegaron a Pine Avenue, les pareció que estaban en un pueblo fantasma. Las notas del piano seguían oyéndose, pero nadie aparecía, ni se encendía ninguna luz en casa alguna. Adam prescindió de todo esto, corriendo hacia la casa de Pamela

Hereford, tirando de una mano de Sheila, que se aferraba a él desesperadamente.

Estaban a mitad de camino hasta la casa de Pamela Hereford cuando el piano dejó de tocar. Adam lanzó una maldición, y apretó el paso, casi derribando a Sheila, que corría con los ojos muy abiertos, sin aliento. Cuando se detuvieron ante la puerta de la casa, la respiración de la muchacha era entrecortada y su pecho parecía a punto de estallar. Adam comenzó a maldecir de nuevo cuando comprobó que la llave que había metido en la cerradura de la puerta no era la adecuada, a pesar de haber elegido la más grande. Eligió la siguiente en tamaño, probó de nuevo, y la puerta se abrió, con un chirrido que hizo gritar ahogadamente a Sheila.

Adam encontró el interruptor de la luz, pero esta no se encendió al accionarlo, y todavía tuvo que lanzar el periodista otra maldición. ¡Debió haber tenido en cuenta que la energía de aquella casa desocupada estaría cortada!

—Adam, vámonos… —gimió Sheila—. ¡Por favor, vámonos!

Ni siquiera le hizo caso. Sacó su encendedor, lo accionó, y apareció la pequeña llamita, que tuvo la virtud de crear cientos de sombras en las paredes y en el techo del amplio vestíbulo. La casa era parecida a la de Rebeca, incluso prácticamente idéntica, pensó Adam. Tendió el encendedor a la asustada Sheila.

—Quédate aquí. Voy a ver si encuentro cerillas o alguna vela en la cocina.

—¡Adam, no me dej…!

Pero Adam corría ya hacia el fondo del vestíbulo. Llegó a la cocina, tanteó, localizó los armarios…, y soltó un respingo cuando las sombras comenzaron a aparecer por las paredes, bailando de un modo siniestro. Se volvió hacia la puerta, donde apareció Sheila con el encendedor en alto, temblando.

—Ven aquí… —pidió Adam—. ¡Debe haber algo en estos armarios!

Lo primero que vio fue precisamente una linterna y, lanzando un grito de alegría, la accionó. Pero la linterna no se encendió, y Adam comprendió que las pilas debían estar agotadas por el uso o por el tiempo. Junto a la linterna vio cerillas y un par de palmatorias con las correspondientes velas. Encendió las dos velas, tomó las palmatorias, y tendió una a Sheila, recuperando su encendedor.

—Ven… —susurró—. El piano debe estar en el salón, lógicamente. Vamos a echarle un vistazo.

—Tengo… tengo frío…

Adam se quedó mirando a Sheila. Cierto, él también había sentido aquel frío, como una corriente de aire que penetrase en su cuerpo. Se volvió, y vio abierta la puerta que debía conducir a la bodega. El frío llegaba de allí. La cerró bruscamente, y salió de la cocina a toda prisa.

Segundos después, entraban ambos en el salón. Enseguida vieron el piano, a un lado. Adam corrió hacia él, siempre llevando pegada a él a Sheila, en cuya mano la palmatoria parecía a punto de saltar. La mirada de Adam se posó sobre la tapa de las teclas, que estaba bajada y polvorienta. Por si era una mala visión debido a la deficiente luz, Adam deslizó un dedo por la madera, dejando una estría reluciente al retirar el polvo.

—Veamos las teclas —murmuró.

Dejó la palmatoria sobre el piano y alzó la tapa de este. Las teclas aparecieron también cubiertas de una levísima capa de polvo. Adam volvió a tomar la palmatoria y la colocó de modo que iluminase de lado el teclado, mientras él inclinaba la cabeza. Si algunas de las teclas estaban limpias de polvo, aunque fuese parcialmente, podría verlo de este modo.

Pero todas las teclas tenían el mismo aspecto, no había señal alguna en ninguna de ellas. O habían sido tocadas toda, o ninguna. Pero no, no habían sido tocadas, porque aunque la capa de polvo era finísima habría quedado señal del toque de unos dedos en alguna parte. Y la capa de polvo apenas visible era uniforme completamente.

Es decir, que el piano no había sido tocado.

—No puede ser —susurró.

—Adam, salgamos de aquí, te lo suplico…

—Espera. Esto ha de tener una explicación. Los dos hemos oído perfectamente el piano, y puesto que solo hay este en el pueblo, alguien lo ha tocado. Pero parece que no ha sido así…

A la luz de las velas, de pronto, vio el marco sobre el piano. Acercó más su vela, iluminando el rostro en primer plano de Pamela Hereford. Era una ampliación de la misma fotografía que él había recibido. Se quedó mirándola fijamente, como absorto. La sonrisa

de Pamela Hereford era dulce, dichosa, suave, casi infantil. Era la expresión de una criatura angelical la que había en aquel rostro bellísimo. Parecía que los rubios cabellos tenían luz propia. Y, a la luz de las velas, a Adam le pareció en determinado momento que esos cabellos se movían, que la expresión de los ojos cambiaba, que las facciones se movían ligeramente, como dando vida a la sonrisa de papel.

Se dio cuenta de que, junto a él, Sheila estaba temblando. Se volvió a mirarla. Sí, Sheila estaba temblando con tal violencia que con seguridad la palmatoria iba a saltar de su mano. Adam se la quitó y la colocó junto a la suya sobre el piano. El rostro de Pamela Hereford quedó más iluminado. Aquella dulce sonrisa virginal…

Virginal.

—¿Quieres decir que eres virgen?

—Sí. Y Pamela también lo era.

Virginal.

Eso era lo que mayormente le había impresionado cuando recibió la fotografía de Pamela. No por un sentimiento machista, de hombre que ansía ser el primero en el sexo de una mujer, sino por aquella insólita pureza en la mirada, en la boca, en la frente de Pamela Hereford.

En alguna parte del salón, de pronto, se encendió una luz. Pero no una luz eléctrica, ni nada que se le pareciese. Adam captó el resplandor, y dirigió la mirada vivamente hacia aquel punto. Sheila lanzó un grito ahogado, se abrazó a él, y escondió la cabeza en su pecho, gimiendo:

—Adam, está ahí, está ahí otra vez… ¡Te dije que la vi!

La reacción de Adam Crane fue poco usual en aquellas circunstancias. Sin dejar de abrazar a Sheila se inclinó hacia las velas, y sopló, apagando ambas. Hacia el fondo del salón, inmediatamente, aquella alargada mancha blancoazulada, vertical, como una llama, resultó más visible entonces, adquirió rápidamente un resplandor más intenso, y sus contornos se fueron definiendo. La silueta de la hermosa muchacha adquirió una extraordinaria nitidez y una mayor intensidad de blancura. Estaba moviendo los brazos por encima de la cabeza, pasó las manos tras la nuca, alzó sus hermosos cabellos en un gesto juvenil, alegre…

—¿Pamela? —llamó suavemente Adam.

Sheila gritó y se abrazó más fuertemente a él, temblando. Adam la apretó contra su pecho, pero insistiendo:

—¿Pamela? Soy Adam Crane… He venido.

La mancha blanca y alargada en forma de llama de vela se acercó lentamente a Sheila y Adam, flotando. Adam estaba paralizado, pero no sentía temor. Sentía… una impresión profunda y fuerte, pero no temor. Y ni siquiera podía asombrarse de esto.

—He venido a conocerte —murmuró… Tengo tus cartas, Pamela.

Surgió de pronto, de alguna parte, un leve viento caliente, que hizo respingar una vez más a Sheila, que se volvió, vio a pocos pasos de ella la mancha fantasmal, y ya no pudo contenerse más: abrió la boca, y lanzó un tremolante alarido que hizo vibrar los sucios cristales de las ventanas.

La mancha blanca desapareció bruscamente, la iluminación dentro del salón decreció, perdió su tono níveo, y finalmente todo fue negrura.

Adam tragó saliva, y se pasó la lengua por los labios. No podía hacer nada más. La había visto. Fuese o no una sugestión de cualquier clase, él también la había visto, como Sheila. Encendió de nuevo las velas.

Sheila estaba sollozando, toda ella temblaba. Adam la agarró, y la sacudió por los brazos.

—Sheila… ¡Sheila, cálmate! Tienes que calmarte, y ayudarme. Los fantasmas no existen, esto tiene que ser algún truco preparado por alguien… ¿Quieres entenderlo de una vez?

Ella comenzó a tartamudear. Afuera, la lluvia seguía cayendo mansamente. Y eso era todo lo que se oía, aparte de los sollozos de Sheila Weston. Adam le tomó el rostro entre las manos.

—Tienes que ayudarme… —insistió—. Incluso por tu bien, Sheila. Si me ayudas, te demostraré que todo es un truco. Sabremos quién lo ha preparado y por qué, si me ayudas. ¿De acuerdo?, escucha, eres la chica más equilibrada que he conocido, no me defraudes ahora. ¿Sí, Sheila?

Atrajo su rostro, y la besó en los labios. Poco a poco, Sheila dejó de temblar. Por fin, pudo musitar:

—Adam, vámonos… ¡Vámonos ahora!

—Todavía no. Tú quédate aquí, junto al piano, y no te muevas

pase lo que pase.

—No, no, no…

—Por favor, Sheila.

Adam tomó una de las palmatorias y se alejó del piano. La pequeña llama oscilante lanzaba miles de sombras a todos lados, pero no sería esto lo que asustase a Adam Crane después de haber visto un fantasma. ¡Un fantasma…! Era absurdo.

Comenzó a buscar por la pared, justo detrás de él. Sabía que tenía que haber un proyector de imágenes o algo parecido escondido en alguna parte. Lo que fuese, pero tenía que haber un truco. Estaba tan convencido de ello que se resistía a abandonar la búsqueda incluso cuando quince minutos más tarde, Sheila le suplicó una vez más que se fueran de allí. Lentamente, las velas se iban consumiendo. Las sombras del techo y de las paredes ya no impresionaban ni a Sheila, que se había ido tranquilizando en lo posible.

Por fin, Adam masculló:

—No lo encontraré nunca con tan poca luz. Volveremos por la mañana, abriremos todas las ventanas, y buscaremos mejor. Vámonos.

Salieron de la casa, y Adam cerró la puerta. Seguía lloviendo. Era lo más tétrico que le había ocurrido a Adam Crane en su vida. Tétrico y grotesco. ¿Qué pretendía quienquiera que hubiese organizado toda aquella fantochada?

—Adam —dijo de pronto Sheila—, se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—Podemos robar un coche cualquiera, y marcharnos ahora mismo del pueblo.

—No.

—Pero lo devolveremos, no vamos a quedárnoslo, solo se trata de…

—No me refiero a eso. Me importa bien poco robar un coche. Es simplemente que de ninguna manera quiero marcharme ahora. Ya no. No me iré de aquí hasta saber qué está ocurriendo. Y me importa bien poco que nos corten el teléfono, la luz, el agua, el suministro de provisiones y lo que se les ocurra… Yo voy a quedarme. Pero si tú quieres marcharte, robaré un coche para ti.

—Yo… no quiero marcharme sin ti.

—Entonces —consiguió sonreír Adam—, me parece que tendrás que quedarte algún tiempo más en Yellow Pine.

Comenzaron a caminar. De pronto, Adam recordó que la noche anterior había visto luz en una ventana del piso de arriba de la casa de Rebeca Graham… El recuerdo de la muchacha fue súbito, y lo dejó aturdido, desconcertado. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Amaba a Rebeca Graham, se había enamorado de ella? ¿O se había enamorado de Sheila Weston? ¿O de las dos? ¿O de ninguna de las dos?

—Adam… ¿por qué te has detenido?

—Quiero echar un vistazo a la casa de la señorita Graham.

Sheila no dijo nada. Rodearon la casa, mirando todas las ventanas, pero no había luz en ninguna de ellas, en parte alguna. La casa de Rebeca Graham, como todas las del pueblo, parecía haber muerto.

Por supuesto, no encontraron a nadie ni oyeron nada de regreso a la casa de Sheila. Ya en esta, empapados, ateridos de frío, Adam probó una vez más el teléfono, que también parecía estar muerto. Miró a Sheila.

—¿Quieres que te prepare un *whisky*? —ofreció.

—Bueno. Pero llévamelo a la cama. Tengo mucho frío, Adam.

—Yo también.

Preparó dos *whiskies*, y fue al dormitorio de Sheila con un vaso en cada mano. Ella estaba ya metida en la cama, tiritando. Adam se sentó en el borde, y le tendió uno de los vasos. Sheila se sentó, dejando al descubierto sus pechos, tomó el vaso y bebió un buen trago. Adam estaba mirando sus labios pegados al vaso, estaban pálidos, pero eran llenos y hermosos. Bebió él también un trago, se puso en pie, y se desnudó completamente. Desde la cama, Sheila lo miraba con ojos inmóviles.

Él se metió en la cama con ella, tomó el vaso de sobre la mesita de noche, y bebió.

—¿Tú también eres un borracho? —dijo Sheila.

La miró. Estaba sonriente. Adam también sonrió, y bebió otro sorbo. Luego, besó los labios de Sheila, que sabían a *whisky*, Le pareció sencillamente delicioso.

—Adam: me he enamorado de ti —susurró ella—. De verdad.

Él no contestó, y ella se quedó mirándolo perpleja y

visiblemente decepcionada.

—No es que tenga miedo y necesite la presencia de alguien fuerte como tú… —insistió Sheila—. Te amo.

Él volvió a mirarla. Tenía los ojos hermosos. Muy hermosos. Era la muchacha más espontánea y natural que había conocido. No la más hermosa, pese a serlo mucho. Rebeca y Pamela eran más hermosas que ella…, pero de otro modo. De un modo menos… físico, más etéreas.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Sheila.

—¿Quieres que hagamos el amor? —preguntó él.

—No, si tú no lo deseas también.

Adam le quitó el vaso de la mano y lo dejó, junto con el suyo, en la mesita de noche. Cuando se volvió de nuevo hacia Sheila ella le miraba con expresión anhelante. Se puso las manos bajo los pechos, y suspiró. Adam se inclinó y le besó los pechos. Sheila volvió a suspirar, y gimió cuando una mano de él la acarició. Se abrazó a su cuello, y se tendió, arrastrándolo suavemente. Adam volvió a besarla en la boca, sin dejar de acariciarla. Luego, se alzó un poco, y miró los ojos resplandecientes de Sheila Weston.

Como en dos bonitos espejos, se vio a sí mismo dentro de los ojos de la muchacha.

Se vio a sí mismo. Diminuto, convexo, pero era él.

—Dios mío —jadeó.

—¿Qué te ocurre? —se sorprendió Sheila. Adam seguía mirándose en los ojos de ella. Era su imagen, era él. Él.

—Me estoy viendo en tus ojos —susurró.

Sheila se echó a reír.

—¡Vaya una cosa! ¡Yo también me veo en los tuyos!

Adam suspiró profundamente.

—Sheila…, no quiero hacer el amor contigo.

Capítulo IX

POR la mañana seguía lloviendo y todo tenía un aspecto lóbrego. El teléfono seguía sin funcionar. Adam había salido a comprobar su coche y el de Sheila, pero todo seguía igual. Su decisión de comprobarlos había sido sencillamente ingenua.

Cuando regresó al interior de la casa de Sheila estaba colocando el desayuno de ambos en la mesa de la cocina. La muchacha lo miró fijamente, de un modo extraño.

—Supongo que todo está igual —dijo.

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer después de desayunar?

—Tú te quedarás aquí.

—¿Vas a ir a la casa de Pamela Hereford?

—Sí, eso pienso hacer en primer lugar. Tú te quedarás aquí, comprobando el teléfono, y ya sabes lo que tienes que hacer si la avería es reparada.

—¿Ese es el mejor modo de ayudarte?

—Sí.

Adam se sentó. Comenzaron a desayunar en silencio. Adam permanecía pensativo, y Sheila lo miraba con frecuencia de aquel modo extraño. De pronto, preguntó:

—¿Hay algo que… que te repugne en mí?

—Claro que no —la miró vivamente él.

—Adam… No tienes por qué mentirme. No me debes nada, no tienes que… comportarte de un modo forzado conmigo. Esto no es una estúpida relación social. Anoche me ofrecí a ti. No es que pretenda… que te volvieras loco de alegría, pero… Mira, si hay algo que no te guste de mí, dímelo, y…

—De ti me gusta todo.

—Pero entonces… ¡no te comprendo! Hemos… hemos podido pasar una noche maravillosa, y todo lo que hemos hecho ha sido…

darnos calor uno al otro. ¡No lo entiendo! ¡Yo deseaba tanto hacer el amor contigo!

—Y yo contigo, Sheila.

—Entonces… ¿por qué no lo hicimos?

Adam Crane se quedó mirándola, fijamente. Luego, continuó desayunando en silencio. Terminó rápidamente, se puso en pie, y sin decir palabra salió de la cocina. En el recibidor estaban las maletas de Sheila y la suya, abiertas de cualquier manera. Habían cogido ropas secas, pero era una tontería, porque seguía lloviendo… Era como si ya nunca fuese a dejar de llover. Adam encontró un paraguas plegable en una de las maletas de Sheila, y lo montó y lo abrió. Era precioso, con bonitas flores lilas estampadas.

Salió a la calle con él. Llegó a Pine Avenue, y continuó por la solitaria acera hacia la casa de Pamela Hereford. Pasó, naturalmente, por delante de la casa de Rebeca Graham, pero ni siquiera la miró. Como si toda la enorme casa ni siquiera estuviera allí, como si no existiese.

Entró en la casa de Pamela, cerró la puerta tras él y procedió a abrir todas las grandes ventanas que daban a la fachada. Si hubiera hecho sol, el vestíbulo habría quedado inundado de luz, pero con aquel día todo lo que consiguió fue simplemente ver con cierta comodidad.

Y pese a ello y a que dedicó casi una hora a buscar el truco fantasmagórico, no encontró nada en este sentido.

—Lo que no significa —dijo en voz alta— que no existe tal truco.

Se dedicó a registrar la casa de Pamela. Era bastante parecida a la de Rebeca. Desde la ventana lateral de uno de los dormitorios, vio la casa de Rebeca, a unos quince metros, separadas ambas, por una estrecha franja de jardín, sin valla alguna. No había el menor signo de vida en la casa de Rebeca.

Lo último que miró Adam de la casa de Pamela fue el sótano, la bodega, que estaba mucho mejor surtida que la de Rebeca. Evidentemente, la familia de los Hereford había sido más aficionada que los Graham a la buena mesa bien acompañada de excelentes vinos. Había champán de California, y, en un rincón, incluso media docena de botellas de champán francés. Todo estaba polvoriento, como yerto, como muerto, frío, desangelado. A la izquierda, tres

enormes cubas debían contener vino o licor en maceración, o lo que fuese, nunca se había interesado por estas cuestiones. Él bebía unos tragos de cuando en cuando, y asunto concluido.

Regresó al salón, y se colocó ante el piano, mirando la fotografía de Pamela Hereford.

—Aunque realmente exista tu fantasma… —susurró Adam—, ¿cómo podrías escribirme?

Estaba a punto de encender un cigarrillo cuando le pareció escuchar afuera un rumor que no era de la lluvia, cada vez más mansurrona, pero tenaz. Fue a una de las ventanas, y se quedó mirando, sorprendido, la numerosa comitiva que pasaba por el centro de la avenida. Por lo menos había allí doscientas personas, todos hombres. Sí, parecía que se habían reunido todos los hombres de Yellow Pine. Muchos de ellos iban armados con rifles o escopetas de caza.

Adam cerró rápidamente las ventanas. Salió de la casa, cerró la puerta, y echó a correr tras la comitiva, alcanzándola rápidamente y llegando a la cabeza, donde enseguida vio a Stanton Graves y al doctor Hartley.

—¿Qué ocurre? —se interesó—. ¿Adónde van todos ustedes, Graves?

—Al cementerio, señor Crane —replicó el doctor Hartley—. Y créame que no me gusta lo que vamos a hacer, pero… Hay que hacerlo.

—¿Qué van a hacer?

—Vamos a desenterrar el cadáver de Pamela Hereford.

—¡Pero qué dice…! —exclamó Adam—. ¡No pueden hacer eso!

—¿Ah, no? —le miró aviesamente Graves—. ¿Por qué no? Yo soy la autoridad en Yellow Pine, y en estas circunstancias de incomunicación con el sheriff Aldemann puedo tomar decisiones. ¿Lo entiende?

—Sí, claro, pero… no entiendo eso de desenterrar a Pamela Hereford.

—Bueno, pues lo va a entender enseguida, señor Crane. Anoche, el fantasma de la señorita Hereford se paseó por Pine Avenue varias veces de arriba a abajo. ¿Usted no lo vio?

—No… Bueno, desde la casa de Sheila no puede verse la avenida más que asomándose a la ventana, y… ¿A qué hora fue eso?

—Bastante después de que sonara el piano y usted y Sheila estuvieran en la casa de los Hereford —replicó secamente Graves.

—De modo que nos vieron…

—Usted se está convirtiendo en la persona menos grata que jamás haya visitado Yellow Pine.

—En ese caso, en lugar de enviar a alguien a robarme una pieza de mi coche debieron permitir que me fuese —replicó no menos secamente Adam.

—Usted ya está metido en esto hasta los huesos, de modo que no se irá hasta que todo esté aclarado.

—De acuerdo con esa idea. Pero dígame qué es lo que quieren ustedes aclarar.

—Por el momento, vamos a ver qué pasa con el cadáver de Pamela… Luego, ya veremos. Sé que tiene usted las llaves de la casa, tendrá que entregármelas.

—Si quiere esas llaves tendrá que pedírselas a la señorita Graham, que es la propietaria. Y deje ya de amenazarme y tratarme como si fuese un delincuente, ¿quiere? Soy un ciudadano norteamericano tan honrado como pueda serlo el que más de ustedes. Y ya me estoy cansando de su actitud. Es más, pienso que todos ustedes están chiflados. ¿Qué esperan encontrar en un ataúd, salvo un… cadáver corrompido?

—Esperamos encontrar precisamente eso, señor Crane —dijo Hartley—: un cadáver corrompido. Eso es lo que queremos.

—No comprendo. ¿Para qué lo quieren?

—Eso no es cuenta suya. Y deje de hacer preguntas. Usted no es nadie aquí.

Adam frunció el ceño y no contestó. Estaba ya cerca del cementerio. Se preguntó para qué querían las armas aquellos hombres. ¿Para disparar contra un fantasma si este aparecía? Es decir, ¿realmente creían en fantasmas? Decían haberlo visto la noche anterior paseando arriba y abajo por Pine Avenue, y eso lo creía, puesto que él también había visto el fantasma dentro de la casa de la propia Pamela. Pero, dejando aparte la certeza de que era algún formidable truco…, ¿esperaban hacer algo positivo disparando contra un fantasma? Porque, si lo era de verdad, unas cuantas balas no podrían hacerle daño en ningún sentido, naturalmente.

Ya en el cementerio, Adam se las arregló para colocarse ante la tumba de Pamela Hereford, junto a Graves y el doctor Hartley. Un poco más allá, el señor Newberry, el alcalde, permanecía silencioso y sombrío bajo la lluvia.

Cuatro hombres usaron sus picos para arrancar la blanca losa de mármol que cubría la tumba de Pamela Hereford, y el ataúd quedó al descubierto. Sobre su madera barnizada de blanco las gotas de lluvia rebotaban y reventaban sonoramente.

—¿Lo sacamos o lo abrimos primero ahí dentro? —preguntó uno de los hombres.

—Será mejor que lo saquéis, por si el doctor Hartley quiere hacer alguna comprobación.

El doctor Hartley soltó un refunfuño. ¿Comprobación? ¿Qué comprobación se podía hacer con un muerto? Un muerto que hacía dos años que había sido enterrado, y que además había quedado carbonizado dentro del coche accidentado, prácticamente irreconocible. En realidad, habían sabido que era Pamela Hereford porque el cuerpo era de mujer y el coche era de Pamela Hereford. La cual, por supuesto, no estaba en el pueblo. ¿Qué demonios se podía comprobar en un cadáver como ese?

Dos hombres alzaron los cierres, uno cada uno, y acto seguido alzaron la tapa del ataúd, con cierta prevención, medio echándose hacia atrás, medio cerrando los ojos. Uno de ellos lanzó una exclamación fortísima, y saltó hacia atrás con tal fuerza que cayó sentado en el barro, pálido como un cadáver. El otro gritó:

—¡Está vacío! ¡El ataúd está vacío…!

El denso círculo de hombres que rodeaban la fosa se movió, se agitó como una culebra enrollada. Se oyó el chapoteo del barro, las exclamaciones de susto o de incredulidad. Algunos de atrás no habían oído bien… Adam Crane contemplaba con expresión inescrutable el vacío ataúd.

Vacío como si nunca hubiera habido nada dentro. A su alrededor todos hablaban o gritaban. Algunos hombres regresaban corriendo a Yellow Pine. Stanton Graves estaba pálido como un muerto.

—No puede ser… —tartamudeó—. Era ella, estaba ahí dentro… ¡Estaba en el ataúd! ¡Y estaba muerta!

—Debía estarlo —le miró apaciblemente Adam—; de otro modo no se comprendería que pudiera aparecer como un fantasma. Los

vivos no pueden…

—¡Cállese!

Adam encogió los hombros, y permaneció en silencio. Ahora ya nadie gritaba. Los que estaban cerca miraban alucinados el vacío ataúd, en el que iba cayendo el agua de la lluvia, con blando y sonoro chop, chop, chop. Adam recordó de repente a Jess Morley. ¿Dónde tenían su cadáver, y cuándo tenían pensado darle sepultura?

—Creo —dijo inesperadamente John Newberry— que no tendremos más remedio que avisar a la Policía, Stanton. Quiero decir, claro, a la Brigada de Homicidios… Bueno, a gente que sepa cómo…

—No vamos a avisar a nadie —jadeó Graves—. ¡Esto es cosa nuestra, John!

—No sé —movió la cabeza el alcalde—. A mí me parece…

—Callen un momento —pidió Adam.

Le miraron irritados, pero callaron. A lo lejos, en el pueblo, estaba sonando el claxon de un automóvil. Se oía blandamente a través de la lluvia. Adam cruzó el círculo de hombres, y echó a correr hacia Yellow Pine. A medida que se acercaba, oía mejor el claxon, que no paraba de sonar. ¿Se había vuelto loca Sheila? Habrían bastado unos cuantos toques para llamarlo, no hacía falta tanto escándalo… El claxon seguía sonando cuando Adam entró corriendo en la calle transversal. Llegaba sin aliento, empapado, pues para correr mejor había cerrado el paraguas.

Sheila estaba dentro de su propio coche, sentada ante el volante. Vio su rostro confusamente a través de la lluvia y del parabrisas. Sobre todo, vio sus ojos muy abiertos… De pronto, ella salió del coche, corrió hacia él, y se echó en sus brazos temblando. Estaba diciendo algo, pero Adam no la entendía bien. Por fin, entendió el nombre de Benton.

Apartó a Sheila.

—Entra en casa. Y no salgas.

La dejó allí, y regresó corriendo a Pine Avenue. En el cruce se tropezó con Graves y un numeroso grupo de hombres que habían corrido tras él, y que ahora, jadeantes, le contemplaban sobresaltados.

—¿Qué pasa? —gritó Graves—. ¿Por qué corría?

—Algo le ha ocurrido a Benton… —jadeó Adam—. ¡Sheila lo ha visto! Debió ir a verlo para pedirle que arreglase nuestros coches, y ha visto algo que casi la ha matado del susto.

Stanton Graves ya no podía estar más pálido, y parecía paralizado. Le temblaban los labios y en sus ojos había una expresión de aterrado estupor. Adam quedó un instante desconcertado por aquella actitud, pero reaccionó y echó a correr hacia el principio de la avenida. También Graves reaccionó, y partió tras él, acompañado de sus vecinos. Por el otro extremo del pueblo llegaban algunos más de los que habían abandonado el cementerio.

El primero en llegar ante la doble puerta del taller de James Benton fue Adam, que se detuvo en el umbral. La puerta estaba abierta de par en par, y vio en el acto a Benton, colgado por el cuello de las cadenas. Había quedado de cara a la puerta, y se veían sus ojos como dos bolas de cristal opaco en la penumbra húmeda del taller. Graves y algunos hombres más se detuvieron detrás de Adam.

—Dios bendito —gimió uno de los hombres.

Graves dio un par de pasos hacia el interior del taller, mirando fascinado el cadáver colgado. Adam se colocó a su lado, y señaló más hacia el interior.

—Hay algo allá, en el suelo —susurró.

En realidad, sabía lo que era, pero ni se atrevió a decirlo. Había visto la mancha blanca y oscura, y sabía lo que era. Él y Graves caminaron hacia el cadáver de Gladys Benton, que era como un enorme bulto blanco. Graves se movía como un autómata. Se acercó al interruptor y encendió la luz, pero se volvió cerrando los ojos.

Los hombres que habían entrado detrás de él y Adam estaban ahora junto a éste. Uno de los hombres retrocedió, como si fuese a echar a correr, pero simplemente, se desmayó: Nadie le hizo caso, de momento. Todas las miradas estaban fijas en el destrozado cadáver de Gladys Benton. Tenía cuchilladas en el rostro, y en todo el pecho, y en las manos y brazos. El rostro era todo él como un grito de dolor y miedo atroz. La ropa del camisón había sido desgarrada por las cuchilladas y se veía la carne amoratada de la mujer. Uno de los pechos había sido prácticamente cercenado, y colgaba por un lado como… como un pegote de carne congelada…

Adam Grane dio la vuelta, salió del taller, abrió el paraguas de

Sheila, y se dirigió lentamente hacia la casa de esta.

Una hora más tarde se presentaron en la casa Graves, el alcalde, y el doctor Hartley. Adam fue quien les abrió la puerta, y se quedó mirándolos realmente sorprendido.

—Quisiéramos hablar con usted, señor Crane —murmuró Newberry.

Adam asintió, se apartó y cerró la puerta cuando hubieron entrado los tres. Los condujo a la salita, donde Sheila, que los había oído, estaba mirando con gesto expectante, no poco sorprendida, hacia la puerta.

—¿Qué tal, señorita Weston? —saludó el alcalde—. ¿No debería estar usted en la escuela?

Sheila miró estupefacta al no menos estupefacto Adam, que encogió los hombros. La muchacha miró de nuevo a Newberry.

—Tal vez estaría allí si hubiera algún niño, señor Newberry. Y digo tal vez, pero me parece que ni así, porque me he despedido.

—Usted no puede hacer eso —sonrió amablemente John Newberry—. Tiene un contrato con Yellow Pine, ¿recuerda?

—Demándeme.

—Puedo hacer mucho más que eso. Si hago la denuncia seguramente tendrá usted dificultades de aquí en adelante en encontrar un puesto de maestra para trabajar. Tendrá que dedicarse a otra cosa.

—Podría dedicarme a prostituta… —dijo como divertida Sheila —. En todas partes hay sujetos como ustedes; que desnudan a las chicas como yo con la mirada. ¿Se creen que no me he dado cuenta? A decir verdad, estaba más que harta de sus miradas lascivas, y de sentirme violada con la mirada… Usted haga esa denuncia contra mí y verá lo que sale a relucir en el juicio…

—¿De qué está hablando? —palideció Newberry.

—He observado sus manipulaciones mientras me miraba creyendo que yo no me daba cuenta.

John Newberry se atragantó. No se podía estar más pálido.

—Me parece que ya no llueve, ¿verdad? —dijo Adam, conteniendo una sonrisa no poco sarcástica.

—Prácticamente nada —murmuró el doctor Hartley—. Mire, señor Crane, lo cierto es que no queremos complicar más las cosas, de modo que usted y la señorita Weston no deben temer nada… en

ningún sentido. ¿No es cierto, Stanton?

—Sí… —masculló el alguacil—. No compliquemos más las cosas. De modo que la señorita Weston podrá marcharse cuando guste. Y usted también, señor Crane. Y aquí no ha pasado nada. Bueno…, cosas tristes, y nada más.

Sheila y Adam cambiaron una mirada. Luego, los dos se quedaron mirando a Graves.

—¿Debo entender, que nuestros coches ya pueden funcionar…, y que también funcionan los teléfonos?

—Oh, sí. Todas las averías, afortunadamente, han sido reparadas.

—¿O sea que podemos marcharnos ahora mismo si lo deseamos?

—Naturalmente.

La mirada de Adam Crane iba lentamente de uno a otro hombre. Por fin, con un gesto amable, asintió, casi sonriendo.

—De acuerdo —dijo—. Les agradezco mucho que se hayan preocupado por nosotros.

—Entonces… ¿se irán?

—Claro. Pero no ahora mismo. Comprendan que con estas lluvias puede ser peligroso circular por esas carreteras, que ni Sheila ni yo conocemos. Espero que no les moleste que esperemos aunque solo sean veinticuatro horas. Seguramente mañana saldrá el sol, todo se secará, y nosotros nos marcharemos antes del mediodía. Es razonable, ¿no?

—Desde luego. Ah, otra cosa… Hemos solucionado todos esos asuntos, señor Crane.

—¿Qué asuntos?

—Lo referente a las muertes de Jess Morley y los Benton. Verá, este es un pueblo pequeño, donde hay pocas oportunidades de diversión en cualquier sentido. A veces, uno puede llegar a volverse loco en un sitio como este, ¿no le parece?

—Quizá tenga razón —admitió Adam.

—Nosotros creemos que Jess Morley tuvo… un mal momento. Quizá necesitaba compañía, especialmente femenina, claro. Pero vivía solo, no tenía lo que necesitaba… Bueno, creemos que, simplemente, perdió la cabeza con tanta frustración, y en el cobertizo decidió cortarse… lo que tanto le molestaba. Luego, se asustó tanto, o debió dolerle tanto, que se clavó otra vez las tijeras,

ahora en el abdomen, para terminar de una vez.

—¿Y respecto a los Benton? —preguntó Adam, impávido.

—Vaya usted a saber… El hecho cierto es que los dos estaban en el taller, ¿verdad?

—Sí, allí estaban los dos, cierto.

—Mire, a veces incluso en los pueblos pequeños pasan cosas… Creemos que Jim Benton tenía algún asuntillo, ¿comprende? Anoche debió encontrarse con ella un rato en el taller, y la señora Benton, viendo que tardaba mucho, y ya lista para acostarse, bajó en su busca. Con seguridad sorprendió una escena poco agradable para ella, y cualquiera sabe cómo reaccionó, pero debió ser de modo muy molesto para el señor Benton, porque este la mató entonces con un cuchillo de la cocina. Luego, aterrado por lo que había hecho, volvió al taller y se ahorcó.

—Vaya, cuánto lo siento… Pero en fin, me alegro mucho de que lo hayan resuelto todo, tan brillantemente. En cuanto a lo del fantasma…

—Bah, bah, bah… —sonrió Graves—. ¡Una broma, hombre!

—Ah. Bueno, pero abrimos un ataúd dentro del cual no había nada…

—Nos equivocamos de fosa. Ese ataúd que abrimos llevaba allí mucho tiempo, tanto que el cadáver se había convertido en polvo. Por eso no vimos nada. Lo hemos comprobado con el sepulturero; Se equivocaron de fosa.

—Eso le pasa a cualquiera —asintió amablemente Adam—. Caramba, me alegra mucho que todo se haya aclarado. La verdad es que no me hacía gracia todo eso… Me siento mucho más tranquilo ahora. Y Sheila también. ¿Verdad, Sheila?

La muchacha, que se había ido recuperando de su pasmo ante aquella sarta de tonterías, siguió el juego.

—Desde luego. Ha sido todo horrible, pero al menos sabemos que no ha sido debido a nada… extraordinario.

—Exactamente… —aprobó Newberry; sonrió a Sheila—. En cuanto a mi denuncia, olvídela. Puede usted marcharse cuando quiera, y por supuesto con buenos informes por parte de Yellow Pine. Me encargaré de eso ahora mismo.

—Es usted muy amable, señor Newberry. Lamento haber sido antes un poco… hostil. Seguramente, yo también estaba

equivocada, y no vi lo que creí ver.

—Todos nos equivocamos… —enrojeció Newberry—. Bien, puesto que todo ha quedado aclarado no les molestamos más. ¿Se irán mañana por la mañana?

—Desde luego —dijo Adam.

—Entonces me ocuparé de esa carta con buenos informes de Yellow Pine para la señorita Weston. Bien, pues… Eso es todo.

Cuando Adam regresó de acompañar a los tres visitantes a la puerta, Sheila no pudo contenerse.

—¡Nos han tratado como si fuésemos idiotas…!

—No te lo tomes tan a pecho —sonrió Adam—. Simplemente, sigamos el juego. Al menos, sabemos que no nos molestarán, mientras así lo hagamos. Lo que me pregunto es qué inventarán para la próxima víctima. Quisiera saber cuál de ellos ha sido el genio que ha inventado las historias.

—Deben haberlo hecho entre los tres. ¿Crees que… volverá a sonar el piano?

—No lo sé. Y, a propósito, tengo que ir a devolverle las llaves de la casa de Pamela a la señorita Graham… Bueno, iré más tarde, después de descansar un poco tras el almuerzo.

Capítulo X

SOLAMENTE caían cuatro gotas cuando Adam Crane llamaba a la puerta de la casa de la señorita Graham. No había mucha gente en la calle, pero todo tenía aceptables apariencias de normalidad. De una cosa estaba seguro Adam Crane: el alguacil, el alcalde, y posiblemente el inteligente y reposado doctor Hartley estaban manipulando a la gente del pueblo, dictándoles su comportamiento. Estaba claro que a las fuerzas vivas de Yellow Pine no les seducía en modo alguno la probable futura notoriedad de su pueblo en ese sentido fantasmal, y estaban haciendo todo lo que podían para evitarlo.

Hasta aquí, y en este sentido, bien. Pero de eso a admitir la sarta de tonterías, como bien había dicho Sheila, había una gran diferencia. De todos modos, él seguiría el juego el tiempo que fuese necesario…

La puerta se abrió, y Rebeca le sonrió inmediatamente, muy brillantes los ojos.

—He venido a devolverte las llaves de la otra casa —dijo Adam.

Ella parpadeó, como desconcertada. Pero volvió a sonreír.

—Pasa.

Adam entró y cerró la puerta. Ella encaró el sillón hacia su despachito, y él lo empujó. Pamela lo hizo girar una vez en su despacho, enfrentándose a Adam.

—No debiste abandonarme de aquella manera —susurró.

—Lo siento. Me pareció que era lo mejor. Estabas tan profundamente dormida, que no quise molestarte.

—No me habrías molestado, Adam. Las personas que amamos nunca nos molestan… Nunca. Y yo te amo a ti.

—Pensé que solo querías tener una experiencia.

—No. Te amo para siempre. Y lo que he estado pensando es que quizá fuiste tú quien quiso tener una experiencia extraordinaria.

Supongo que has hecho el amor con muchas mujeres, pero nunca con una paralítica.

Adam se estremeció.

—Te aseguro que no fue esa mi intención, Rebeca.

—Entonces… ¿por qué lo hiciste? ¿Porque también me amas?

—Sinceramente, no lo sé. Creo que te amaba en aquel momento, pero no estoy muy seguro ahora. Es decir, no lo estaba cuando venía hacia aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando te veo… mis ideas se aclaran en ese sentido. Me sucede una cosa extraña en ese sentido.

—Debo interpretar —sonrió de nuevo Rebeca— que en este momento sí me estás amando.

—No quiero engañarte… —murmuró Adam—. No sé si es amor o es simple deseo de una muchacha tan hermosa como tú.

—¿Es decir, que me deseas, al menos?

—Sí.

Rebeca estuvo mirándolo fijamente durante varios segundos. Por fin, movió el sillón hacia la puerta del despachito. Salió de este, volvió la cabeza, y sonrió.

—Adam, ven.

Él salió, empujando de nuevo el sillón. No hicieron falta indicaciones. La llevó al dormitorio, entraron ambos y él cerró la puerta. Rebeca llevaba un jersey abierto y una blusa transparente. Cuando se quitó el jersey, Adam se dio cuenta de que no llevaba sujetador. En la fina tela se marcaban deliciosamente los pezones. Fugazmente, Adam Crane pensó en Sheila, pero aquella cosa extraña le estaba ocurriendo de verdad; había visto a Rebeca y la había deseado. Y ahora la deseaba todavía más. Se sentía confuso, pero la deseaba. Tenía la sensación de que perdía su voluntad.

Ella se quitó también la blusa, descubriendo completamente sus bellísimos pechos, y tendió los brazos a Adam, en silencio. Él tampoco dijo nada. La alzó del sillón, la depositó en la cama y se desnudó. Se sentía como flotando. En el momento en que se tendía en la cama junto a ella, recordó que en la tarde anterior no se había visto en los ojos de Rebeca, como en los de Sheila. Lo que había visto en los ojos de Rebeca fueron das manchitas pequeñas, como diminutas llamas de vela.

Pero ahora, cuando miró los ojos de la muchacha, se vio a sí mismo. Suspiró y la besó en la boca, mientras comenzaba a acariciarla. Los pechos de Rebeca eran finos y elásticos, de una blancura maravillosa, los pezones, rosados y grandes, atrajeron inmediatamente sus besos. Rebeca gemía y suspiraba, y había estremecimientos de placer en sus blancas y tersas carnes.

—Adam… ¡Adam! —pidió.

Cuando Adam Crane la penetró, y percibió su estremecimiento de gozo, su grito de placer, quedó con la mente en blanco.

* * *

—Nunca creí que se pudiese ser tan feliz —susurró Rebeca—. ¿Sientes lo mismo que yo, Adam?

Todavía estaban en la cama, todavía desnudos, ella acariciándole a él, y él a ella. Para Adam Crane aquel cuerpo contenía la mayor fuente de placer de la que había bebido en su vida. Era cierto y bien cierto que Rebeca no estaba muerta, solo paralítica. Sus sensaciones sexuales eran tan vigorosas y completas que Adam todavía no podía creerlas.

—No sé lo que siento —sonrió—, pero desde luego no es desagradable.

—¿Y todavía no sabes si me amas? —rio ella.

—Me parece que tendríamos que hacer antes una definición muy concreta de lo que es el amor. Tal vez podrías hacerlo tú, que eres escritora.

—No te burles de mí… ¡Solo escribo cuentos! Oh, bueno, y algunas poesías… ¿Te gustaría leer alguno de mis cuentos? Dime que sí, por favor.

—Sé lo que estás tramando —sonrió Adam—: quieres que ahora me ponga a leer para retenerme aquí todo el tiempo posible. Pero, Rebeca, tengo que marcharme…

—¿Por qué?

—Si me quedase toda la noche, las cosas se complicarían mucho para los dos. Todavía no te he explicado lo que ha sucedido esta mañana.

—Pues explícamelo ahora.

Adam la besó en la boca, y propuso:

—Haremos un trato: mientras nos vestimos los dos te explicaré lo de esta mañana. Luego, tomaremos un café en tu despacho mientras leo uno de tus cuentos, y luego me iré. ¿Estás conforme?

—No —sonrió Rebeca—, pero supongo que no tengo más remedio que aceptar.

Media hora más tarde, ya llegada la noche, Adam Crane, acomodado en uno de los sillones del despachito de Rebeca, comenzaba la lectura de uno de los cuentos, fumando y tomando el café preparado por la muchacha.

* * *

«DOS VECES MUERTA» por Rebeca Graham.

Era una muchacha preciosa y dulce, tan maravillosa como no podía haber otra en el mundo. Tan hermosa era que los ojos de los hombres debían haber reventado al mirarla, porque en todos ellos aparecía la suciedad del deseo más repugnante.

Y esa expresión sucia, ese deseo repugnante que veía en los ojos de los hombres, tenía tan aterrorizada a la dulce Rachel que siempre los rehuía, no quería relacionarse con hombre alguno. De modo que llevaba una vida tranquila y delicada, incluso romántica. Había encontrado un amor más puro, tierno y delicado, y todos los días de su vida, todos los segundos de su existencia, pensaba en ese amor.

Aquella noche, Rachel salió al jardín de su casa. Era una noche de primavera, el aire estaba tibio, y olía a flores. En el jardín había un columpio en el que Rachel solía mecerse mientras se entregaba a sus pensamientos. Las noches tibias de primavera, y sobre todo las de verano, se mecía, se mecía, se mecía siempre, mientras pensaba y gozaba de sus pensamientos, o cantaba quedamente…

Y así estaba aquella noche cuando oyó ruido en el jardín, detrás de ella.

¿Era un gatito?

¿Era un ratoncito de campo?

¿Un perro perdido? ¿Un ave nocturna, tal vez…?

No. Eran tres hombres, que salieron rápidamente de la oscuridad; y se acercaron a ella. Rachel se asustó mucho, porque eran hombres. Pero lo que más la asustó de aquellos hombres era

que llevaban unas capuchas negras que ocultaban sus rostros, toda su cabeza.

Uno de los hombres, el más alto y fuerte, sacó una navaja, y puso la punta de la afilada hoja en la garganta de Rachel, mientras decía, en voz baja y grosera:

—No grites, o te corto el gaznate.

Y Rachel no podía gritar, de tan asustada que estaba. No podía gritar, ni hablar, ni moverse siquiera. Así que uno de los hombres dijo, tomándola de un brazo.

—Ven con nosotros y nada malo te ocurrirá.

Rachel lo miró con los ojos asustados. Quiso agarrarse al columpio, pero el tercer hombre ayudó al anterior, y entre los dos la arrancaron del columpio a la fuerza, mientras el otro seguía amenazándola con la navaja.

La llevaron arrastrándola hacia lo hondo, del jardín, entre las matas en las cuales habían estado antes escondidos espiándola. Y cuando estuvieron allí, los tres hombres que la habían arrastrado la sujetaron fuertemente, mientras el otro guardaba la navaja y sacaba un rollo de esparadrapo. Cortó un gran trozo, y lo puso en la boca de Rachel, que entonces sí quería gritar, pero tampoco podía hacerlo.

Y ya no pudo hacerlo, porque el esparadrapo mantenía cerrada su boca, y le hacía daño.

Entonces, el de la navaja, el más alto y fuerte, dijo:

—Venga, vamos a desnudarla, quiero verla bien.

Rachel intentó huir, pero pronto comprendió que nunca podría hacerlo. Los tres hombres, naturalmente, eran mucho más fuertes que ella, y comenzaron a desnudarla. Uno de ellos quiso romperle la ropa para terminar antes, pero otro dijo:

—No hagas eso. Desnudémosla despacio y bien, para ir disfrutando de su belleza lentamente. No tenemos prisa. Tenemos toda la noche por delante.

Dijo esto el hombre porque sabía que Rachel vivía sola y que, dado lo tardío de la hora, todo el mundo estaba en sus casas, y que nadie iría a visitar a Rachel, y que si la llamaban por teléfono creerían que estaba durmiendo y que por eso no contestaba.

Así que como no tenían prisa y querían gozar del espectáculo, fueron desnudando a Rachel entre los tres, siempre sujetándola de

tal modo que aunque intentó varias veces escapar, nunca pudo conseguirlo, nunca pudo salir de entre las matas.

Por entre las matas y entre dos abetos del jardín, se filtraba la luz de la luna menguante. Era una luz casi blanca, un poco como de leche sucia, y a esa luz, los tres hombres fueron viendo el hermoso cuerpo de Rachel poco a poco, hasta que la tuvieron completamente desnuda. Los tres hombres jadeaban, y estaban muy impresionados, porque, como uno de ellos dijo, Rachel era mucho más hermosa de lo que habían pensado.

Parecían de plata sus pechos, y su vientre era tierno y dulce como fruta fresca. Los tres hombres tenían las manos muy frías, y tocaban con ellas el cuerpo de Rachel, mientras temblaban. La estuvieron tocando mucho, apretaban sus carnes en todas partes, hasta que el más alto y fuerte, puso una mano con fuerza en el sexo de Rachel, y dijo, con voz ahogada y temblorosa:

—Yo voy a hacerlo primero. Sujetadla bien.

Tendieron en el suelo a Rachel sin dejar de sujetarla, y el hombre se tendió sobre ella y la violó brutalmente, salvajemente. Estuvo haciéndolo hasta que consiguió lo que quería y, después de rugir como una bestia su placer, se apartó de ella, quedando a un lado, en el suelo.

Uno de sus compañeros dijo:

—Sujétala tú. Ahora me toca a mí.

—Será mejor que no lo hagas —dijo el alto y fuerte—: está muerta.

Los otros dos quedaron quietos y aturdidos. Luego, uno de ellos dijo que no, que no podía ser, que si acaso se habría desmayado. El otro puso la cabeza sobre los mancillados pechos de Rachel, estuvo así un rato, y luego dijo:

—Es verdad… ¡Está muerta! ¡La has matado!

—¡Yo no la he matado! —protestó el alto y fuerte—. ¡Ella se ha muerto! No queríamos matarla, ¿verdad? Solo queríamos gozar de ella, porque estábamos locos por su cuerpo, y solo podíamos mirarlo…

—Pero ahora está muerta. ¿Qué hacemos?

—No sé. Si no estuviese muerta haríamos lo que planeamos: la dejaríamos aquí para que volviera a su casa sola, y nunca diría nada, pues no querría que se supiera que había sido violada. Pero

no sé qué podemos hacer ahora.

—¡Y yo ni siquiera he podido hacerlo! —se lamentó otro.

Eran tres hombres sin piedad, sin entrañas, y pronto lo demostraron, porque después de consultarse, los dos que no lo habían podido hacer lo hicieron entonces, aunque sabían que Rachel estaba muerta. Pero todavía estaba caliente su cuerpo yerto, y lo hicieron los dos, mientras el otro pensaba el modo de solucionar la situación.

Y cuando los dos hubieron terminado, el más alto y fuerte dijo:

—He tenido una idea. Vamos a hacer lo que os diré y ya veréis cómo nunca sabrá nadie lo que ha pasado aquí esta noche. Nosotros hemos hecho lo que tantas veces hemos dicho que nos gustaría hacerle a Rachel, pero nadie lo sabrá nunca.

Después de escuchar al más alto y fuerte, los otros dos hombres estuvieron conformes con su plan. De modo que uno de ellos fue a buscar el coche de Rachel y lo llevó silenciosamente hacia la salida del pueblo, mientras los otros dos cargaban con el cadáver y lo llevaban también hacia la salida del pueblo, pero por detrás de las casas, para que nadie pudiera verlos.

Cuándo se encontraron allí, metieron el cadáver de Rachel dentro del coche, y el más alto y fuerte se puso ante el volante, y los otros dos también entraron en el coche. Se fueron con él hacia la carretera, y después de recorrer una corta distancia, se detuvieron al borde de un barranco, lo prepararon todo para que pareciera un accidente, y empujaron el coche al barranco. Lo vieron caer dando vueltas y vueltas, y finalmente; tal como habían preparado, se incendió, con el cadáver de Rachel dentro.

Y en cuanto vieron que todo salía como ellos habían preparado, los tres hombres regresaron a toda prisa al pueblo, siempre por detrás de las casas, y cada uno entró en la suya.

Mientras tanto, en el barranco, seguía ardiendo el coche, y dentro de él estaba el cuerpo de Rachel, a la que habían matado dos veces.

* * *

El cuento terminaba aquí. Muy despacio, Adam Crane alzó la mirada hacia Rebeca Graham, que le contemplaba con graciosa

expectación.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella.

—Es horrible lo que hicieron esos hombres —jadeó Adam.

—Sí, pero solo se trata de un cuento.

Adam Crane suspiró profundamente. Se sentía cansado, agotado, soñoliento. Y no debía ser así, porque el cuento le había impresionado mucho: No por el cuento en sí, ni por el deficiente estilo literario, sino porque él sabía que aquello no era solamente un cuento inventado por Rebeca Graham. Lo sabía ahora con toda certeza, estaba seguro.

—No —dijo quedamente—, no se trata solo de un cuento, Rebeca.

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió ella.

Adam Crane se puso en pie, dispuesto a acercarse a Rebeca. Por un instante, la cabeza le dio vueltas. La sacudió fuertemente, y todo volvió a la normalidad. Se acercó a la muchacha, sintiendo más y más profundamente aquella somnolencia tan incomprensible e inoportuna. Se detuvo delante de Rebeca, y se inclinó sobre ella. Al hacerlo, de nuevo su cabeza dio vueltas. Volvió a sacudirla, agitó los párpados, se esforzó, pero la imagen de Rebeca seguía apareciendo borrosa, y parecía alejarse. Sí, se alejaba como entre brumas.

Se inclinó todavía más, y su rostro quedó muy, muy cerca del de Rebeca.

Entonces, pudo verle los ojos.

Y no se vio a sí mismo dentro de ellos, como reflejado en bonitos espejos convexos, sino que vio, en cada ojo, una pequeña llamita blancoazulada que parecía agitarse lenta y suavemente.

Adam Crane quiso decir algo, pero no pudo. Y entonces, de repente, todo su cuerpo se aflojó, se relajó. Tuvo la vaga consciencia de que caía, pero eso fue todo.

La negrura más absoluta le rodeó, lo absorbió.

Durante un par de minutos, Rebeca Graham lo estuvo mirando tendido ante sus pies, boca arriba, dormido profundamente; tan profundamente como nunca en su vida había dormido Adam Crane.

Luego, simplemente, Rebeca Graham se puso en pie.

* * *

Sheila se puso en pie.

—Tengo que saberlo —dijo en voz alta.

La cena estaba preparada y ya estaba fría. Había tenido mucha paciencia, y había sabido reprimir sus deseos de ir a la casa de Rebeca Graham en busca de Adam. O a pedirle una explicación. Aquello no tenía sentido. Si él no quería estar con ella, bastaba decir las cosas claramente, y asunto concluido. Una y otra vez había sabido contenerse, pero aquello no tenía objeto. Si, por lo que fuese, él prefería la compañía de Rebeca Graham, las cosas debían quedar claras de una vez.

Así que tomó su decisión. Abandonó el saloncito, y fue a la puerta de la casa, que abrió. Ya no llovía, pero había aquel viento frío y penetrante. De su maleta abierta sacó el abrigo, se lo puso, salió de la casa, y cerró la puerta.

Poco después se detenía ante la puerta de la casa de Rebeca Graham, a la cual llamó.

Tardó casi medio minuto en escuchar la voz detrás de la puerta:

—¿Quién es?

—Señorita Graham, soy Sheila Weston, la maestra.

Hubo un breve silencio, que Sheila interpretó como de duda. Por fin, la puerta se abrió. Sheila bajó la mirada hacia Rebeca, que llevaba un pañuelo en la cabeza, con cuyos lados ocultaba casi completamente el rostro.

—La he visto algunas veces por la ventana, señorita Weston… —murmuró Rebeca—. ¿Qué desea usted?

—Bueno… Entiendo que el señor Crane está aquí. Quería saber…

—No, no está. Estuvo aquí, es cierto, y estuvimos charlando un buen rato y tomando café, pero ya se fue.

—¿Adónde? —se sorprendió Sheila.

—Eso lo ignoro.

—Pero… Bueno, yo… ¿Él no le dijo nada?

—No. Estuvimos hablando de las cosas que están ocurriendo en el pueblo, me contó lo del cementerio… Dijo algo de que lo del cementerio no le había convencido, pero nada más.

—Dios mío… ¡Quizá haya ido al cementerio!

—Pues no sé. Tal vez.

—¡Pero es de noche!

Rebeca alzó más el rostro, en él aparecía una cierta expresión como de divertido asombro.

—Sí —admitió amablemente—, es de noche.

Sheila Weston estaba atónita mirando aquel rostro bellísimo. La luz que lo iluminaba llegaba desde la calle, y no era excesiva precisamente, pero más que suficiente para poder ver bien aquel rostro de grandes ojos magníficos, en el que no había ni rastro de cicatriz o desperfecto alguno… ¡Y Adam no le había dicho nada de aquello!

—¿Puedo servirla en algo más? —preguntó Rebeca.

—No… —reaccionó Sheila—. No, no. Yo… Bueno, gracias. Perdone si…

—No se preocupe. Cuando vea al señor Crane salúdelo de mi parte, por favor. ¿Lo hará?

—Sí… Desde luego, con gusto.

—Gracias y buenas noches.

El sillón rodante retrocedió un poco. Rebeca miraba a Sheila, que comprendió y dio la vuelta. La puerta se cerró a sus espaldas. Sheila salió a la acera, y miró a todos lados, desconcertada. Había muy pocas personas en la calle. Pocas, pero al menos se veían signos de vida. ¡Al cementerio! ¿Podía haber ido Adam al cementerio?

Cuando se dio cuenta, Sheila estaba caminando en dirección al cementerio. Pero se detuvo de pronto. ¿Estaba loca? ¡Por nada del mundo iba a ir al cementerio, sola y de noche…! Bueno, tanto como por nada del mundo… Por Adam, sí. Por Adam ella era capaz de cualquier cosa. Se había enamorado verdaderamente de él, con todas sus fuerzas. ¿Y si Adam había vuelto a casa por otro camino?

Este pensamiento la reanimó. Sí, eso debía ser. Emprendió el regreso a casa, diciéndose que no era una disculpa que se daba a sí misma para no ir al cementerio. Claro que no.

Adam Crane no estaba en casa. Pensó en esperarlo un rato más, pero tuvo que admitir por fin que se estaba dando excusas a sí misma para no ir al cementerio. Lo amaba, ¿no era así? Pues podía, demostrárselo incluso de aquel modo. Buscó una linterna en la cocina, comprobó que funcionaba y volvió a salir de la casa, caminando decididamente. Y su decisión no disminuyó ni siquiera cuando el pueblo fue quedando atrás y ante ella tuvo solamente las

negras sombras de la noche ventosa.

Pocos minutos después, estaba muy cerca del cementerio, al que llegó caminando lentamente, con mucha menos decisión que antes. Se detuvo en el límite del cementerio y se estremeció al oír silbar el viento entre los cipreses y los abetos. Había oído decir tiempo atrás que en los cementerios suelen flotar a ras de tumbas unos fluidos luminosos procedentes de los huesos de los cadáveres, los llamados fuegos fatuos, y se consideraba mentalmente preparada para afrontar esta visión.

Pero no vio fuegos fatuos. No vio nada. No oyó nada, salvo el viento incesante.

—¡Adam! —llamó—. ¡ADAM!

El viento le dio la única respuesta. Como si sus pies fuesen de plomo, Sheila fue adentrándose en el cementerio, sin dejar de llamar a Adam. No sabía qué fuerza la impulsaba, qué valor extraño y desconocido hasta entonces le permitía caminar por entre tumbas llamando al hombre que amaba. Tal vez, porque tenía el presentimiento de que a Adam Crane le había ocurrido algo, y ella podría ayudarle. Sí, quizá Adam hubiera acudido a la tumba de Pamela Hereford en busca de algo revelador. Más… ¿qué podía haber de revelador en una tumba vacía?

—¡ADAAAAMMMM…!

Incluso el viento se había detenido en aquel momento, y el silencio no podía ser más sepulcral. Sheila recordaba vagamente dónde estaba la tumba de Pamela Hereford, pues a su llegada a Yellow Pine, y tras escuchar la historia de la bellísima muchacha muerta en tan trágico accidente, había sentido curiosidad, y, en cuanto tuvo oportunidad, es decir, cuando acompañó al cementerio los restos del abuelo de uno de sus alumnos, buscó la tumba de Pamela Hereford.

—¡ADAMMM…!

La luz de la linterna iba de un lado a otro, hasta que, de pronto, Sheila recordó el lugar. Se acercó temblando, y la luz de la linterna iluminó la lápida de mármol con el nombre de Pamela Hereford inscrito, colocada de cualquier manera junto a la tumba vacía. El ataúd seguía fuera de esta, ni se habían molestado en colocarlo de nuevo en su sitio, y en tapar la tumba… Claro. ¿Para qué iban a meter un ataúd vacío en una tumba, y tapar esta?

La gran llama blancoazulada apareció de pronto justo frente a Sheila, con una luminosidad increíble, y contorneada como de un halo rojoamarillento. La linterna escapó de la mano de Sheila, y cayó dentro del abierto ataúd. Los ojos de la muchacha se pusieron en blanco, todo su cuerpo pareció desarticularse y, al fin, se desplomó.

Dentro del ataúd, la linterna estaba apuntando su luz hacia uno de los lados forrados de blanco satén, esparciendo una pequeña luminosidad que ni siquiera podía verse a más de diez pasos.

El fantasma de Pamela Hereford estuvo allí durante siete u ocho segundos. Luego, de repente, desapareció…, se apagó.

Capítulo XI

HABÍA una luz encendida en alguna parte, pero Adam Crane tardó casi un minuto en localizarla. Simplemente, veía luz, pero no sabía de dónde procedía. Ni siquiera sabía dónde estaba él. Lo que sí sabía era que tenía frío, que aquel lugar era húmedo y tétrico. Y, muy pronto, supo también que tenía las manos atadas a la espalda con algo que le lastimaba si daba tirones.

Supo qué era muy poco después, cuando tampoco pudo mover los pies cómo deseaba y pronto comprobó que tenía los tobillos sujetos uno al otro por anchas tiras de esparadrapo. Igual que las manos.

—¡Rebeca! —gritó.

Tuvo la extraordinaria y desagradable impresión de que su voz se convertía en algo así como una manta húmeda que caía sobre él. Llegó a poquísima distancia. Apenas a un metro por encima de él, es decir, hasta el techo de tierra húmeda y curvado. Estaba dentro de un túnel excavado en la tierra, eso era todo. Un túnel que permitía el paso de una persona inclinada, y cuya anchura era apenas de un metro. La luz estaba al principio de ese túnel, llegaba mortecinamente hasta Adam y luego parecía ir disolviéndose hacia el otro extremo, que estaba a oscuras. De todos modos, Adam sabía que, a medida que sus pupilas se fueron acomodando a aquella luz, iría viendo más cosas, incluso seguramente distinguiría el extremo oscuro del túnel.

No estaba demasiado sorprendido. Alguna explicación debía existir respecto al sonido del piano. Alguien lo tocaba, posiblemente alzando la tapa grande y golpeando las cuerdas directamente. Luego, por si entraban en la casa de Pamela Hereford, escapaba por el túnel hacia la casa de Rebeca Graham. Es decir, que ambas bodegas estaban comunicadas.

Pero… ¿quién tocaba el piano? Rebeca, no, porque si estaba

paralítica no podía desplazarse por el túnel. ¿Quién más había allí? Tenía que haber alguien más en la casa de Rebeca, o en la de Pamela Hereford, bien escondido… ¿Quién?

Abrió la boca para llamar de nuevo a Rebeca, pero desistió de ello. Sabía que ni Rebeca ni nadie podría oír allá dentro, por mucho que gritase. Aparte, era evidente que si Rebeca no estaba con él era porque no podía o no lo deseaba en aquel momento.

—Dios mío, me narcotizó… —jadeó Adam—. Ha debido utilizar pastillas para dormir, y yo estaba tan absorto leyendo el cuento que, ni siquiera noté gusto extraño al café…

El cuento.

El cuento de Rebeca Graham. «Dos veces muerta», se titulaba. Por supuesto que no era ninguna ficción. Era ni más ni menos lo que le había sucedido a Pamela Hereford: tres hombres la habían violado, dos de ellos estando ya muerta, y luego la habían despeñado por el barranco, cerca de Yellow Pine.

Y hasta sabía los nombres de dos de esos tres hombres: Jess Morley, el cartero, y James Benton, el mecánico. El primero había muerto solo y de una manera horrible. El segundo, en compañía de su mujer, y de un modo también horrible. Pero… ¿por qué matar a la mujer de Benton?

Un profundo hedor estaba llegando al olfato de Adam Crane, pero este se hallaba tan absorto en sus deducciones que todavía no reparaba conscientemente en él.

Sí, dos de aquellos hombres habían sido Jess Morley y James Benton. ¿Y el tercero? ¿Quién había sido el tercer hombre?

* * *

La señora Graves estaba a punto de tomar un baño caliente cuando oyó de nuevo el teléfono en la salita. Casi enseguida, escuchó la voz de su marido contestando y su gesto se ensombreció. ¿De modo que con él hablaban y con ella no?

Habían llamado antes dos veces, en poco tiempo, y las dos veces, al contestar ella, habían colgado, sin más. La primera vez pensó que algo andaba realmente mal en las líneas telefónicas. Pero no la segunda, cuando todavía estaba Stanton en el bar de Harris. La segunda había insistido, irritada, pero de nuevo colgaron sin que

hubiera escuchado ni siquiera una respiración. Como si la persona que estaba al otro lado del teléfono ni siquiera respirase. Luego, habían colgado.

Y ahora, la tercera llamada pillaba a Stanton en casa, él contestaba, y, evidentemente, quien llamaba no había colgado esta vez, pues Stanton estaba hablando…, pero ahora en voz baja. No podía entender lo que decía. Su voz llegaba como un grave retumbar sonoro al cuarto de baño. Nada inteligible. ¿Qué estaría tramando ahora aquel canalla? Bueno, no le importaba ni poco ni mucho. Desde hacía dos años, a la señora Graves había dejado de importarle lo que hiciera o dejara de hacer su marido. Y por supuesto, había cortado toda relación sexual con él.

Al principio, aturdida, había seguido, pero pronto comprendió que no podía hacerlo. ¡No podía! Cada vez que él se desnudaba ante ella, y veía su enorme torso velludo, y su… su… No podía evitarlo. Aquella noche reveladora, cuando él la tocó ella gritó, y Stanton Graves se quedó mirándola sobresaltado y desconcertado.

—¿Qué te pasa? —había preguntado.

—Nada.

—¡Cómo que nada…! Tan solo te he tocado y ha parecido que te quemaba… ¿Qué demonios te pasa?

—Ya te he dicho que nada.

—Muy bien, en ese caso hagámoslo.

—No… No. ¡No quiero hacerlo nunca más contigo, nunca más!

—¿Estás loca? —había gritado Stanton.

Tal vez. Sí, tal vez ella estuviera loca entonces, para aceptar aquella situación después de enterarse de lo que había hecho su marido, el honrado alguacil de Yellow Pine en compañía de sus dos amigotes.

Eso había sido tres noches antes. Ella había estado llamando a la oficina de él, y el teléfono no había contestado, pese a que Stanton le había dicho que llegaría un poco tarde porque tenía que resolver asuntos de papeleo. Y como se hacía demasiado tarde, había llamado varias veces, sin obtener respuesta alguna de ellas.

Pero no había sido eso lo peor. Lo peor había sido cuando comenzó a oír los gritos de fuego en la calle. Se había asomado a la ventana y había visto el resplandor del incendio. Del incendio que luego sabrían todos era el del coche de la infortunada Pamela

Hereford. Le sorprendió esa noche la actitud de Stanton. Mientras ella miraba, el fuego desde la ventana, él entró precipitadamente en la habitación. Llegaba muy agitado, y estaba lívido. Recordaba perfectamente que ella se había sorprendido al verlo entrar. ¿Acaso no había oído mientras estaba en la calle los gritos de fuego?

Se lo preguntó y él dijo que no. Era imposible, y ambos lo sabían perfectamente. Stanton se acercó a la ventana, miró el incendio y, luego, sin decir palabra, se fue con los demás a ver qué había ocurrido. Pero su actitud le resultó tan extraña a ella que, naturalmente, cuando tuvo ocasión le preguntó dónde había estado y todo lo demás.

Lo estuvo presionando tanto que, finalmente, entre negativas y gritos, a él se le escapó algo que la ayudó a comenzar a intuir que algo había ocurrido. Algo mucho más horrible que un vulgar accidente desconcertante. Finalmente, consiguió que él se lo dijera, que le explicara lo que había ocurrido entre Pamela Hereford, él y sus amigotes Morley y Benton. Solo querían divertirse un poco con ella, dijo. En realidad, habían querido gastarle una broma, eso era todo.

Pero, a medida que le fue sonsacando toda la verdad aprovechando el estado de ánimo de él, fue comprendiendo que no había sido una broma, que aquellos tres canallas habían planeado lisa y llanamente violar a Pamela Hereford una noche, y que finalmente lo habían hecho, y que ella había muerto de un colapso, y que…

Bien, se enteró de todo. Y por último, aquella noche, cuando él la tocó y gritó, comprendió que ya nunca podría hacerlo con él, nunca, nunca más, aunque ambos viviesen mil años. Durante varias semanas lo pasó muy mal. Su conciencia le decía que debía denunciar aquel crimen repugnante y malvado. Pero Gladys, la mujer de Benton, que también había sonsacado a su marido, puso las cosas en su punto. ¿Por qué complicarse ellas la vida? Todo había sucedido ya, nada tenía remedio, y si ellas denunciaban el hecho lo único que conseguirían seria complicarse la vida. Se quedarían sin maridos, tendrían que marcharse de Yellow Pine… ¿Qué harían entonces? Las dos eran ya mayorcitas, llevaban allí una vida apacible y agradable. ¿Valía la pena perderlo todo por algo de lo que ellas no tenían culpa alguna?

De modo que decidieron callar y seguir viviendo con sus maridos como si nada hubiera ocurrido, como si no supieran nada, como si todo, en efecto, hubiera sido un simple y desdichado accidente. Pero, eso sí, Sara Graves decidió que aquel hombre que lo había estado haciendo con una muerta nunca más lo haría con ella. ¡Nunca más, aunque la amenazara de muerte! Gladys Benton se lo había tomado de otro modo. Más fríamente en todos los aspectos. Continuó haciendo vida normal con Jim, a pesar de saber lo que este había hecho, que había violado a una chica muerta de un colapso. Incluso, en alguna ocasión, Gladys, a la que le gustaba mucho el sexo, le había dicho que tenía su emoción aquello de hacerlo con Jim recordando lo que él había hecho…

Sara Graves se estremeció.

Estaba inclinada sobre la bañera, con una mano dentro del agua, comprobando la temperatura, y se había quedado así, primero escuchando a su marido, luego absorta en sus pensamientos.

Tras el estremecimiento, reaccionó. Escuchó atentamente. Stanton había dejado de hablar por teléfono. Le oyó caminar de un lado a otro por el dormitorio. Luego, sus pasos acercándose al cuarto de baño. Instintivamente, Sara cogió una toalla, y se la puso ante el cuerpo desnudo. Stanton apareció en la puerta.

—Voy a salir —dijo.

—¿Tardarás mucho? La cena está lista, había pensado servirla después de bañarme.

—No sé cuánto tardaré.

—¿Adónde vas?

—No te importa —replicó él acremente.

Ella encogió los hombros.

—Como quieras —replicó con indiferencia—. Si cuando me haya bañado no has vuelto, cenaré sola.

Él miró con rencor la toalla con la que se ocultaba y, sin decir nada más, se marchó, Sara todavía esperó casi un minuto para dejar la toalla y meterse en la bañera. Necesitaba aquel baño caliente, porque estaba muy nerviosa. Y Stanton también lo estaba. Ninguno de los dos lo había mencionado, pero ambos debían pensar en lo extraño que resultaba que hubieran muerto Jess Morley y Jim Benton, así como su esposa Gladys. Parecía… como un castigo. Un castigo del fantasma de Pamela Hereford. Y era natural que Stanton

estuviera nervioso, porque siguiendo la lógica de todo aquello algo podía ocurrirle a él muy pronto, podía tocarle su turno.

Incluso a ella misma podía ocurrirle algo, como a Gladys. Pero no, a ella no, porque ella no había hecho nada. Nada absolutamente. Aunque esto era discutible, ya que sí había hecho algo: callar lo que sabía. Y con su silencio, al igual que Gladys Benton, había permitido que tres repugnantes degenerados asesinos continuasen en libertad. Por egoísmo, por comodidad, para no complicarse la vida, eso habían hecho ella y Gladys Benton.

¿Adónde debía ir ahora Stanton? ¿Tal vez había encontrado en el pueblo alguna mujer que se prestase a aliviarlo de su soledad sexual? Todo podía ser, porque todo era un asco.

¿Y lo que habían querido hacer con el cadáver de Pamela Hereford aquella mañana? Stanton había convencido a sus vecinos de que los fantasmas solo aparecen cerca del lugar donde han sido enterrados sus cuerpos. De modo que se habían armado bien, por si aparecía el fantasma de Pamela Hereford, y se habían ido todos al cementerio, para desenterrar el ataúd y llevarlo bien lejos de allí. Habían querido llevarlo en una camioneta hacia las Rainbow Mountain, enterrarlo allí, sin más, bien hondo, de manera que si el fantasma se desprendía del cuerpo de Pamela estuviera vagando por las montañas…

Todo era horrible. Y el alcalde, el inmaculado John Newberry, que miraba con ojos de hambre especialmente a las niñas, había aceptado, porque no quería complicaciones en el pueblo, igual que los demás vecinos. Nadie quería que Yellow Pine fuese el pueblo de un fantasma. Pero aún había hecho más el alcalde: había retirado de la escuela todos los escritos de puño y letra de Pamela Hereford. Y ello, porque todos estaban empezando a convencerse de que había sido ella, en efecto, la que había escrito al periodista Crane para que fuese a Yellow Pine y lo descubriese todo.

¿Y lo de Rebeca Graham, aquella pobre muchacha que estaba pagando las consecuencias de la muerte de Pamela de aquel modo tan horrible? El disgusto que se había llevado al conocer su muerte había arruinado su vida. Pese a esto, Stanton había tenido la desfachatez de ir a pedirle que negase que la letra de las cartas recibidas por el periodista era la de Pamela Hereford. Pero Rebeca Graham había dicho que sí lo era.

Y, bueno, esto era imposible, ¿no? Porque imaginarse a un fantasma escribiendo cartas y enviando fotografías ya era demasiado. Aunque tal vez no. El fantasma, según decían, vagaba por el pueblo, muchos lo habían visto. Ella no, pero sí muchos, sobre todo la noche anterior.

La señora Graves se llevó una mano al corazón. Desde entonces no lo tenía muy bien. Si a ella le diesen un disgusto como el que había recibido la pobre Rebeca, le daría un síncope. Oh, sí, seguro, ella no quedaría inválida, pero le daría un síncope.

Verdaderamente, Pamela y Rebeca se habían querido muchísimo. Esto lo envidiaba la señora Graves. Le habría gustado poder querer así a alguien, poder amar con aquella intensidad total. Claro que aquellas dos jovencitas eran tan especiales, tan delicadas, tan sensibles…, tan extrañas. Como la criada de Rebeca, Myrna Dawson, que se había marchado a Florida hacía quince días. Esto todavía no lo había comprendido Sara Graves. Myrna Dawson siempre había estado con los Graham, adoraba a Rebeca, y cuando esta decidió regresar a vivir en el pueblo se volvió loca de alegría. Y luego, cuando la pobre chica más la necesitaba, inválida y triste, la dejaba sola y se iba a Florida. ¡Qué extraño, qué triste, qué deprimente era todo!

El agua se estaba enfriando, y ella ni siquiera había comenzado a enjabonarse. Suspirando, Sara Graves tomó la botellita de gel y se dispuso a echarse un chorrito entre los pechos. Todavía estaban de buen ver. Bueno, tampoco se podía exigir demasiado, a sus casi cincuenta años, pero…

La luz se apagó de pronto.

Se apagó de un modo extraño, como si algo en alguna parte estallara, como si se partiese alguna cosa.

Sara Graves soltó un respingo y luego quedó inmóvil. Podía ser una avería momentánea, de esas brevísimas que ocurren a veces. Sí, seguramente la luz volvería de un momento a otro.

Pero no.

La luz no volvió.

Es decir, apareció una luz, pero no era la luz habitual de la casa, sino una luz de una tonalidad diferente y localizada en la puerta del cuarto de baño, donde apareció súbitamente. La estupefacción de la señora Graves duró un par de segundos. Luego, el frasco de gel

escapó de su mano y cayó en el agua, produciendo un leve plop. La señora Graves abrió la boca para gritar, pero no pudo hacerlo. Estaba sintiendo una opresión en el pecho. Tenía las manos alzadas ante ella, como dispuesta a utilizar el gel, la cabeza vuelta hacia la puerta.

Estaba mirando aquella luz alargada, vertical, que parecía una llama de tonalidad blancoazulada, y que se agitaba suavemente. Sí, como una llama al viento. Pero no era una llama. Era una forma diferente.

A medida que aquella luminosidad iba tomando aquella forma, los ojos de Sara Graves se iban abriendo más y más, y lo mismo su boca; el rostro se iba desencajando. Cuando la forma se definió visiblemente como un cuerpo de mujer, un ronco suspiro brotó de la abierta boca de la señora Graves. Un suspiro largo, prolongado, más bien como un ronquido entrecortado, que se cortó de pronto cuando la forma de mujer alzó los brazos, y metió las manos en la nuca, agitando sus hermosos cabellos.

La señora Graves sintió súbitamente un horrendo frío en todo el cuerpo, pero no se estremeció. Simplemente, sintió frío, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y luego, lentamente, su ahora relajado cuerpo se fue deslizando hacia el fondo de la bañera.

* * *

Le pareció que regresaba del fondo de un pozo.

Luego, se encontró sentada en el suelo, rodeada de oscuridad, excepto por una parte, donde se divisaba un resplandor: las luces del pueblo.

En este instante lo recordó todo, lanzó un grito, se puso en pie de un salto y miró despavorida a su alrededor. Estaba rodeada de tumbas, eso era todo. Tumbas cuyas blancas lápidas tenían una siniestra tonalidad grisazulada. Volvía a hacer viento, y los cipreses oscilaban suavemente, y parecían gemir.

Sheila lanzó otro grito y, sin más, echó a correr alejándose de la tumba de Pamela Hereford, tropezando continuamente y emitiendo a cada tropezón un nuevo grito de espanto. Salió del cementerio corriendo como nunca había corrido en su vida.

Tras ella, dentro de un blanco ataúd, solo quedaba una linterna

encendida.

* * *

No había ninguna luz encendida en la parte de atrás de la casa de Rebeca Graham, pero esto, además de ser lo acordado, le convenía a Stanton Graves. Sí, era mejor que nadie le viese visitando a aquella hora y por la puerta de atrás a la señorita Graham. Ella se lo había pedido por teléfono, pero además Graves ya había estado pensando en visitarla en cualquier momento para pedirle explicaciones a solas, porque la jugarreta que le había hecho con lo de las cartas supuestamente escritas por Pamela Hereford se había pasado, de la raya. Era imposible que esto fuese así, y Graves había estado reflexionando sobre el mejor modo de interrogar a Rebeca para que le explicara los motivos de su mentira.

De modo que, si ella le había citado, mejor.

Llamó quedamente con los nudillos, mientras miraba a derecha e izquierda. Y al mirar hacia su derecha vio la casa de Pamela Hereford, y, en la parte de atrás, relativamente cerca de él, vio el sofá-columpio.

El sofá-columpio donde aquella noche había estado meciéndose apaciblemente Pamela Hereford, mientras tarareaba una canción. Bueno, no la tarareaba, sino que la musitaba como hacia dentro: mmmmm… mmmmmmm… mmmmmmm… Se habían quedado unos minutos observándola y escuchándola, escondidos entre las matas.

Lo recordaba todo como si hubiese ocurrido hacía solo unos minutos. Recordaba aquella especie de ahogo que había sentido al verla allí tan hermosa. El mismo ahogo que sentía cuando la veía pasar por la calle, siempre acompañada por Rebeca Graham. Bueno, casi siempre. En cuanto a Rebeca Graham, había estado en un tris que no fuese ella la que corriese la suerte de Pamela Hereford. En realidad, Rebeca les debía la vida a él y a Benton. Morley había dicho que, puestos a hacer una cosa como aquella, él quería hacerla con Rebeca Graham porque le gustaban las morenas. Pero a él y a Benton les gustaban las rubias, así que, democráticamente, ganó la mayoría, y fueron a por Pamela Hereford, sin desdeñar la idea de Benton en el sentido de que si aquello salía bien, y, tal como

calculaban, Pamela Hereford no diría a nadie lo ocurrido, más adelante podían hacerlo con Rebeca Graham.

La idea les había hecho gracia. Sí, había tenido mucha gracia: ellos se habrían tirado a dos auténticas bellezas y nadie sabría nada, porque ellas no lo dirían. No, no eran de las que luego acuden a la Policía a decir que han sido violadas. Tenían demasiada clase, demasiado orgullo.

Y a lo mejor —había dicho después Morley—, si sale bien, podemos ir tirándonos a una y otra durante algún tiempo… ¡Puede que hasta llegue a gustarles que de cuando en cuando las violen tres encapuchados!

Sí, había tenido gracia…, hasta que Pamela Hereford quedó muerta en sus brazos. ¿A qué negarlo? Él se dio perfectamente cuenta del momento en que la muchacha moría. Percibió perfectamente aquel suspiro, supo que acababa de morir de un ataque al corazón o algo así, pero no le importó, en aquel momento. Lo estaba pasando demasiado bien, y el cuerpo estaba caliente…

Stanton Graves se disponía a llamar de nuevo, un poco irritado, cuando la puerta se abrió. Vio relucir algunas partes metálicas del sillón de Rebeca, y la blancura del rostro de ella. No había ninguna luz encendida.

—Pase, Stanton… —susurró Rebeca—. ¿Seguro que no le ha visto nadie?

—Claro que no —dijo Graves, entrando.

Cerró la puerta, y masculló algo.

—El interruptor está a su izquierda junto al marco —dijo Rebeca —. Pero no hace falta que encienda la luz. Agárrese al respaldo del sillón.

Graves lo oyó girar, extendió las manos y tocó el respaldo. Se agarró a él, y luego, cuando Rebeca comenzó a desplazarlo, la ayudó. Al fondo divisó un cierto resplandor. Ah, sí, estaban en el pasillo, y se dirigían hacia el vestíbulo. Pasaron ante las puertas de los dos dormitorios y del cuarto de baño. El pasillo hacía ángulo allí, y se dirigía hacia la cocina. En el vestíbulo se veía bastante bien pese a estar apagadas todas las luces, pues por las ventanas se filtraba el resplandor de las luces de Pine Avenue.

—Vamos a mi despachito —dijo Rebeca—. Tengo preparado café.

Graves frunció el ceño, pero también encogió los hombros. Le estaba esperando la cena, así que no le atraía tomar café, pero ¿qué más daba? Si había que tomar café, pues tomaría café. El caso era escuchar aquello tan importante que Rebeca tenía que decirle.

Entraron en el despachito, y Rebeca encendió un lámpara de pie, junto a la cual quedó, un poco de espaldas, de modo que Graves no podía ver bien su rostro. Además, llevaba uno de sus malditos pañuelos de cabeza.

—Siéntese… —señaló Rebeca un sillón—. Espero que no le haya dicho ni siquiera a su esposa que ha venido aquí.

—A nadie.

—Mejor. Le llamé dos veces antes de encontrarle en casa, y me contestó ella, pero no quise darme a conocer.

—¿A qué viene tanto misterio? ¿Qué ocurre?

—Sírvase el café usted mismo, ¿quiere?

Stanton Graves se resignó. Además, no le venía de unos minutos. No tenía prisa para nada. De modo que se sirvió el café, se sentó, y miró a Rebeca, abriendo la boca para decir algo. Se quedó así, con la boca abierta, estupefacto, contemplando el rostro de Rebeca Graham, ahora a plena luz, pues ella se había colocado adecuadamente, y además se había quitado el pañuelo.

Su gesto fue tan expresivo que Rebeca Graham soltó una carcajada.

—Me parece que se ha sorprendido usted, Stanton.

—Dios mío… ¡Pero si todos dicen que…!

—No se debe hacer caso de las habladurías de la gente. Es cierto que me salieron gran cantidad de horribles granos en todo el cuerpo, incluso en la cara, pero ya ve que no dejaron ninguna señal.

—Sí… Ya lo veo… Bueno, me… me alegro mucho, de veras, Rebeca.

—Gracias. Tampoco quedaron señales en el cuerpo. Ni una sola, vea.

Rebeca se alzó el jersey. No llevaba sujetador, y sus pechos, blancos y firmes aparecieron ante la atónita mirada de Stanton Graves, hermosísimos, de una turgencia impresionante. Los pezones, grandes y rosados, fascinaron al alguacil de Yellow Pine, en cuya mano tembló la taza de café.

—Cuidado con el café —rio Rebeca—. Será mejor que se lo

beba.

Graves asintió, y se bebió el café de un trago. En su mente comenzaba a formularse la lógica pregunta: ¿para qué le había citado tan misteriosamente Rebeca Graham? ¿Qué pretendía? ¿Provocarlo? Dejó la taza sobre la mesita, sin dejar de mirar los pechos de Rebeca, que parecía haberse olvidado de que tenía alzado el jersey.

—¿Siempre va usted armado? —preguntó Rebeca.

—¿En…? Oh, bueno, sí. Es una costumbre. Pero en realidad nunca utilizo el revólver. No es necesario en Yellow Pine.

—Entonces, ¿por qué lo lleva?

—Bueno, es el reglamento. Además, nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Eso es cierto. Nunca he tenido un arma en las manos… ¿Me permite ver la suya, Stanton?

—Sí, cómo no —sonrió Graves—. Pero tenga cuidado, pues está cargada, naturalmente. Espere, le pondré el seguro.

Se había puesto en pie, acercándose a la muchacha y sacando él revólver de la funda. Le puso el seguro, y se lo entregó, volviendo a mirar los espléndidos pechos. Maldita sea, ¿qué estaba tramando aquella chica? Miró el revólver en sus blancas, delicadas, bellísimas manos. Ella le miró a él.

—No tiene que permanecer de pie, Stanton —dijo amablemente, sonriente—. Por favor, siéntese o va a dolerme el cuello de mirar hacia arriba. ¿Tiene seis balas, esta pistola?

—Sí. Es un revólver.

—Oh, bueno, qué más da. ¿Quiere más café?

Graves, que se había sentado, negó con la cabeza. Rebeca volvió a mirar el revólver con mucha atención.

—Supongo —dijo, sin alzar la cabeza— que disparar con esto tiene que resultar muy fácil. Debe bastar con apretar el gatillo, ¿verdad?

—Si le ha quitado el seguro, sí —sonrió Graves.

Ella quitó el seguro. El suave chasquido fue como un aldabonazo de alarma para Stanton Graves. Se inclinó un poco hacia delante, dispuesto a ponerse en pie, pero el revólver le apuntó directamente. Ya definitivamente alarmado, Graves miró los ojos de Rebeca, que dijo:

—Siga sentado, Stanton.

—Rebeca, no debe manipular las armas si no sabe utilizarlas. Es peligroso, créame.

—En realidad sí sé un poco —murmuró ella—. Quiero decir que es tan sencillo disparar. Y eso es lo que haré si usted se mueve de ese sillón. Si intenta acercarse a mí, le dispararé al vientre. Creo que no fallaré.

Stanton Graves palideció. Se quedó inmóvil, olvidándose súbitamente de los magníficos pechos que tenía ante él.

—¿Qué clase de tontería es esta? —mascculló.

—No es ninguna tontería. ¿Sabe usted que su esposa acaba de morir? Y con ella no ha hecho falta tijeras, ni cuchillos, ni cadenas, ni golpes en la cabeza, ni nada de nada… Sabíamos que moriría solo de miedo. Y así ha sido.

—¿Se ha vuelto loca? —jadeó ahora Graves.

—Estuve a punto de volverme loca, pero no ahora. ¿Por qué lo hicieron, Stanton?

—Hicimos… ¿qué? ¿A quiénes se refiere…, a qué se refiere?

—Me refiero a usted, Morley y Benton. ¿Por qué hicieron una cosa tan… tan cruel y horrible? Con Pamela, ya sabe a qué me refiero.

Stanton Graves sentía la boca seca y una extraña pesadez en la cabeza. Pero todavía estaba alerta, todavía estaba consciente. ¿Los había visto Rebeca desde su casa, aquella noche? Todas las luces estaban apagadas, pero… ¿había estado Rebeca en alguna ventana lateral o de la parte de atrás, y los había visto?

—¿Qué es lo que sabe usted? —susurró.

—Todo. Absolutamente todo.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Sara, tal vez?

—¿Su esposa? Claro que no. Pamela me lo dijo. Tardó algunos meses, hasta que me repuse lo suficiente del disgusto para poder saber la verdad de lo ocurrido. Entonces ella vino a verme y me lo contó todo.

Rebeca bajó el jersey. Graves dejó de ver las blancas manchas de los pechos. Sí, eran… habían sido unas manchas blancas desde hacía unos segundos. Parpadeó con fuerza. No veía bien. Pero todavía razonaba.

—Creo que usted está loca —dijo, con voz torpe.

—Claro que no. Usted mismo, al preguntarme si me lo había dicho su mujer, ha admitido los hechos. Es cierto, podía habérmelo dicho su mujer…, o la de Benton. Podían haberlo dicho, no a mí, sino a quien correspondía, para que ustedes tres pagasen su culpa al menos en parte. Pero no lo hicieron. Fueron cobardes, egoístas y malvadas al encubrirlos a ustedes. Por eso, ellas también han muerto.

—¿Quiere decir… que las ha matado… usted?

—Con la ayuda de Pamela.

Graves se pasó una mano por la frente. Comenzaba a notar una pesadez de cabeza excesiva, y ya no coordinaba bien. Tenía sueño. Exactamente, eso era lo que le ocurría: tenía sueño.

—Pero no solo ustedes cinco eran culpables del silencio, sino otros muchos más. Por ejemplo, el doctor Hartley, que aceptó la… sugerencia de usted para no hacer la autopsia de los restos de Pamela. Y algunos vecinos, que seguramente vieron o sospecharon algo. Y por supuesto, el señor Newberry, que siempre anda mirando a las chicas jóvenes con cara de sátiro. Y la esposa de él, que seguramente sabe de alguna que otra porquería suya, pero que, como las de usted y Benton, siempre ha callado. Y, en fin, todos los vecinos de este pueblo, que sabían que era muy extraño que Pamela saliese aquella noche en su coche en dirección a McCall, cosa que nunca había hecho ni tenía por qué hacer. Eso lo sabían todos, sabían que había algo extraño, pero nadie dijo nada. Ustedes, los más importantes, dieron una versión, y todos callaron. ¿Para qué complicarse la vida, para qué indisponerse con el médico, el alcalde, el alguacil…? Algo extraño había pasado, pero no era cuenta de ellos. Por eso, todos, absolutamente todos, tendrán que pagar, Stanton. Primero ustedes, los culpables directos. Luego, todos los demás. Lo pagarán.

La voz de Rebeca Graham se había ido alejando, alejando… Eso le parecía a Stanton Graves, al menos. Sí, llegaba como de muy lejos. Y ya apenas veía a la muchacha, era como una sombra ante él.

De pronto, le pareció que se ponía en pie.

Pero no, esto ya no podía ser. Rebeca Graham no podía ponerse en pie porque estaba paralítica. Y sin embargo, la estaba viendo, confusamente, acercándose a él. Graves sintió como un tirón en la

cabeza. No, había sido en la barbilla. Movió los párpados, y la imagen del rostro de Rebeca se aclaró ante sus ojos. La vio, de pronto, perfectamente.

—Tengo algo para usted, Stanton… —dijo Rebeca—. ¡Algo que le va a gustar mucho!

La oyó, pero de momento no asimiló bien las palabras, Estaba contemplando, incrédulamente, las dos manchitas que parecían la llama de una vela, igual que… igual que el fantasma de Pamela Hereford. ¿Algo que le iba a gustar mucho? ¿Qué podía ser? ¿De qué estaba hablando aquella muchacha?

Hubo como apagones repetidos en sus ojos, y en su mente. Oscuridad, luz, oscuridad, luz, oscuridad… Supo que Rebeca acababa de soltar su barbilla. La cabeza le pesó mucho hacia delante, y arrastró el cuerpo, que rodó por el suelo quedando cerca de los pies de Rebeca Graham.

Algo que le iba a gustar mucho.

Algo que le iba a gustar mucho.

Algo que le iba a gust…

Capítulo XII

REPARÓ de pronto en aquel hedor. Y al mismo tiempo que lo admitía constantemente comprendía que desde el primer momento lo había estado percibiendo.

Era un hedor horrible.

Un hedor de muerte.

Despacio, volvió la cabeza hacia su derecha, es decir, hacia el extremo no iluminado del angosto túnel húmedo. Aunque el hedor lo impregnaba todo, estaba seguro de que por allí era más intenso. Sus ojos, en efecto, se estaban adaptando rápidamente a la escasa iluminación de aquella parte. Vio el bulto tendido en el suelo y tardó algunos segundos en identificarlo como un cuerpo humano. Un cuerpo de mujer, a juzgar por las ropas.

Un largo estremecimiento recorrió el cuerpo de Adam Crane de cabeza a pies.

Durante más de un minuto estuvo sin saber qué hacer. Lo único que se le ocurría era no respirar para no percibir el hedor, pero, claro, esto era imposible, tenía que respirar. No podía dejar de inhalar aquel hedor de muerte.

¿Quién era la muerta? El pensamiento lógico se impuso rápidamente: no podía ser otra que Pamela Hereford, cuyo cadáver no había sido hallado en su ataúd. Por el amor de Dios… ¡Rebeca había robado el cadáver de su querida amiga para llevarlo allí, para tenerlo en aquel túnel húmedo y helado! Pero ¿cómo había podido hacer Rebeca semejante cosa, si estaba paralítica? ¿O no lo estaba? Su cuerpo… ¡Cómo había reaccionado con el acto sexual! Había sido algo en verdad explosivo, increíble. Cada vez que él la hacía gozar, gritaba. Gritaba fuertemente, gritaba de auténtico placer. Si en lugar de estar en una casa aislada hubiesen estado en un edificio de apartamentos, los vecinos la habrían oído, desde luego.

No recordaba si ella había movido las piernas en algún momento

durante los actos sexuales. Quizá lo hubiera hecho, pero él también se sentía poseído por el placer, su mente estaba ofuscada para cualquier otra cosa. ¿Había movido las piernas, podía andar?

Como fuese, allá estaba el cadáver de Pamela Hereford…

Pero… no. ¡No podía ser! Pamela Hereford había muerto hacía dos años, de modo que su cuerpo no podía desprender ya hedor alguno. Aparte de que había sido devorado en mayor o menor medida por el fuego, en dos años cualquier cadáver deja de oler; se seca, se acartona, queda como… como yeso, como simples cenizas, como polvo.

No podía ser el cadáver de Pamela Hereford, sino otro mucho más reciente.

Mucho más reciente…

De nuevo intentó Adam soltar sus manos o sus pies, pero no era posible. Se tendió de lado en el suelo, y comenzó a desplazarse dificultosamente hacia el cadáver. Tardó casi cinco minutos en llegar junto a la mujer. El hedor era insoportable, pero quería verle la cara, quería saber quién era…, si es que la conocía.

No. No la conocía. Finalmente, vio el rostro de la mujer, confusamente. Le pareció que había sido una mujer hermosa, de unos cincuenta años quizá. Parecía dormida. Dormida… Nada de dormida: simplemente, Rebeca Graham la había matado, la había envenenado, seguramente, porque no había en su cuerpo ninguna señal de violencia. Si, igual que a él lo había narcotizado, a aquella mujer la había envenenado.

Tenía un cuerpo pleno, de formas rotundas, que se iban consumiendo en su putrefacción, contenida por el frío del lugar. Si hubiera sido un lugar caliente, su hedor de muerte habría sido absolutamente insoportable, él se habría desvanecido al percibirlo. Pero allí era como… como si estuviese en una cámara frigorífica.

Y, de pronto, supo quién era aquella mujer. Lo supo con toda certeza, lo comprendió de modo inobjetable: era la criada de Rebeca. No se había marchado a Florida, claro que no. Allá la tenía, muerta, fría y seca, tiesa, con los ojos cerrados, como si estuviese durmiendo.

Jadeando, Adam se alejó de la mujer, en dirección al extremo del túnel iluminado. Se alejó cuanto pudo, mirando aquella solitaria bombilla en lo alto de una puerta tosca.

—¡Rebeca! —gritó—. ¡REBEEEECAAAAA…!

De nuevo pareció que su voz, su aliento, se convertía en una manta húmeda que desde el techo caía sobre él. Era como estar en una tumba. O quizá como un gusano metido en los pasadizos de su oscuro y frío habitáculo. Sí, él era un gusano metido allí dentro. Sentía unas frías gotas de sudor en la frente y en el cuello. Seguramente era la primera vez en su vida que sentía auténtico miedo, verdadera angustia.

Una luminosidad blancoazulada comenzó a aparecer a su derecha. Volvió la cabeza vivamente y vio la gran llama de vela que se iba formando, adquiriendo más y más luz. No se movió, y durante unos segundos estuvo sin respirar. Luego, lo hizo despacio, como si temiera hacer ruido. A unos cuatro metros de él la llama se iba definiendo, se iba moldeando. El cuerpo de mujer, es decir, las formas, iban siendo más y más nítidas: Finalmente, alcanzó a distinguir las facciones del rostro, la forma de los pechos, los hombros y las caderas… La espléndida cabellera suelta se movía. Ahora, la iluminación era intensa en el túnel. Fría, lívida, pero intensa. Era como… como estar metido en una cueva con paredes de hielo azulado.

El truco, pensó Adam. ¿Dónde estaba el truco, cuál era el truco? Miró a todos lados, pero no vio nada que delatara la presencia de truco alguno. No se veía el cono de luz de un proyector, ni pantalla, ni nada de nada. Simplemente, estaba el fantasma de Pamela Hereford.

Pero esto no podía ser. Se convenció a sí mismo de ello. Claro que no podía ser, así que no era. Tarde o temprano descubriría el truco, sabría qué y cómo lo hacía Rebeca Graham. Se quedó mirando el fantasma, que permanecía suspendido. Movía los brazos, se alzaba los cabellos. Quizá… quizá había una sonrisa en las facciones como hechas de humo azul… Quizá. Los ojos eran como dos agujeros oscuros, y lo mismo la boca.

Adam Crane notó la corriente de aire y su cabeza giró rápidamente hacia el otro extremo del túnel, hacia aquel en el que estaba la pequeña y tosca puerta. Debía haber otra parecida al final del túnel en la parte oscura. Y cada una de ellas, por supuesto, daba a la bodega de una casa. ¡Y él había estado en ambas bodegas y no había sabido ver ninguna puerta! Claro que no se le había ocurrido

registrar las bodegas, simplemente había echado un vistazo. Debían estar detrás de algunos toneles vacíos…

Reconoció inmediatamente a Rebeca, pese a que entraba de espaldas… y caminando. Iba un poco encorvada.

—¡Rebeca! —aulló Adam.

Ella volvió la cabeza, y le sonrió. Su rostro destacó, azulado, más al resplandor del fantasma que de la bombilla que tenía sobre su cabeza en aquel momento. Le sonrió, pero no dijo nada. Continuó entrando, arrastrando algo que debía pesar bastante. Adam identificó pronto el cuerpo de un hombre pero no supo quién era hasta que Rebeca lo hubo entrado del todo y comenzó a arrastrarlo hacia el centro del túnel: era Stanton Graves, el alguacil de Yellow Pine. Enseguida comprendió que, como él, Graves había sido narcotizado. Quería preguntarle tantas cosas a Rebeca que no supo por cuál empezar, así que permaneció en su muda indecisión, en su aturdimiento.

Rebeca soltó las axilas de Graves, cuyo torso sonó blandamente contra el suelo. Se quedó mirando cariñosamente a Adam.

—¿Te encuentras bien, amor mío? —preguntó.

Adam quiso decir algo, pero todo lo que consiguió fue tartamudear. No quería admitirlo, le parecía infantil, pero estaba asustado.

—No temas… —dijo Rebeca, sentándose ante él con las piernas cruzadas—. No va a ocurrirte nada malo.

—Pe-pe-pero… ¿qué…? To-todo esto…

—No creas que es propiamente una venganza. Eso sería demasiado mezquino. Es un castigo, Adam. Todos los que cometen una mala acción deben ser castigados, ¿no estás de acuerdo?

—Sí… Sí, sí, pero…

—No debes preocuparte, a ti no va a ocurrirte nada.

Adam Crane dejó caer la cabeza, y estuvo así unos segundos, serenándose. Luego, miró hacia el fantasma, que seguía moviéndose, agitándose como una auténtica llama al viento.

—Rebeca… —susurró—, ¿qué es eso?

—Oh, es el fantasma de Pamela, querido.

—¡Quiero saber la verdad!

—Pero si es la verdad, ¿cómo podría convencerte?

—¡No vas a convencerme de ninguna manera!

—Está bien, cálmate.

—Creo que… que estoy calmado. ¿Qué hace aquí Graves?

—Lo he traído para darle una agradable sorpresa —sonrió Rebeca.

—¿Qué sorpresa?

—Ya lo verás. Adam, no estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—¡Enfadado! Ni siquiera sé qué pensar de ti… Rebeca, me has estado engañando, puedes caminar…

—Ah, sí, hace tiempo de eso. Al principio no, era cierto qué estaba paralítica. Fue debido a la impresión al conocer la muerte de Pamela. Y me salieron unos granos supurantes realmente horribles. Pero cuando estuve un poco repuesta del *shock* ella vino a visitarme y entonces comencé a ponerme bien muy rápidamente.

—¿Quién vino a visitarte?

—Ella —señaló Rebeca el fantasma—: Pamela. No me asusté en absoluto. Al contrario, me llevé una alegría tan grande… Me dijo lo que había ocurrido, y sentí pena y odio. ¡Oh, creí que iba a morirme de odio! Hasta que comprendí que no era yo quien debía morir, sino ellos.

—Los del cuento… —murmuró Adam—. Sucedió realmente, ¿no es cierto? Sucedió con Pamela, y los causantes fueron Morley, Benton y… Graves, según creo comprender ahora. La Rachel del cuento era Pamela, y sucedió así, ¿no?

—Sí, sucedió realmente como digo en el cuento, y fueron ellos tres. Pero sus esposas fueron luego cómplices con su silencio; y todos los demás también. ¡Todos son culpables de algo en Yellow Pine! Unos más y otros menos, pero todos son culpables. Los más culpables ya han muerto, menos Stanton…

—¿Quieres decir… que los has matado tú?

—Claro —sonrió Rebeca—. Íbamos las dos a visitarlos, y mientras Pamela los asustaba y los acusaba, yo los mataba. El más difícil fue Benton, porque tuve que subirlo con las cadenas, y no sabía bien cómo se hacía… Pero todo ha salido bien, he podido hacerlo todo.

Incapaz de hablar, Adam Crane miraba horrorizado a Rebeca, que volvió a sonreír, se inclinó hacia él y lo besó en los labios. Adam se estremeció, pese a que los labios de la muchacha estaban tibios y tiernos, deliciosos. Tenía la sensación de estar sumergido en

una pesadilla, y la cabeza parecía que se le iba hinchando de aire caliente.

—No eres muy guapo —dijo dulcemente Rebeca—, pero sí eres amable y cariñoso, y fuerte, tal como comprendí por tus cartas. Por eso quise conocerte a ti. Había escrito a otros, pero ninguno me parecía adecuado. Tú sí.

—¿Has estado escribiendo a otros hombres por medio de los anuncios de los periódicos? ¿Y siempre utilizando el mismo sistema?

—Sí.

—Pero la letra de Pamela… Bueno, ¿no era de ella?

—Oh, claro que sí. Pero no tenía ninguna dificultad en escribir con la letra de Pamela.

—¡La has estado falsificando!

—De ninguna manera. Es mucho más simple y fácil, querido: Pamela entraba en mí, y entonces yo escribía como ella, y sabía todo lo que sabía ella del mundo de los vivos y del mundo de los muertos…

—¡Rebeca, déjate ya de tonterías!

—Pamela contó lo que le habían hecho los tres, y yo lo supe todo, pero no podía sentirlo, así que pensé en conseguir un hombre que me lo hiciera. Por eso buscaba un hombre en los anuncios, pero me… me repugnaban todos, no sé por qué. Hasta que me escribiste tú.

—¿Quieres decir que me atrajiste aquí con la idea preconcebida de hacer el amor conmigo?

—Claro. Quería saber qué se sentía cuando un hombre la penetra a una… Nunca lo había hecho antes, ¿sabes? Oh, ya te dije eso, ya te dije que Pamela y yo éramos vírgenes. Pero yo amo tanto a Pamela que cuando ella me dijo lo que le habían hecho, lo que había sufrido con aquello, quise sufrirlo yo también…

—Por el amor de Dios… ¡No estás hablando en serio! Además, ¿para qué complicarlo todo tanto haciendo creer a todos que quien me había escrito era Pamela?

—Para terminar de asustarlos. Pamela ya hacía días que paseaba por el pueblo, y yo quise convencerlos definitivamente a todos de que su fantasma estaba con nosotros y que podía hacer cosas como escribir a un hombre, enviarle su foto, matar a algunas personas…

Por eso utilicé la letra de Pamela. Pero lo que realmente deseaba era sentirme violada, como Pamela…

—¡Yo no te violé! ¡Tú quisiste hacerlo conmigo!

—Sí, pero el hecho físico es el mismo, ¿verdad? Y resulta que no es… ninguna brutalidad, ni algo terrible; solo un poco doloroso, pero el placer lo compensa sobradamente. Es decir, que me engañaron. Las dos me engañaron.

—¿Las dos? ¿Te refieres a Pamela… y a esa mujer que hay muerta allá?

—Sí. Se llamaba Myrna Dawson, y siempre dijo que me quería muchísimo. Y quizá fuese cierto, a su manera, porque me ayudó en todo: ella traía los periódicos, iba a cursar las cartas a Stibnite, traía las tuyas, sacó las copias de las fotografías de Pamela, me compró los medicamentos y drogas que le pedí… Le dije lo que quería hacer, vengar a Pamela, matar a sus criminales, y ella dijo que estaba de acuerdo, que me ayudaría en todo. Así que lo fuimos preparando con tiempo… Oh, sí, teníamos mucho tiempo, ninguna prisa. Cuando pude caminar, decidimos no decírselo a nadie. Sería mejor así, porque de ese modo, cuando yo matase a los criminales de Pamela, nadie podría sospechar de mí, y sí creerían, sobre todo después de ver a Pamela paseando por la calle, que había sido ella. ¡Era el mejor modo de asustarlos muchísimo! La mujer de Stanton, por ejemplo, hace poco que ha muerto, en su bañera, al ver a Pamela… Sí, Myrna me ayudó en todo, incluso en la construcción de este túnel. ¡Tardamos más de seis meses en hacerlo!

—¿Y dónde está la tierra que sacasteis de aquí?

—Repartida en los toneles de las dos bodegas —rio Rebeca—. ¡Era todo tan emocionante! A veces, por la ventana, miraba pasar a Graves, a Morley, a Benton, al alcalde, al doctor Hartley… Y me reía. ¡No sabían lo que les esperaba! ¿Y lo del piano? ¡Esto era lo mejor de todo!

—Lo tocabas por dentro, ¿verdad?

—¿Cómo has podido saberlo? —exclamó Rebeca.

—No era tan difícil. Si el piano sonaba, de algún modo tenía que ser. Levantabas la tapa grande, golpeabas las cuerdas con un martillito, bajabas la tapa corrías a la bodega y, por medio de este túnel, regresabas a tu casa. No te habrían encontrado jamás allá dentro, claro.

—Claro… —rio Rebeca—. ¡Qué emocionante ha sido todo! Pero me engañaron. ¡Las dos me engañaron!

—En el caso de Pamela, no creo. No es lo mismo hacerlo porque lo deseas que hacerlo forzada con brutalidad por un hombre, Rebeca.

—Bueno, pero el acto en sí es agradable, ¿no?

—Cuando se hace como lo hemos estado haciendo nosotros, sí.

—Pues quizá Pamela no supiera eso, pero sí tenía que saberlo Myrna. Y si no lo sabía, ¿por qué no lo admitió? ¿Por qué no se limitó a decirnos que no lo sabía, en lugar de hacernos creer siempre que era algo horrible, desde que éramos unas niñas?

—¿Qué? —exclamó Adam.

—Sí… Eso hizo Myrna. ¡Nos engañó! Siempre nos tuvo asustadas, siempre nos dijo que los hombres hacían daño a las mujeres, siempre, siempre, siempre. Y no es cierto siempre, Adam, porque tú me lastimaste, pero de un modo… tan maravilloso. Yo sentía algo que nunca antes había sentido con Myrna, ni con Pamela…

—¿Con…? ¿Qué quieres decir?

—Myrna era muy cariñosa con nosotras. Siempre que nos decía lo malos y dañinos qué eran los hombres, nos besaba y nos acariciaba mucho, y luego dijo que debíamos querernos entre nosotras, así que… Pamela y yo nos amamos mucho. Y ella, Myrna, también nos amaba. Decía que eso era amor de verdad.

—Por todos los… ¡Rebeca, me estás hablando de una lesbiana que os pervirtió!

—Sí. Pero tardé mucho tiempo en saberlo. Y esperé. Oh, yo siempre he sabido esperar. Por eso, cuando Myrna ya no podía hacer nada más por mí, la maté. Y también la maté porque ella decía que bien estaba utilizarte a ti, pero que nada de hacer nada contigo en lo sexual, que sería horrible. Pero yo quería hacerlo, de una vez, y precisamente contigo. Quería saber qué era, y ella decía que no, que no, que no, que te mataría antes de permitir eso… Así que la maté. Y mis sospechas han resultado ciertas: me engañó… ¡Nos engañó a las dos, y Pamela murió engañada, violada, sin haber sabido físicamente la verdad, y ya nunca la sabrá! Todos, todos son malos, todos nos mentían, solo querían utilizarnos, con maldad, solo pensaban en ellos… ¡Todos son malos, Adam!

Adam tragó saliva.

¿Se había vuelto loca Rebeca Graham? Pues no, no estaba ni medio loca, ni remotamente loca. Estaba simplemente diciendo verdades. Verdades horribles, que habían costado vidas.

—Rebeca…

—Pero tú no —le sonrió ella—. Tú no eres malo, ni embustero. Estaba segura de ello, lo comprendí al leer tus cartas. Nunca hiciste falsas promesas, ni dijiste mentiras sobre ti. Querías conocerme, que te conociera, querías venir a hablar conmigo…

—Con Pamela.

—¡Conmigo! ¡Porque yo soy Pamela y ella es Rebeca ahora! Y tú… tú eres el hombre que amo. Por eso te quedarás aquí siempre, Adam, conmigo…

—¿Aquí? —respingó Adam—. ¿Dónde? ¿En este túnel?

—Sí. Nunca me has mentido. Ni siquiera me dijiste que me amabas para contentarme. Decías que no sabías si me amabas, pero que sí sabías que me deseabas, y eso lo demostrabas luego muy bien, y lo hacías todo sinceramente. Tú no mentías. Gozabas de mí, pero yo sabía lo que habías dicho, y eso hacías, y además yo gozaba también de ti…, Adam, te amo, te amo… ¡Siempre estaremos juntos los tres!

Adam Crane sintió como un vahído. Miró hacia el fantasma de Pamela Hereford, que seguía en el mismo sitio, agitándose suavemente.

—¿Los… tres? —jadeó.

—¡Claro!

—Rebeca, si permanezco aquí mucho tiempo, moriré. En realidad bastarían unos pocos días. Nadie puede vivir aquí dentro.

—Pero quizá si te dejase subir a la casa querrías marcharte, y nos dejarías solas. Escucha, yo le dije a Pamela lo que se sentía cuando el hombre te apretaba, y ella quiere saberlo. Lo haremos los tres muchas veces, Adam, ¿verdad?

—Escucha… Tú, dices que siempre he sido sincero contigo, y es verdad. Bueno, en realidad no he dicho ninguna mentira que valga la pena de ser tenida en cuenta. Pero tú sí me estás mintiendo.

—No… No, Adam, no… ¡No! Mira, yo creía que tú y la señorita Weston habíais hecho lo que hemos estado haciendo tú y yo, y quise matarla, porque tenía celos. Pero Pamela me dijo que no, que

tú no habías querido hacerlo con la señorita Weston, así que no le hemos hecho nada a ella. Solo hemos querido asustarla, para que se vaya, para que se aleje de ti, porque ella también quiere tenerte, y eso no… No. Tú eres para nosotras, y si la señorita Weston insiste entonces tendré que matarla, en lugar de asustarla nada más.

—Está bien. Bueno, suéltame, y yo mismo iré a decirle a Sheila que debe marcharse sin mí.

—No, no quiero. ¡Estarás aquí hasta que ella se haya marchado y esté muy lejos de Yellow Pine!

Adam buscó otra salida. Con la barbilla señaló al dormido Graves.

—¿Y él? ¿También lo vas a tener aquí? Cuando lo echen de menos…

—¿Lo buscarán? ¡Bueno, que lo busquen! ¿Crees que lo encontrarán aquí?

—No… No creo que nos encuentren nunca.

Rebeca sonrió, una vez más. Adam miró hacia la puerta al final del túnel, que comunicaba con la bodega. Cierto, nadie podría encontrarlos jamás a él y a Graves mientras aquella puerta estuviese cerrada y oculta tras un tonel o cualquier otra cosa. Nadie los encontraría jamás.

Las manos de Rebeca tomaron el rostro de Adam y la muchacha se inclinó para besarle en los labios lenta y dulcemente. Adam Crane no estaba experimentando en aquel momento ningún placer al ser besado por la encantadora Rebeca. Tenía los ojos abiertos, mirando desesperadamente a todos lados, como si allí, a su alcance, estuviera la solución. Le habría ido mejor teniendo los ojos cerrados.

No habría visto lo que vio.

Y lo que vio fue que el fantasma de Pamela Hereford, el… truco, se acercaba flotando a ellos, parecía entrar en contacto con Rebeca, y, poco a poco, se iba introduciendo en esta, como empapándola, como si fuese humo que se filtraba a través de un fino tejido…, hasta que desapareció completamente dentro del cuerpo de Rebeca.

Entonces, esta se irguió vivamente, y exclamó:

—¡No! ¡Ahora no, Pamela!

Un rayo que hubiese descargado sobre la cabeza de Adam Crane no habría conseguido hacerle reaccionar. Con los ojos dilatados por

el más genuino espanto vio cómo Rebeca se ponía vivamente en pie, agitada, haciendo gestos de rechazo y protestando de viva voz:

—¡Te digo que ahora no! —gritaba—. ¡Ya te avisaré! ¡No! ¡Tú estás muerta, y yo estoy viva! ¡Ahora no!

Hubo como un terrible forcejeo en el cuerpo de Rebeca, y, de pronto, la mancha luminosa comenzó a desprenderse de su cuerpo. Ahora, la llama blancoazulada mostraba como un ribete rojoamarillento alrededor mientras se alejaba de Rebeca. Era como un fulgurar de fuego de inéditos colores.

—Dios mío… —suspiró Adam—. ¡Dios bendito!

El fantasma desapareció y Rebeca hizo un gesto de impaciencia.

—¡Oh, no seas tonta! —gritó—. ¡Haz el favor de volver aquí ahora mismo, Pamela! ¡Te digo que vuelvas aquí! ¿No? Bueno, está bien, ya sé dónde estás, y si no vienes iré a buscarte. ¿Vienes o no?

El aterrado Adam Crane miraba en todas direcciones, pero Pamela Hereford no aparecía. Rebeca volvió a hacer un gesto de impaciencia, casi de enfado, y se dirigió hacia la salida del túnel.

—¡Rebeca! —llamó Adam—. ¡Sácame de aquí! Hablemos de…

—Espera un momento, mi amor. Enseguida vuelvo. Voy a buscar a Pamela.

La vio salir del túnel, cerrando la puerta. Todo quedó en silencio, en un silencio de sepulcro para gusanos con hedor a muertos humanos. En el suelo, cerca de Adam, Stanton Graves continuaba durmiendo bajo los efectos del narcótico. ¿Cuánto rato dormiría? Seguramente no mucho, como él. Aunque lo cierto era que no sabía si había dormido mucho o poco. Tenía la impresión de que había sido poco, pero de pronto, todavía fija su mirada en Stanton Graves, Adam sintió como un estampido dentro de su cuerpo, como un ramalazo de esperanza. ¿Y si Graves llevaba alguna navaja o aunque solo fuese un cortaplumas en algún bolsillo? La funda del revólver estaba vacía, y era evidente que el arma la tenía Rebeca, pero si no le había registrado los bolsillos…

Se tendió de nuevo de costado en el suelo y se desplazó de espaldas hacia Graves, hasta que sus atadas manos le tocaron. Al menos era seguro que no estaba muerto, porque estaba caliente… Desplazándose como pudo, sudando intensamente ahora no solo por la angustia, sino también por el esfuerzo y la dificultad, Adam estuvo palpando el cuerpo de Graves, siempre de espaldas a este,

inevitablemente… Si encontraba algo que pudiera ser una navaja arrancaría la tela aunque fuese a mordiscos.

Sí, eso podría hacerlo. Si Graves tenía un cortaplumas no tendría demasiada dificultad en cogerlo con las manos y abrirlo. Luego, lo dejaría en el suelo, lo cogería con la boca y entonces cortaría las tiras de esparadrapo.

¡Si Graves tuviese aunque solo fuese un pequeño cortaplumas…!

Respingó fuertemente cuando oyó abrirse la puerta, y se apartó a toda prisa de Stanton Graves, mirando con expresión desorbitada hacia el extremo del túnel.

—¡Bueno! —oyó a Rebeca—. ¡Aquí estamos las dos!

Capítulo XIII

EL desconcierto de Adam Crane duró poco.

Muy poco, porque lo sustituyó el horror. Un horror tan profundo que, de súbito, por fin, se sintió enfermo de miedo y náuseas, y cerró los ojos. Oyó los pasos de Rebeca acercándose, supo que se había detenido ante él, y que lo estaba mirando, pero no quería abrir los ojos.

—Adam… ¿Qué te pasa? —preguntó Rebeca.

Adam Crane no contestó. Hubiese querido, en aquellos momentos, ser mudo, sordo y, sobre todo, ciego. Sí, valía más ser ciego que ver aquello. Aquello que aunque ahora no quería mirar estaba impreso en sus pupilas, pues lo había visto…, y jamás podría olvidarlo.

—Adam, querido…, ¿te encuentras mal? ¿Te ocurre algo? Soy yo, Rebeca, con Pamela. Hemos venido las dos otra vez.

Adam Crane apretó más los párpados, mientras sentía como algo amargo que se iba deslizando lentamente desde su garganta hacia el estómago. Hizo todo lo que se le ocurrió para borrar la imagen: quiso imaginarse hermosas playas, puestas de sol, amaneceres, bellos cuadros, elegantes edificios, bosques, ríos refulgentes de aguas de cristal…

Era inútil.

La imagen de Pamela Hereford seguía estando como impresa en sus pupilas. La Pamela Hereford física, la que Rebeca Graham había robado de la tumba, los despojos abrasados de lo que alguna vez, dos años atrás, había sido un cuerpo humano bellísimo. Ahora, era una calavera renegra con los pavorosos agujeros, algunos jirones de materia abrasada y seca en los hombros, y le faltaban las dos piernas. Pero lo que quedaba estaba allí, ante él, sostenido por Rebeca Graham…, y ataviado con un bonito vestido de primavera, azul estampado en flores violetas y rosas.

Y todo esto lo sostenía Rebeca en brazos, como acunándolo. En la mano derecha empuñaba el revólver de Stanton Graves.

—¡Adam! ¿Qué te pasa, amor mío?

—Por lo que más quieras, Rebeca —consiguió gemir Adam—, ¡llévate eso de aquí!

—Claro que no. ¡Ella también tiene que verlo! ¡Ella tiene que ver la gran sorpresa agradable que quiero darle a Stanton! Oh, vamos, Adam, no seas antipático. ¿No quieres saludar a Pamela? Te aseguro que ahora no es su fantasma, es ella en carne y hueso. Además, también es su fantasma. Ella se ha escondido en su cuerpo, porque se ha enfadado conmigo. Pero pronto se le pasará el enfado, ya lo veras…

Adam Crane no se movió. Permaneció con los ojos cerrados. Durante un minuto no oyó nada. Luego, oyó moverse a Rebeca. Entreabrió los ojos, y la vio depositando cuidadosamente aquellos despojos en el suelo, como sentándola, muy cerca de Graves.

—Stanton no tardará en despertar… —dijo Rebeca—. ¡Ya verás qué sorpresa tan agradable va a tener!

No era demasiado difícil imaginarse la agradable sorpresa que iba a llevarse Stanton Graves. ¿Qué se proponía Rebeca? Seguramente, mostrarle al alguacil su obra de dos años atrás. Sí, iba a hacerle expiar su crimen de un modo espeluznante. Le haría contemplar el cadáver de Pamela, y luego le haría ver su fantasma. ¡Dios mío, él sí se había vuelto loco! Tenía que estar loco, porque de otro modo era imposible que hubiera visto realmente el fantasma de un ser humano. Pero, si no estaba loco… ¿Existía el fantasma de Pamela Hereford?

—Mira, Pamela —dijo Rebeca—: Stanton ya está despertando.

Adam abrió bruscamente los ojos. Se había quedado como traspuesto, como alejado de allí con sus pensamientos. Quizás había pasado un minuto, quizás una hora. No tenía idea.

En efecto, Stanton Graves se estaba moviendo, suspirando y farfullando algo. Adam miró a, Rebeca, que estaba sentada en el suelo junto a Pamela. El recuerdo de la fotografía de Pamela Hereford apareció en la mente de Adam Crane. Así terminaba todo, un día u otro, para los seres humanos. Todo se reducía a eso, finalmente, por hermoso e inteligente que uno hubiera sido.

Oyó el entrecortado grito de Graves y lo miró. Todavía aturdido,

Graves había visto a Rebeca y a Pamela, y la visión de esta última le había hacho gritar. Adam pensó que en realidad Graves había sido moderado. Debió lanzar un alarido, en lugar de un simple grito.

—Dios mío… —dijo Graves, con voz pastosa—. ¿Qué… qué es eso…?

—Hola, Stanton… —dijo Rebeca—. Es Pamela, ¿no la recuerda?

—Di-Dios m-mío…

—Ustedes la llevaron al cementerio, pero yo sabía que Pamela preferiría estar conmigo, de modo que una noche fuimos a buscarla Myrna y yo. Desde entonces estamos siempre juntas, muy cerca una de la otra. Como siempre, ¿se acuerda de eso?

La horrorizada mirada de Stanton Graves se apartó de Pamela, se posó un instante en Rebeca y, luego, como presintiendo la presencia de Adam, giró la cabeza hacia el otro lado, y lo vio.

—Crane… —jadeó—. Crane, ¿qué es esto?

Adam se sorprendió grandemente a sí mismo hablando con serenidad.

—No es ni más ni menos que lo que está viendo, Graves: el cadáver de Pamela Hereford, a la que usted mató cuando fue a violarla con sus amigos Morley y Benton.

—Pero… esta mujer está loca… ¡Está loca!

—No.

—¡Está loca!

—Allá usted con su opinión. Para mí no está loca. Eso sí: ustedes provocaron en ella un estado mental poco propicio para querer darle explicaciones ahora. Se lo digo para que sepa que si lo intenta solo conseguirá perder el tiempo.

—¿Qué hace usted así?, ¿qué… qué le pasa?

—Estoy atado de pies y manos. Fui narcotizado antes que usted, y arrastrado hasta aquí. Es un túnel que comunica las bodegas de las casas de Pamela y Rebeca. Nadie podrá encontrarnos nunca aquí, Graves. Nadie, nunca…

Adam dejó de hablar y se quedó mirando hacia Pamela con tal expresión que Graves volvió la cabeza. Se quedó helado de espanto cuando vio desprenderse de aquellos restos el blancoazulado resplandor, que, en cuanto estuvo separado del cuerpo, comenzó a tomar forma, y, rápidamente, el contorno adquirió aquella tonalidad rojoamarillenta…, que Adam ya había clasificado: el

fantasma de Pamela Hereford estaba enfadado.

Tan enfadado que, de pronto, se desplazó velozmente hacia Graves, y entró en contacto con este. Graves lanzó un alarido, y dio un brinco alejándose, pero el fantasma le persiguió, volvió a entrar en contacto con él, y Graves volvió a chillar agudamente, despavorido:

—¡Me quema! ¡Me está quemando…!

—¡Pamela, déjalo! —ordenó Rebeca—. ¡Déjalo, tenemos que darle la sorpresa que tanto va a gustarle! ¡Déjalo!

Pero el fantasma seguía arremetiendo contra Graves, que se alejaba a gatas hacia el extremo más oscuro del túnel, sin dejar de gritar que se estaba abrasando. Hubo un momento en que pareció que el fantasma penetrase completamente en su cuerpo, y Graves se retorció en el suelo sin dejar de chillar como enloquecido, hasta que pareció que también Rebeca se enfadaba, y gritaba:

—¡Pamela, te digo que lo dejes, o se va a morir, y no podremos darle la sorpresa!

El fantasma se separó lentamente de Graves, que quedó tendido de bruces en el suelo, sollozando. Estuvo así un par de minutos antes de ir calmándose poco a poco. Y cuando comenzaba a estar suficientemente calmado vio el cadáver de Myrna Dawson, apenas a medio metro de él. Se quedó mirándolo como aturdido, y acto seguido lanzó otro grito y quedó sentado.

—¡Es Myrna! —aulló.

—Esa es la sorpresa para usted, Stanton… —dijo Rebeca—. ¿No le gusta a usted Myrna?

Graves volvió la cabeza y se quedó mirando sin comprender a Rebeca, que sonreía extrañamente.

—¿Qué… qué…?

—¿No le parece que Myrna es hermosa? No es tan joven como Pamela, ni es tan hermosa, pero sí lo suficiente, ¿no está de acuerdo?

—Pe-pero está… está muerta…

—Oh, sí. Hace más de dos semanas que la tengo aquí esperándole a usted.

—¿Espe… esperándome… a mí?

—¡Claro! ¿No le gustan a usted las muertas? ¡Pues ahí tiene una! Y voy a decirle algo que todavía hará más grata la sorpresa: Myrna

es virgen. Debido a su peculiar afición sexual, ella es virgen de hombre. ¿No le satisface eso? ¡Es virgen, como Pamela!

—Yo… yo no entiendo…

—Claro que lo ha entendido —susurró Adam—: lo que Rebeca quiere es que usted haga el acto sexual con Myrna Dawson.

—No… ¡No, no, NOOOOO!

—¿Por qué no? —dijo Rebeca, poniéndose en pie—. Es lo que a usted le gusta, ¿no es así? ¡Pues hágalo!

—No… No, no, no, no… ¡Está muerta!

—Ya sabemos todos que está muerta, Stanton… —Rebeca se acercó a él y le apuntó con el revólver—. Pero sabemos también que a usted no le importan esos pequeños detalles. Haga lo que le ha dicho Adam, o Pamela y yo le vamos a atacar. ¿Cuál de las dos prefiere que le ataque? ¿Ella con su fuego de rencor…, o yo con su revólver? ¿Prefiere arder vivo…, morir…, o hacer el amor?

La enloquecida mirada de Stanton Graves saltó de nuevo hacia Adam.

—Crane… Crane, por el amor de Dios, ayúdeme… Esta mujer se ha vuelto loca… ¡Ayúdeme!

—No puedo, Graves.

—Pe-pero yo… Esto no… no es verdad, no… Esto no tiene sentido… No es cierto, estoy… estoy drogado…

Miró vivamente a Rebeca cuando oyó el suave sonido del mecanismo del percutor del revólver al ser alzado. El arma le estaba apuntando al centro del pecho.

—Hágalo, Stanton.

—¡No! ¡No lo haré aunque me mate!

—Pues entonces…

—Rebeca —llamó suavemente Adam—, espera un momento. ¿No crees que ya ha sido suficiente? Has conseguido aterrorizarlo, has conseguido que comprenda lo abominable de su crimen, pero no tiene objeto que lo mates. Sería mejor que lo entregásemos a la Policía, para que todos supieran la verdad y lo castigaran adecuadamente…

—Adam, mi amor: Yo lo estoy castigando adecuadamente. Además, no puedo ir a la Policía, porque se enterarían de que yo maté también a los demás y nos separarían. Y yo no quiero separarme de ti. Nunca, amor mío. Eres tan bueno que pretendes

que no le ocurra nada a Stanton, pero eso no puede ser; tiene que pagar su culpa, como los demás, como la pagarán todos los del pueblo. Y bien, Stanton: ¿Lo hace o no lo hace?

—¡No! —chilló Stanton.

El estampido del revólver sonó en el túnel como dentro de un cubo de agua, blando y ahogado. Stanton Graves recibió la bala en el centro del pecho, y saltó violentamente hacia atrás, gritando. Rebotó sobre sus piernas flexionadas, quedó de bruces, y alzó la cabeza. En su rostro iluminado por el fantasma de Pamela había una expresión de puro y simple estupor.

Adam Crane cerró los ojos antes de que Rebeca disparase de nuevo. No vio cómo la bala se hundía en el suelo cerca del rostro de Graves, que volvió a gritar, se encogió y se puso en pie. Quedó encorvado, como jorobado, tambaleante, fijos sus ojos en Rebeca, que le apuntaba de nuevo.

—Maldita seas… —jadeó Graves—. ¡Malditas seáis las dos!

Se abalanzó hacia Rebeca dando bandazos de una a otra pared, agarrándose a ella, cayendo de rodillas un par de veces. Cuando quedó de nuevo en pie estaba apenas a dos metros de Rebeca, que volvió a disparar. El rostro de Stanton Graves fue sacudido por la bala y se cubrió de sangre en un instante, mientras la cabeza iba hacia atrás, arrastrando el cuerpo. Todavía otro balazo acertó a Graves, en el pecho, y terminó de derribarlo violentamente. Adam Crane comenzó a toser, como Rebeca, debido al humo de los disparos. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Pero, a través de las lágrimas, todavía pudo presenciar el increíble y definitivo final de Stanton Graves: el fantasma de Pamela se lanzó sobre él, rojo encendido como nunca y, en un instante. Las ropas de Graves estallaron en una suave llamarada que pronto envolvió el cadáver, del cual comenzó a emanar un acre olor a ropa y carne quemada… Adam tosía cada vez con más fuerza, y las náuseas lo estremecían brutalmente.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que se recuperó aceptablemente. Rebeca estaba arrodillada frente a él, con un pañuelito en las manos, y comenzó a limpiarle el rostro cariñosamente.

—Ya ha pasado, Adam, amor mío… ¿Estás bien? ¿Estás bien, cariño?

¿Bien? Adam Crane se sentía morir de horror y náuseas. Se sentía tan mal que no acertaba a coordinar sus pensamientos, ni podía ver bien a Rebeca, cuya dulzura lo estremecía de pavor.

—Ahora todos estaremos más tranquilos —dijo Rebeca—. Pero todavía queda algo por hacer: convertiremos Yellow Pine en cenizas. Pamela y yo lo haremos, las dos juntas, como siempre. Sin embargo, esto no será esta noche. Esperaremos un, día o dos, a que todos tengan mucho miedo, y todos hagan su penitencia por su cobardía, o su complicidad, o su silencio… Y cuando estén convencidos de que todo es culpa de todos, arderán todos, todos…, menos nosotros. Nos salvaremos aquí abajo, y saldremos de entre las cenizas de la justicia. ¡Y ya siempre estaremos juntos los tres, mi amor!

—Rebeca. —Consiguió jadear Adam—. Rebeca, por el amor de Dios, ya es suficiente… ¡Ya es suficiente! Escucha: si tú quieres, nos quedaremos juntos los tres, pero no hagas nada más, no lastimes a nadie más… Piensa que hay niños en el pueblo… ¿También ellos tienen culpa de algo?

—¿Los niños? —se sorprendió Rebeca—. ¿Los niños?

—¿No habías pensado en ellos?

—La verdad es que no.

—Pues piensa ahora.

—Sí, estoy pensando… ¿Y quieres que te diga una cosa, Adam? Los niños de hoy serán los hombres de mañana. Y esos hombres, como todos menos tú, harán lo mismo que Stanton y los otros dos siempre que puedan. Siempre estarán haciendo el mal, sea como sea y a quien sea. De modo que ellos también perecerán bajo las llamas. ¡Oh, Pamela y yo hemos estado esperando mucho tiempo para hacer eso, para hacer con todo el pueblo lo que hemos hecho con Stanton Graves! ¡Arderán todos, todos! ¡Todo el pueblo será una hoguera donde será incinerado el mal! Pero, no esta noche… Esta noche, vamos a amarnos. Primero tú y yo solos, y luego… Luego Pamela y yo seremos una sola, y así, como cuando yo escribía con su letra, ella sentirá mis emociones y sensaciones físicas por fin… Adam, ¿no te das cuenta? ¡Serás el único hombre del mundo que habrá tenido a dos mujeres a la vez!

Adam movió la cabeza.

—No podrá ser, Rebeca… No podré hacerlo, mi cuerpo no

reaccionará, no podré hacerlo de ese modo.

—¿Qué quieres decir?

—No podría hacerlo… ¡El sexo no obedece siempre las órdenes de la voluntad, no reaccionará mientras mi cerebro sepa lo que el sexo pretende hacer! Tienes que comprenderlo… Mi mentalidad no puede cambiar así, tan fácilmente. Tú estás viva, tienes que entenderlo, tienes que terminar con esta locura…

—¿Quieres decir que sabiendo que yo tengo dentro de mí a Pamela tu sexo se inhibiría…, que no podría… darme tu amor?

—¡Claro que no! Y ahora mismo… no podría hacer nada… ¡Por el amor de Dios, estás sacando las cosas de quicio, esto no es así, no es de este modo! ¡Podría amarte a ti, pero a ti sola, no a las dos, de ese… de ese modo…! ¿No puedes comprenderlo?

Rebeca estuvo mirándolo fijamente varios segundos antes de murmurar:

—Sí, te entiendo. Lo comprendo. Adam. Y no hay más solución que una, porque yo te amo: serás para mí solo. Le explicaré a Pamela…

La mirada de Adam saltó hacia el fantasma de Pamela, que de pronto había adquirido el contorno de coloración rojiza, con una intensidad increíble. Rebeca también miró el fantasma, y frunció el ceño.

—Pamela, tú también tienes qué comprenderlo —dijo—. Lo que dice Adam es verdad, es razonable, y… ¡Pamela, no! ¡Te estoy diciendo que no!

Rebeca se irguió cuanto pudo, su cabeza quedó tocando el bajo techo del túnel. El fantasma se acercaba ella, destellando como una auténtica llamarada. Se veía la silueta femenina envuelta en luz roja, con los brazos tendidos hacia Rebeca, que comenzó a retroceder.

—No, Pamela… No. A él no, no quiero que le hagas lo mismo que a Stanton… A él no.

Adam comprendió lo que sucedía. Pamela no estaba atacando a Rebeca, como de momento había creído, sino que se proponía exterminarlo a él, que era el causante de la desunión de ambas. La comprensión de esto lo dejó mudo una vez más, y paralizado, por el espanto. El fantasma estaba a menos de medio metro de él cuando Rebeca gritó de nuevo:

—¡Te digo que a él no, Pamela!

Pero Pamela seguía acercándose a Adam, que comenzó a sentir el intenso calor de la furia, del rencor… Entonces sonó el disparo. El fantasma se detuvo. Adam miró con expresión desorbitada a Rebeca, que todavía estaba apuntando a Pamela. Rebeca volvió a disparar, y, como la vez anterior, la bala, simplemente, atravesó la llama fantasmagórica, que, de pronto, todavía ardió con más intensidad y se desplazó velozmente hacia Rebeca, penetrando en ella en un instante.

Rebeca lanzó un grito, tiró el revólver y comenzó a darse manotazos en todo el cuerpo. En vano intento de desprenderse de aquella unión que en modo alguno podía controlar. De su boca comenzaron a brotar palabras, pero no con su voz, sino con otra voz femenina que Adam no conocía…, pero que supo inmediatamente que era la de Pamela Hereford:

—¡Me dijiste que siempre estaríamos juntas! —chillaba Rebeca con la voz desconocida—. ¡Me lo dijiste, y quiero que sea así, siempre estaremos juntas, en tu mundo o en el mío, porque te amo, Rebeca…!

Súbitamente, la ropa de Rebeca Graham estalló en una llamarada. Rebeca quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. Dirigió la mirada hacia Adam Crane, y sonrió dulcemente; mientras las llamas la iban envolviendo.

—Adam, no temas… —dijo Rebeca con su propia voz—. No temas, a ti no te haremos nunca ningún daño… No temas, amor mío…

Adam Crane cerró una vez más los ojos. Se sentía tan angustiado que no le habría sorprendido morirse en aquel mismo instante. Oyó el impacto de algo contra el suelo. El olor a tela y carne quemada era nauseabundo, las náuseas volvieron de nuevo, y, bruscamente, comenzó a vomitar café, con una amargura espantosa.

Cuando, minutos después, otra vez recuperado, abrió los ojos, vio cerca de él, caído de bruces, el cuerpo de Rebeca Graham, como rebozado en cenizas. En sus propias cenizas. Quiso llamarla, pero no le salió la voz. Aspiró hondo, y pensó que debía serenarse y hacer lo que fuese para salir de allí. El cortaplumas de Graves… ¿Tenía Graves un cortaplumas?

En el momento en que se disponía a arrastrarse hacia el alguacil,

una llama blancoazulada empezó a desprenderse del cuerpo de Rebeca, muy lentamente. Luego, quedó flotando cerca del cadáver. Y, al poco, otra llama blancoazulada se desprendió del cuerpo de Rebeca, sobre el cual quedó flotando. Adam Crane ni siquiera respiraba. En su mente había un solo pensamiento aterrador: si las dos se abalanzaban contra él moriría abrasado, como Rebeca, como Graves…, como había muerto por segunda vez Pamela Hereford dos años atrás…

Sin aliento, vio cómo el fantasma de Rebeca se acercaba a él, pero siempre conservando el tono blancoazulado, tenue, bello, delicado… Se tensó cuando el fantasma estuvo tan cerca que le tocó… Es decir, llegó a él, pero no sintió contacto alguno. En un instante, toda la llama entró en él, y en el acto Adam Crane sintió dentro, de sí como una expresión de ternura, de amor, y, simplemente, comenzó a llorar, sabiendo que no era él quien lloraba, sino Rebeca Graham.

El llanto duró apenas quince o veinte segundos, mientras sentía aquella ternura triste, aquel amor, y experimentaba como una sensación de despedida, aquella sensación de un adiós para siempre.

Luego, la llama se desprendió de su cuerpo, y quedó flotando ante él. La otra llama se acercó y quedaron las dos juntas. Las figuras de Rebeca y Pamela se fueron concretando. Pamela alzaba sus cabellos. Rebeca se pasaba las manos por los senos y por el vientre. Extraordinariamente serenos ahora, Adam miraba de una a otra. ¡Qué hermosas habían sido las dos! Se sentía tranquilo, relajado. Ya nada le parecía irreal ni imposible. Así era, así había sucedido, así estaba sucediendo. Fantasmagórico o no, todo era real, y él lo sabía.

Rebeca y Pamela comenzaron a difuminarse lentamente, hasta que desaparecieron.

Y Adam Crane quedó solo en el húmedo túnel silencioso, con tres cadáveres y medio.

El cortaplumas de Graves… ¡Tenía que tener un cortaplumas!

Comenzó a arrastrarse hacia el alguacil de Yellow Pine.

* * *

Yellow Pine entero se estremeció cuando las dos grandes llamas de color rojo subido aparecieron en el centro de Pine Avenue. Al principio, solamente las vieron media docena de personas; dos hombres que caminaban charlando y cuatro personas más que casualmente miraban hacia la avenida por las ventanas…

Pero, como por medio de telepatía, el pavor cundió en la población de Yellow Pine, cuyas ventanas y puertas comenzaron a cerrarse a cal y canto, en un absurdo afán de protección. Absurdo porque no había protección posible.

Lo primero que comenzó a arder, cuando Rebeca y Pamela se filtraron en el interior, fue la oficina de Stanton Graves, que muy pronto se convirtió en una gran llamarada, que comenzó a extenderse a las casas vecinas, de las cuales salieron despavoridos sus ocupantes…

Sheila Weston vio el resplandor del incendio reflejado en una ventana de la salita de su casa, donde, desalentada, seguía esperando a Adam Crane. Se quedó un instante desconcertada, sin comprender. Luego, se puso en pie de un salto y salió disparada de la casa. En Pine Avenue, y por encima de las casas de esta, se veía el resplandor del incendio, y oía ahora los gritos de la gente. Por entre humo negro y gris perla, vio algunas personas corriendo.

—Dios mío… —murmuró Sheila—. ¡Adam!

Corrió hacia Pine Avenue estaba ya ardiendo y envuelto en humo. Sheila salió a la avenida, corriendo hacia el centro de la calzada, donde no alcanzaban las llamas, debido a su amplitud. Por allí, abrazados unos a otros, todos corrían, gritando y llorando. Algunas mujeres corrían con sus hijos en brazos y los más mayores corrían junto a sus padres, muy abiertos los ojos. Para ellos era un incendio, y nada más. Por fortuna para ellos, eso era todo. Un incendio que atraería a los bomberos de McCall… ¡El gran espectáculo!

Y de pronto, Sheila Weston vio, desplazándose, volátiles, por encima de las llamas, cruzando la avenida, las dos llamas rojas, juntas. Supo inmediatamente lo que eran. Pero… ¿dos?

Para Sheila Weston todo fue como una súbita revelación.

—¡ADAM! —gritó, echando a correr.

Llegó en cuestión de segundos a la casa de Rebeca Graham, adonde todavía no había alcanzado el fuego que se iba extendiendo

como un gigantesco manto sobre los tejados. El viento agitaba las llamas, y las avivaba, las revolvía, las hacía saltar.

Sheila Weston estuvo golpeando la puerta de la casa de Rebeca hasta comprender que nadie le abriría. Entonces se quitó el jersey, se envolvió el brazo derecho con él, y golpeó los cristales de una de las ventanas. Pasó al interior de la casa envuelta en cortinas, de las que se desprendió rápidamente.

—¡ADAM!

Sabía que él estaba allí. Lo sabía con toda seguridad. No lo había encontrado en parte alguna, de modo que tenía que estar allí. Corrió por toda la casa, sin encontrarlo, y finalmente llegó a la cocina, donde tampoco estaba… La mirada de Sheila se clavó en la puerta que cerraba la bodega. La abrió, encendió la luz, y bajó rápidamente. Hacía frío allí dentro. Un frío como lento y taimado.

—¡Ad…!

Se quedó con la boca abierta, mirando el tonel colocado a un lado del hueco en el cual había una luz amarillenta. Se acercó rápidamente, vio sobre ella la bombilla, y, hacia el fondo, el túnel fantasmagóricamente iluminado. Se metió dentro, y en el acto percibió aquel insufrible hedor que casi la desvaneció.

—¡ADAM!

—¡Sheila, no entres! —le llegó la voz de Adam—. ¡No entres aquí, por lo que más quieras! ¡Voy a salir dentro de unos minutos!

—¡Adam, ¿dónde estás?! —gritó Sheila, avanzando hacia el túnel.

—¡No entres, no te acerques…!

Pero Sheila corría ya túnel adentro, llenos de lágrimas los ojos. Lágrimas de náuseas, de repugnancia. Santo cielo, ¿a qué olía allí? Pasó por encima de algo que parecía un cuerpo, y vio algo que se movía más adelante. Llegó en un instante junto a Adam, que, sentado en el suelo, atados los pies y con las manos a la espalda, la miraba con expresión desencajada.

—Tengo una navaja en las manos… —jadeó él—. ¡Corta el esparadrapo, pronto! ¡Y no mires nada, solo a mí!

Sheila se arrodilló detrás de Adam y vio el cortaplumas entre sus dedos ensangrentados. Lo cogió, cortó las tiras de ancho esparadrapo y luego hizo lo mismo con las que sujetaban sus tobillos.

—Cierra los ojos… —dijo Adam—. ¡Sheila, cierra los ojos, yo te sacaré de aquí, no mires nada!

Sheila Weston asintió, cerró los ojos y, cuando sintió en su mano la de Adam Grané, se dejó llevar, como una ciega. Si Adam decía que ella no debía mirar, ella no miraría.

Y cuando, al sentir el viento al mismo tiempo que el calor del incendio, abrió los ojos y miró a su alrededor, pensó que habría sido mejor mantenerlos cerrados mucho más tiempo.

Este es el final

ADAM Crane colgó el auricular del teléfono, todavía sonriendo irónicamente, y se dirigió hacia el dormitorio del precioso bungalow alquilado junto a la playa, en una pequeña isla del Caribe.

Estaba a punto de entrar cuando le llegó la voz de Sheila:

—¡Adam, todavía no puedes entrar!

—Oh, perdona. Había olvidado… Es que me he distraído con mi editor.

—¿Era él quien llamaba? ¿Qué quería?

—Bueno, en primer lugar decirme que el libro le ha gustado muchísimo, pero que quizá me he dejado llevar demasiado por mi imaginación.

—Eso tiene gracia —exclamó Sheila, dentro del dormitorio.

—Sí, mucha gracia. Luego, me ha propuesto que le cambiásemos el título al libro. En lugar del mío querría poner «Llamas y fantasmas».

—¡Qué tontería! «FANTASMAGÓRICO» me gusta mucho más.

—Y a mí. Además, ese es mi título. De todos modos, no cantemos victoria: a la gente les gusta cambiar los títulos de los libros, no sé por qué… Pero bueno, ¿qué estás haciendo?

—Ya puedes entrar.

Adam entró en el dormitorio y se quedó mirando a Sheila, de pie junto al lecho. Llevaba encima, por decirlo así, tres prendas: dos zapatos de tacón alto y una diminutísima braguita tipo bikini que apenas ocultaba las ingles y un poco el vello sexual… Adam se quedó mirándola largo rato antes de preguntar:

—¿Cuál es el juego?

—¿Te gusta este traje de baño?

—¿Traje de baño? —exclamó Adam—. ¡No pensarás salir así a la playa!

—¿Por qué no?

—Demonios… ¡Ahora eres una mujer casada!

—¿Y qué? ¿Acaso las mujeres casadas no pueden aparecer así de tentadoras ante los ojos de los hombres?

Adam Crane frunció el ceño. Llevaban casi tres meses de casados y todavía no se había acostumbrado a la espléndida belleza del bronceado cuerpo de Sheila. No obstante, no tenía prisa en acostumbrarse. Le gustaban muchísimo los ingenuos juegos de ella y, sobre todo, estaba loco, por ella, después de haber comprobado cómo las gastaba en el lecho.

—Las mujeres casadas —masculló por fin— solo deben tentar a sus maridos.

Sheila Crane se acercó a él lentamente, moviendo el bellísimo cuerpo de aquel modo que… Bueno, él se entendía. Ella le echó los brazos al cuello, se pegó a él y susurró:

—Precisamente, esa era mi idea… una vez más.

FIN